



DIPUTACION PROVINCIAL DE VALENCIA.—INSTITUCION ALFONSO EL MAGNANIMO
SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA
SECCION DEL C. S. I. C. — INSTITUTO DIEGO DE VELAZQUEZ

SERIE DE TRABAJOS VARIOS

Núm. 12

LA CUEVA DE LA SARSA

(BOCAIRENTE - VALENCIA)

POR

JULIAN SAN VALERO APARISI



VALENCIA

EDITORIAL F. DOMENECH, S. A.

1950

SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA
Y MUSEO PROVINCIAL DE PREHISTORIA

Las publicaciones de este Servicio de Investigación Prehistórica se remiten para establecer y mantener intercambio con los centros científicos y señores Investigadores en esta especialidad. Por ello espera ser correspondido con el envío de las publicaciones del receptor. Caso contrario entenderá este S. I. P. que no se desea sostener intercambio y suspenderá ulteriores envíos

Toda la correspondencia diríjase a:

Domingo Fletcher Valls

DIRECTOR DEL S. I. P. DE LA EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL

VALENCIA



DIPUTACION PROVINCIAL DE VALENCIA.—INSTITUCION ALFONSO EL MAGNANIMO

SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA

SECCION DEL C. S. I. C. — INSTITUTO DIEGO DE VELAZQUEZ

SERIE DE TRABAJOS VARIOS

Núm. 12

LA CUEVA DE LA SARSA

(BOCAIRENTE - VALENCIA)

POR

JULIAN SAN VALERO APARISI



VALENCIA

EDITORIAL F. DOMENECH, S. A.

1950

LA CUEVA DE LA SARSA

BOCAIRENTE - VALENCIA

En la excepcional arqueología primitiva de las comarcas valencianas, que hace años estudia con éxito inigualado el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, la Cueva de la Sarsa es digna del mayor interés y merece notarse en la investigación europea con tanto relieve, en su momento, como El Parpalló, Cueva Remigia o San Miguel de Liria en los suyos. Objeto de múltiples referencias en la bibliografía, tras de la sucinta nota que su afortunado excavador Ponsell publicó en 1928 (1), sus materiales nuevos han sido dados a conocer paulatinamente por I. Ballester en las memorias que con el título genérico «*La labor de S.I.P...*» (2) venía editando como Director del Servicio. En los últimos años por nuestra parte hemos dedicado atención a los materiales de la Cueva de la Sarsa, en especial a un esferoide perforado de piedra y a la cerámica cardial, sobre cuya extensión por Levante se ocupó I. Ballester (3) y que nosotros hemos ampliado con aspectos de su difusión a tierras mediterráneas y atlánticas de Africa y Europa (4).

Cumplo en estas páginas el encargo de nuestro Director, dando a conocer en este avance los materiales de La Sarsa que hasta ahora lo fueron de manera incompleta. Aún por terminar la excavación del yacimiento, podrá en el futuro completarse el cuadro de conjunto, pero con los

(1) PONSELL, F., 1928; 87-89.

(2) Véanse las Memorias correspondientes a los años 1931, 1934 y 1935-39.

(3) BALLESTER TORMO, I., 1928, 28 y ss.

(4) Un resumen bibliográfico ha recogido PLA BALLESTER, 1946; 364-5.

que guarda el Museo de Prehistoria de Valencia es posible plantear un esbozo del Neolítico de quienes habitaron la cueva y de la relación cultural en que se encuentran con los neolíticos de otros ámbitos (5). Quede para la memoria final y para los futuros —que deseamos próximos— excavadores la cuenta cuidadosa de los resultados estratigráficos.

Si algún mérito hay en estas páginas cárguese a la cuenta de las valiosas ayudas recibidas. Y sobre las concretas de que haré mención en su lugar, conste sobre todo mi gratitud a D. Isidro Ballester, propulsor de la investigación prehistórica valenciana; a mi maestro, Profesor Luis Pericot, promotor de mi dedicación al tema y al Profesor Julio Martínez Santa-Olalla, también mi maestro, cuya dirección, amistad y biblioteca han hecho posibles mis estudios estos años.

(5) Gran parte de mis afirmaciones derivan de las páginas de mi tesis doctoral, actualmente en prensa, pero los materiales de la Cueva de la Sarsa y el S. I. P., donde inicié mis investigaciones, merecen este anticipado estudio.

I

EL YACIMIENTO Y OTRAS LOCALIDADES DE LA REGION

Al sur de la provincia de Valencia, a unos cinco kilómetros de Bocairente, en las estribaciones NO. de la Sierra de Mariola, en la partida de San Gregorio, está situada la Cueva de la Sarsa. Es una espaciosa caverna con estalactitas abundantes, que tiene diversas galerías, de difícil tránsito algunas.

Fué excavada por el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación Provincial de Valencia, en breves campañas que dirigió F. Ponsell, durante los años 1928, 1931, 1932, 1935, y 1939. De lo conocido puede afirmarse que la cueva fué utilizada como lugar de habitación y como sitio de enterramiento.

El conjunto de materiales encontrados en la excavación comprende :

Restos humanos : una bóveda craneana, doliocéfala.

Conchas : de caracol, cárdium, pecten, columbelas y cipreas; algunas perforadas para uso como cuentas de collar.

Hueso : punzones, espátulas y cucharas; un fragmento plano con decoración incisa toscamente geométrica, y otro menor también con líneas incisas; algunas sortijas y como minúsculos estuches tubulares.

Candiles de ciervo y colmillos de jabalí.

Piedra : microlitos y cuchillos de sílex; afiladores de piedras duras; esferoide de caliza perforado; percutores de basalto; brazaletes de pizarra y algún colgante de collar y sortijas.

Cerámica : abundante, sencilla de formas, rica y variada en asas y con decoración de relieves, unglular, cardial, inci-

sa, puntillada, etc., dispuesta con profusión de temas, según veremos detenidamente.

Los materiales se conservan en el Museo de Prehistoria de Valencia, salvo algunos fragmentos cerámicos recogidos en superficie por nuestro colega F. Esteve Gálvez y otros que al parecer conserva todavía F. Ponsell.

* * *

Los restos de la Cueva de la Sarsa no son únicos ni insólitos en la zona levantina hispánica a que pertenece aquélla. Sin llegar a las provincias de Murcia y Albacete

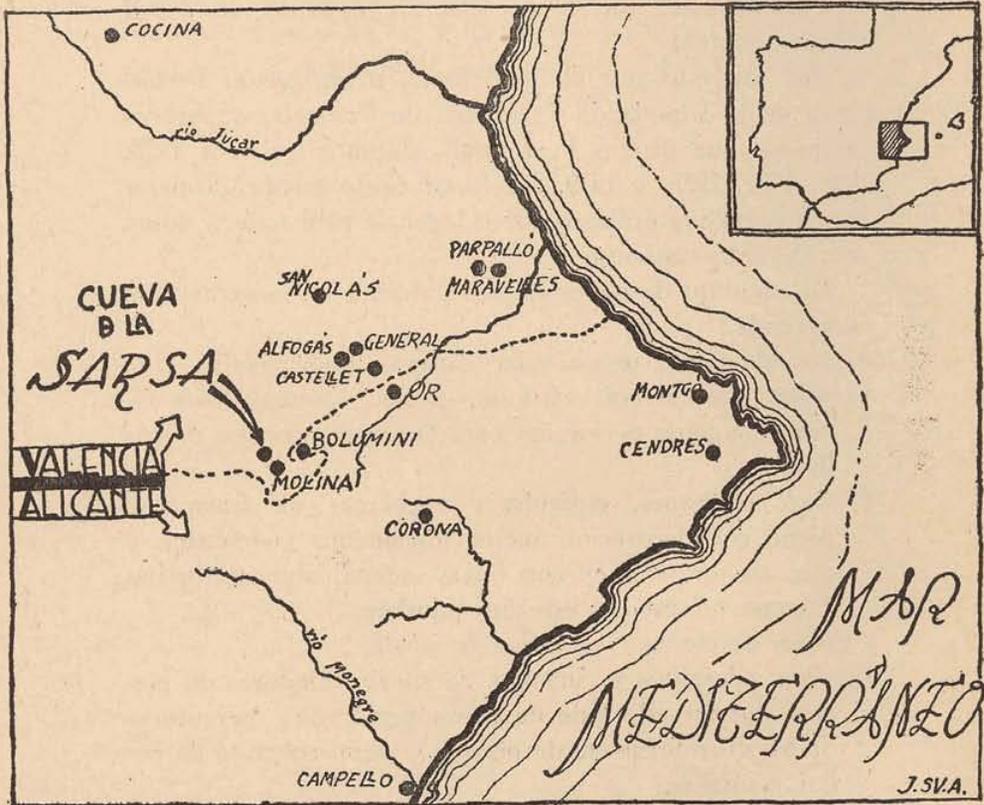


Fig. 1.—Emplazamiento de diversos yacimientos con cerámica cardial

donde hay indicios de un Neolítico emparentado con ella en Zeneta (Beniel) (6) y Jumilla (7), más cerca de Bocairente, hay restos que se relacionan con los de La Sarsa en la isla de Campello (8), en la cueva de Les Cendres de Benitachell (9), en la cueva Bolumini (10), en el Bancal de la Corona de Penáguila (11) y en la cueva del Montgó de Jávea (12), todos ellos en la provincia de Alicante. Ya en la de Valencia, bien en lugares de habitación, bien de enterramiento, son muchos también los yacimientos neolíticos, casi siempre cuevas, de características similares a las de La Sarsa, aunque no son tan ricos o no han sido suficiente o científicamente excavados. Citemos entre ellos la cueva del Barranco del Castellet, en Carrícola (13), los fondos de cabaña de La Caseta del General y Alfogás, en Bélgida (14); Caseta Molina de Bocairente mismo (15), la cueva de L'Orde Beniarrés (16); cueva de San Nicolás de la Ollería (17); cueva del Parpalló (18); cueva de Les Maravelles de Gandía como la anterior (19); cueva de La Cocina, de Dos Aguas (20); etc.

(6) SAN VALERO APARISI, J., 1942. En mi tesis doctoral recojo cuantos datos me han sido asequibles o necesarios sobre ésta y las demás cuevas que se indican; doy aquí, en cada una, la bibliografía principal.

(7) VILANOVA Y PIERA, 1891.

(8) FIGUERAS PACHECO, F. 1934.

(9) SAN VALERO APARISI, 1942.

(10) CASTILLO YURRITA, 1928.

(11) Han dado noticias en la prensa periódica I. Ballester, N. Primitivo Gómez y J. Belda; hay materiales abundantes en el Museo de Prehistoria de Valencia. El yacimiento fué ya citado por ALMARCHE, 1918 y Visedo. Lo último BALLESTER TORMO, 1949.

(12) SAN VALERO APARISI, 1942.

(13) BALLESTER TORMO, 1928, b.

(14) JORNET, M. 1932.

(15) BALLESTER TORMO, 1928, b.

(16) BALLESTER TORMO, 1935.

(17) ALMARCHE, 1918 la cita; estudiamos sus materiales en nuestra aludida tesis.

(18) PERICOT, L. 1942.

(19) PERICOT, L. 1942 b, nota 13.

(20) PERICOT, L. 1948; recogimos en 1946 lo conocido, en nuestra tesis, SAN VALERO APARISI (en prensa).

Este núcleo de estaciones arqueológicas constituye la parte norte de la comarca neolítica que denomino Penibética Sur-Oriental (21) en la que, según mis estudios, se dan algunos rasgos típicos a que más adelante habrá ocasión de referirse. Pero hay además —y esto interesa afirmarlo desde ahora— muchos más aspectos de tipo básico y fundamental en la cultura neolítica que enlazan esta zona antedicha con la Penibética Meridional por el Sur y el

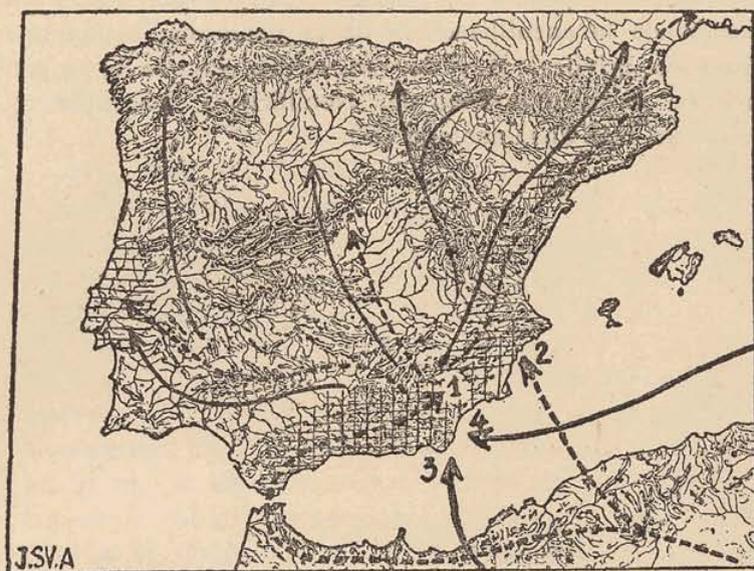


Fig. 2.—Penetración del Neolítico en la Península Hispánica, según el autor. Trazo interrumpido: Neolítico I o Hispanomauritano (1, neolítico A de la Penibética; 2, neolítico B del Sudeste). Línea continua: Neolítico II o Iberosahariano (3, corriente sahariana; 4, influjos del Mediterráneo oriental)

(21) La agrupación de yacimientos la hacemos en nuestra tesis; un avance en SAN VALERO APARISI, 1948 c.

Oeste (en último término, hasta Portugal), mientras que por el Norte los fenómenos de este Neolítico penibético sur-oriental se continúan por el Litoral Levantino y al NO. por la Meseta.

La observación de la Península en el momento inicial de la cultura neolítica (véase nuestro mapa de la fig. 2) nos muestra la situación de la zona a que la Cueva de la Sarsa pertenece. A primera vista puede parecer excéntrica, por oriental, su localización; pero conviene advertir que, a los efectos de la «neolitización» de la península, ocupa una situación privilegiada y de vanguardia, ya que el origen oriental afromediterráneo del Neolítico es indiscutible y cada vez más documentado (22).

(22) Además de las indicaciones de BOSCH GIMPERA, 1932 y 1945, PERICOT 1942 y MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1945, véanse nuestros estudios 1942, 1946 y 1948. Así como MENGHIN, 1941; VAU-FREY, 1939; CHILDE, 1947; HAWKES, 1940; LAVIOSA ZAMBOTTI, 1943, etc.

II

CONSIDERACION ESPECIAL DE LA CERAMICA

De los restos producidos por la excavación de la cueva de la Sarsa dedicamos especial atención a la cerámica, con el fin de que como más significativa pueda servir de orientación a los investigadores del Neolítico afro-europeo. Incluyo no obstante, al final, el minucioso inventario de los restantes materiales de la cueva que ha hecho nuestro discípulo Eliseo Vidal Beltrán.

En La Sarsa fueron hallados algunos vasos, más o menos enteros, así como unos cientos de fragmentos profusamente decorados, de los cuales han podido reconstruirse varias, no muchas, vasijas. Cada uno de los fragmentos decorados fué dibujado a su tamaño, con el adorno que ostenta, con el perfil de su sección, con el color del barro y la naturaleza de la pasta, y en suma con cuantos detalles nos sugirió su constante manejo. El resumen de estas observaciones lo sintetizamos aquí ahora con unas cuantas tablas de motivos, en las que se agrupan sesenta y cinco temas diferentes, de mayor o menor complicación, con técnicas distintas, lo cual es un número muy elevado si se tiene en cuenta los que por atípicos eliminamos, la poca variedad de otros conjuntos y el que los fragmentos analizados no pasan de los quinientos. Sin embargo no cabe deducir de ello que la ornamentación resulte recargada, pues, hay en los más, verdadera contención artística, no dejando libre la labor decorativa sino ciñéndose a patrones cuyo contenido aparece concluso y sin excesos. No faltan ciertamente las decoraciones espontáneas, sobre todo las más sencillas y es general, si no la exquisitez y el acabado de una obra de arte, sí el cuidado y la maestría de una artesanía avezada al oficio.

La superficie, en una y otra faz, de estas producciones cerámicas es lisa bruñida, predominando la coloración siena en varios tonos, sin que falten trozos grises y negruzcos. La pasta es de buena arcilla que tiene piedrecillas molidas con el fin de evitar que la cocción resquebrajase la vasija. Hay en ocasiones una veta negra en la médula de los tiestos y el espesor de éstos, aunque variando según el tamaño de la vasija es siempre proporcionado, más bien fino, rebasando pocas veces el centímetro. La finura de la superficie, dada la modelación a mano y la naturaleza del barro indica que fué alisada cuidadosamente y en algún caso recubierto el vaso por una muy líquida capa de barro arcilloso, que cubriendo las porosidades de la pasta le daba mayor finura al exterior.

La decoración está, casi como norma, al exterior, en la mitad superior del vaso, si bien en algún caso también hay ornamentos por la faz interior. La mayor masa ornamental está siempre en la parte superior, de manera que aunque se extiendan los adornos al resto del vaso, éstos aparecen como flecos o colgantes de lo principal.

Técnicamente la decoración está conseguida :

- 1) mediante relieves;
- 2) con unguilaciones;
- 3) con incisiones;
- 4) con puntillado;
- 5) con impresión del borde de conchas, y
- 6) por combinación de dos o más técnicas de las anteriores.

1.—Los RELIEVES son escasos y de poca variedad, como podrá observarse en las láminas III y IV. Se trata por lo general de tiras de barro, con tendencia a la sección triangular, pegados al cuerpo del vaso, casi siempre en sentido horizontal. Son de notar sin embargo el gran fragmento de rugosa superficie obtenida por la aplicación a toda ella de pequeñas pellas de barro, así como también (en la misma lámina IV, frags. 4 y 5) el trozo de borde que se decora

con una extraña banda de mamelones en altorrelieve. Del mejor gusto artesano es el enlace que repetidamente se hace de los relieves con las asas. Aunque esta técnica es sencilla en sí, se enriquece, con aplicación de las impresiones cardiales sobre todo, como puede observarse en nuestra fig. 18, núms. VIII al XI y lámina VIII, núm. 7.

2.—Las UNGULACIONES—no damos cuenta, por falta de personalidad, de algunas digitaciones existentes—constituyen una técnica sencilla y poco empleada (láms. III n.º 2 y VI, n.º 8). Los casos observados se limitan a la hilera simple—en un caso con otra superior de puntos gruesos—y a las varias hileras; en el primer caso las ungulaciones siguen un sentido vertical, mientras que en el segundo lo tienen horizontal con respecto al eje del vaso.

3.—En las INCISIONES hay que señalar el diverso resultado según se obtuviesen con un punzón agudo—los de hueso encontrados explican bien la posibilidad de tal empleo—o los producidos por un punzón romo a espátula que produjeron una acanaladura que puede notarse en la lám. V, número 3. Hay también ejemplos del empleo de punzones de hueso o caña, simplemente impresos sobre el barro con trazo suelto, formando como dientes. Las incisiones finas forman los motivos de líneas breves en diagonal; las prolongadas en el mismo sentido; los dientes de lobo simples; las zonas verticales de ángulos; los zigzags paralelos en sentido vertical; líneas horizontales con verticales cortas, colgantes en grupos de tres; horizontales simples; faja de horizontales con verticales sobre la línea inferior, etc. Con más complicación hay otra rica serie en la que es más firme la tendencia a las zonas, en algunos de cuyos ejemplos pudiéramos ver vasos de estilo campaniforme si su perfil lo permitiese. Minuciosamente recogidas las particularidades de cada tema en nuestros dibujos y láminas, omitimos la descripción detallada de cada uno de estos motivos.

Las acanaladuras fueron hechas con instrumentos de

bastante finura y con cuidado bastante para que no quedaran rebabas en el barro.

4.—También en la técnica del PUNTILLADO existe de manera visible un doble—o triple—procedimiento. De una parte hay sobre los barrotes líneas de puntos o zonas de puntos, grandes y hondos para el espesor de las paredes, pues pueden tener dos o tres milímetros mientras que otros, los más abundantes por cierto, son un trazo fino, de escasa hondura y de forma alargada. Los primeros parecen ser debidos a un punzón grueso aplicado con plena verticalidad a la pared de la vasija (lámina V, número 1). Los otros son verdaderas líneas de trazo interrumpido que, en algún caso, parece estar hecha a pulso, con punzón fino y en otros con peñecillo o cincel de dientes —muy fino habría de ser— ya que no creemos posible el uso de la ruedecilla dentada (cincales o peines se conocen en algún yacimiento; la ruedecilla dentada es, por lo que parece, en esta edad, invención de los arqueólogos). Véanse las láminas V, número 4; VII, número 1; XI, número 5, etc.

5.—La técnica más rica de la cerámica de la Sarsa es la CARDIAL. (23)

Técnicamente las conchas fueron empleadas sobre la cerámica con fines ornamentales de los modos siguientes:

I.—*Raspado cardinal*, que consiste en la impresión, ligeramente acanalada que forma el arrastre sobre el barro blando de la parte exterior ondulada de la concha, generalmente de la especie «*Cardium edule* L.». Se aplica a toda la superficie unas veces y sólo a zonas en otras; es gracioso el efecto logrado en un caso, en que se aplica entre impresiones del borde de la concha, pareciendo un fleco superpuesto, como puede observarse en nuestra fig. 18, IX. Cuando se aplica a toda la superficie dá la sensación de que el barro se ha modelado por aplicación a un recipiente

hecho de fibras entretrejidas, y como este procedimiento no lo hemos observado en estas cerámicas que analizamos, mientras que es frecuente en otros conjuntos cerámicos lo creemos un recurso imitativo de tal técnica. A este raspado cardial corresponde el que Koehler denomina entre sus hallazgos de la gruta de Achakar «velouté»; proponemos aquella denominación —raspado— en lugar de la de «alisado», también usada a veces, porque su empleo supone un motivo ornamental y no simplemente el alisado de la superficie.

II.—*Impresión profunda* del borde de la concha. Como ya se indica, esta forma supone la aplicación acusada del perfil dentado. Con ello se obtiene una huella ondulada, cuyo aspecto de trémolo, con marcado contraste de sombras, presta atractivo al tema que se dibuja. La profundidad de la impresión indica una presión mayor, señala vivamente los dientes del varillaje de la concha y varía de amplitud, siempre con carácter reducido naturalmente, según el tamaño de la concha empleada.

III.—*Impresión fina*. Variante de la anterior, muestra una presión más suave, un trazo menos profundo y va, por lo común, en vasos de más finas paredes y más cuidada superficie.

IV.—*Combinación de las dos anteriores*. Hay ejemplo (frag. V, tabla 18) en que se observa la intención de obtener un efecto decorativo con la combinación de las impresiones profundas y las finas; las primeras, indicando las bandas, destacan el tema sobre la superficie; las segundas enriquecen el interior de la banda con su trazo delicado.

V.—*Impresiones cardiales sobre cordón en relieve*. El efecto obtenido con la técnica anterior se destaca más aún en ciertos casos en que las impresiones externas delimitan una tira de barro pegada al cuerpo de la vasija. Tal vez con ello se tratase en su inicio, de lograr la perfecta fusión de la tira superpuesta a la pared del vaso, pero acaba enrique-

ciéndose con las impresiones sobre el relieve mismo y se complica con fajas de impresiones a ambos lados del relieve, que da suave gradación el tránsito del relieve a la superficie lisa. (Compárense al efecto, los motivos X y XI de la tabla 18).

VI.—*Impresiones del natis de la concha*. Además de la aplicación de los bordes de la concha, es reiterado, y con variado uso, el empleo del natis o ápice de la concha para obtener un nuevo efecto ornamental. En éste se resumen todas las nervaduras de la pechina y, aunque redondeado, cabe marcar su impronta sobre el barro, obteniendo con ello un hoyuelo ovalado en el que se ve la fina impresión del varillaje de la concha. También por lo común se encuentran estas impresiones en vasos finos y su empleo aparece entre zonas o como terminación de flecos, nunca con independencia. Parece, pues, un recurso totalmente complementario. Sólo se encuentra con impresiones cardiales —en combinación con incisiones, en algún caso— y ello parece indicar que se trata de la misma concha con que se hacía la impresión corriente (v. fig. 19).

VII.—*Doble impresión inversa*. Obtenida una impresión con dientes hacia la derecha, por ejemplo, se invertía la concha o el vaso y sobre el mismo surco de la parte inferior, liso, se marcaba otra impresión cuyos dientes iban hacia la izquierda. Con ello se obtiene un surco dentado por ambas caras (fig. 18, XII y XIII).

VIII.—*Ondulado*. Se obtenía con una concha de dientes anchos aplicados suavemente, sin ahondar la impresión, dando una especie de aguas que encontramos en el fragmento IX de la tabla 18, entre dos líneas horizontales de impresión profunda.

Todas estas técnicas suponen una inteligente explotación de un simple recurso natural en las que, aparte de lo que de artístico podamos inquirir luego al estudiar los motivos

o dibujos en que fueron empleadas, hay que anotar como valor positivo en el haber del primitivo ceramista un cuidado, una meticulosidad, una fina artesanía en la cual muchas veces quizá no haya que buscar un deliberado propósito, sino el reflejo espontáneo de un buen gusto natural.

Estas reflexiones y otras más, que podríamos añadir considerando diversos ejemplos, pueden comprobarse de la observación de algunos de los temas ornamentales que se recogen en nuestras ilustraciones, analizando estrictamente el manejo de la técnica, sin referirnos a lo que de artístico pueden tener. He aquí alguna de estas apreciaciones: en la primera tabla de motivos cardiales (figura 18) hay zonas marcadas por impresiones del borde, profundas o finas, pero no basta la fácil aplicación de la concha en el mismo sentido (núm. II o núm VII) sino que, en la mayor parte de ellas (núms. V, VI, IX, X y XI) hay buen cuidado de marcar hacia arriba los dientes de la impresión en la línea superior y hacia abajo los de la inferior; que no es casualidad lo indica su mayor dificultad y la reiteración con que se hace. Esto es lo normal, mientras que lo fácil técnicamente pero menos estético, es lo más escaso. En la tabla 19 se repite este hecho pero con un curioso ejemplar (número XIX), en el que se ve, con sus errores, el esfuerzo con que se buscaba la perfección; véase cómo en el fragmento cuyo motivo recogemos, hay, saliendo de las finas tiras verticales obtenidas con impresión de dientes inversos —a derecha e izquierda—, cuatro tirantes oblicuos, dos de ellos, los de nuestra diestra, tienen el mismo trazo que las zonas verticales mientras que los de la izquierda tienen en un caso la misma dirección los dientes, en el otro de doble impresión inversa, pero sin dejar la faja lisa intermedia. Tal como está trazado el tema no cabe duda que el ceramista de La Sarsa lamentó su inadvertencia que, por salirse de la tónica del dibujo, afea la obra.

Con estas técnicas, con el amoroso cuidado en el empleo de las conchas —unas veces la concha entera, otras sólo

un fragmento con unos cuantos dientes, como se ve en el relleno de las zonas y en los flecos cortos—, con su aplicación en sentido horizontal o vertical, oblicuo o curvilíneo, en línea seguida o con trazos interrumpidos, compuso el ceramista sarsense, una múltiple variedad de motivos. Su descripción sería enojosa e ininteligible y por ello remitimos a las tablas adjuntas en las que, como hemos hecho para las técnicas anteriormente analizadas, resumimos la consideración individualizada de cada uno de los fragmentos estudiados. Enumeraremos tan sólo los temas simples, cuyo empleo único o la combinación en número de dos, tres o más de ellos, constituyen un variado y rico conjunto, cuya gracia sólo en parte superan los motivos del estilo campaniforme, de mayor perfección pero más estereotipados, menos libres en la expresión de la inspiración, más sujetos a patrón y más geometrizados; con menos atractivos, en suma.

- a) Líneas horizontales sencillas.
- b) Líneas horizontales dobles.
- c) Líneas verticales en grupo reducido o en serie.
- d) Líneas oblicuas, en grupo reducido o en serie.
- e) Raspado de superficie, en una o varias direcciones, general o de zona.
- f) Zonas (horizontales o verticales) rellenas de líneas, verticales a la dirección.
- g) Zonas (horizontales o verticales) rellenas de líneas oblicuas.
- h) Zonas (horizontales o verticales) rellenas con líneas en espiga.
- i) Zig-zags.
- j) Impresión de natis, como terminación de zona vertical.
- k) Impresión de natis relleno de zonas.
- l) Guirnalda curvilínea.
- ll) Guirnalda rectilínea.

El motivo menos empleado es el raspado ya que sólo se encuentra en seis fragmentos; los demás son más abundantes y el efecto decorativo de sus dibujos aparece todavía destacado en muchos ejemplares con incrustaciones de pasta blanca o roja.

6.—DECORACIONES MIXTAS. Hasta ahora hemos visto las técnicas ornamentales de la cerámica de La Sarsa que pudiéramos llamar puras, ya que se basan en el uso de un medio único o preponderante para la decoración de los vasos una vez modelados (tiras de barro, dedos y uñas, punzones puntiagudos o romos, cinceles dentados o conchas). Parecía lógico que el dominio del oficio y la plasticidad de la materia empujasen al empleo en la misma vasija de varias de dichas modalidades técnico-ornamentales. Sin embargo, razones de especializaciones de taller, de contenido simbólico o del momento (24), hace que las decoraciones mixtas de la cerámica de La Sarsa sean escasas. De las especies simples anotadas, sin apurar variaciones, son posibles diez combinaciones: de ellas tenemos muestras de cardial sobre relieve; unguilaciones con puntillado; inciso y puntillado; inciso y cardial y puntillado y cardial.

Gráficamente resulta lo siguiente, de toda la cerámica estudiada, marcando con círculo negro lo existente.

(24) Aunque culturalmente los pueblos primitivos tienen patrones rígidos que en modo alguno permiten «el arte por el arte», no cabe subestimar la invención personal o la expresión de una personal psique, en alguna obra de arte o artesanía dada.

Cerámica con decoración mixta de la Cueva de la Sarsa

DECORACION	Relieves	Ungulaciones	Inciso	Puntillado	Cardial	Pasta
Relieves.		+	+	+		+
Ungulaciones. . .			+		+	+
Inciso.						
Puntillado.						
Cardial.						
Pasta incrustada. .						

De este cuadro resulta que los relieves se combinaron con la decoración cardial, pero no con las otras; que las unguilaciones sólo aparecen combinadas con puntillados; que las incisiones forman decoración mixta con los puntillados y con las impresiones cardiales, así como con la pasta blanca o roja como incrustación que destaca el motivo; los puntillados se combinan con las incisiones y con las unguilaciones como queda dicho, con la ornamentación cardial y con la incrustación de pasta; la cardial tiene a veces incrustaciones de pasta blanca y como se expresa se ha combinado en algún caso con los puntillados, con las incisiones y con los relieves. Por último, la pasta incrustada, se combina con las incisiones, los puntillados y lo cardial.

Las cruces de la parte superior señalan las posibilidades combinatorias que no fueron utilizadas en la ornamentación de la cerámica de la Cueva de la Sarsa.

III

CONSIDERACIONES CRITICAS

Los materiales de la Cueva de La Sarsa que hemos visto, constituyen un conjunto típico, como se desprende de la simple consideración comparada de ellos con los pertenecientes a los demás yacimientos cuya lista hemos insertado anteriormente (25). El tipismo del conjunto es para nosotros Neolítico, pura y simplemente Neolítico en su calificación cultural, si bien al decir tal cosa nos obligamos a explicar ciertos supuestos en esta consideración crítica.

A.—EL NEOLITICO DE LA CUEVA DE LA SARSA

No hace mucho (26) y a propósito del Neolítico peninsular decíamos: «Culturoológicamente el Neolítico español

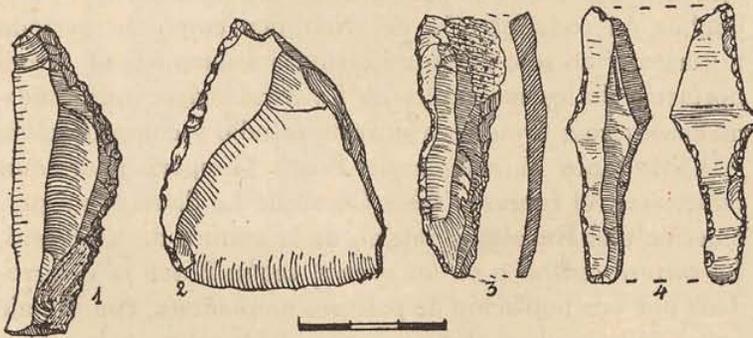


Fig. 3.—Piezas de sílex tallado, con retoques marginales y escotaduras

(25) En nuestra tesis se verá que la identidad ergológica no alcanza sólo a la región penibética sur-oriental, sino a un gran número de yacimientos, en su mayor parte cuevas, comprendidas entre el Estrecho de Gibraltar y los Pirineos, preferentemente en zonas cercanas al mar o por lo menos no centrales, así como otras muchas en África y en el resto de Europa. Ver el cuadro de la página 8.

(26) Nuestro trabajo citado de 1946.

ha conocido diversas sistematizaciones. Fundamentalmente las más elaboradas fueron las de Siret, Bosch Gimpera y Martínez Santa Olalla. Sin entrar en la crítica de cada una de ellas, cabe señalar que el planteamiento del sistema de Siret peca de partir de la observación de un reducido ámbito geográfico, aunque el Sudeste tenga excepcional interés. El sistema del profesor Bosch Gimpera sigue siendo útil para la inclusión «arqueológica» de muchos, pero no de todos los materiales; el planteamiento de sus áreas culturales con relaciones mutuas, creemos que debe ser considerado de nuevo «históricamente» con opuesto principio: *hay una base común, que adquiere características peculiares por sus aislamientos sucesivos y diferentes medios geográficos*. En su *Esquema paletnológico* obvia el casuismo de las áreas culturales rígidas el profesor Martínez Santa Olalla, aunque es de esperar el desarrollo de su teoría.» No puedo aquí hacer el pleno análisis del asunto, como se hace en mi tesis doctoral (27) pero sí creo conveniente ampliar lo dicho, en breves líneas. Dejando aparte cuantos problemas culturales implica mi consideración del Neolítico como un período histórico (y no sólo como un casillero arqueológico), la importancia de los materiales de La Sarsa exigen una fundamentación más firme para su recto estudio y comprobación.

Ciñéndonos al sistema de Bosch Gimpera podríamos caracterizar el conjunto de la Cueva de La Sarsa como perteneciente al Eneolítico inicial, de la cultura de las cuevas. *La cultura central o de las cuevas*, según Bosch es desarrollada por una población de pastores montañeses, con utillaje pobre de hojas de cuchillo y hachas del basalto, en la que lo típico es la cerámica tosca, gruesa, con superficie decorada primero con los dedos o uñas, luego con cordones en relieve, y más tarde ya en el Eneolítico, mejorada con incisiones (28). En el Eneolítico inicial hay núcleos montañosos (Foric

(27) SAN VALERO, en prensa; esperamos que vea la luz este año 1951.

(28) BOSCH, 1932 y 1945.

d'Oss, Balaguer) donde ya aparece con cobre esta cerámica incisa y a este período debe corresponder quizá lo cardial. En esta cultura cabe distinguir, un grupo norte, con predominio de relieves y otro meridional, con predominio de las incisiones, sin hablar de otras variaciones menores. A esta cultura central corresponde la evolución en el pleno Eneolítico, que lleva a la cultura del vaso campaniforme, cuyo origen señalaba Bosch en el valle del Guadalquivir,

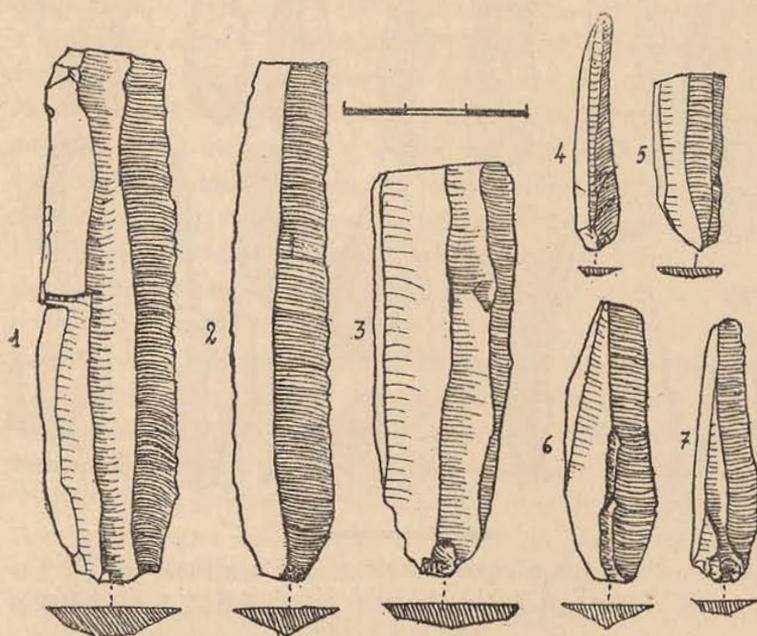


Fig. 4. — Cuchillos de sílex, de sección triangular y trapezoidal

aunque recientemente (29), modificando en parte sus conclusiones, afirma el origen de dichos tipos cerámicos, hacia 2.300 años a. J. C., con un estilo I en Valencia, de donde se expandiría hacia Almería y hacia Cataluña.

Frente a este sistema cuyos detalles y peculiaridades pue-

(29) BOSCH, 1940. V. en contra, MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1947.

den seguirse perfectamente en la magnífica recopilación del profesor Pericot (30), ha dado el profesor Martínez Santa Olalla su ensayo sobre la historia primitiva de la península en el que dedica unas páginas al Neolítico que nos interesa resumir aquí (31), en lo que nos afecta directamente: tras

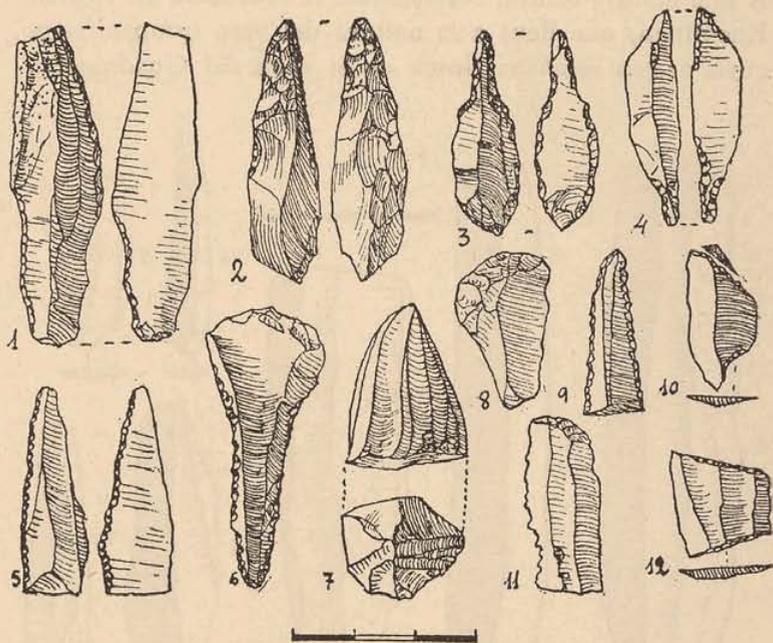


Fig. 5.—Hojas con retoques laterales (1 y 5); perforadores (2, 3 y 6); raspadores (7, 8 y 11); hojillas microlíticas (4 y 9) y trapecios (10 y 12)

el Neolítico antiguo (8.000 a 3.500 años a. J. C.) hay en la península un Neolítico reciente (3.500 a 2.000 a. J. C.) con unos siglos iniciales en los que perduran rasgos antiguos, sobre los que llegan influjos del Oriente Mediterráneo y de Egipto, a través del Norte de Africa y por vía marítima. En torno al 3.000 se define una cultura, la Hispano-mauritana de su ter-

(30) PERICOT, 1942.

(31) MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1945, p. 47.

minología, caracterizada por hachas pulimentadas de sección cilíndrica u oval; talla del pedernal con tipos relativamente grandes, pero con microlitos del complejo tardeno-capsiense, industria del hueso rudimentaria y cerámica abundantísima. En ésta hay vasos lisos y otros profusamente ornamentados con relieves, incisiones, estampillados de conchas y pintura en rojo, como en Italia, Norte Africa, etc. «Esta cultura aparte su expansión europea (Occidental y Mediterránea) ocupa toda la Península y tiene componentes muy marcados, e indiscutiblemente africanos, del Oraniense o Neolítico de tradición capsense, que forman una base pastoril que no excluye cierta rudimentaria agricultura». Después (2.500 años antes de J. C.) aparecerá, y se difunde por la Península, la cultura Ibero-sahariana que, en lo material, ofrece paralelos con el Neolítico sahariano de raíz egipcia, en especial del grupo badariense y culturas asociables, con manifestaciones de época plenamente dinástica. A ellas se unen, en esta misma cultura Ibero-sahariana elementos mediterráneos, llegados por vía marítima, especialmente el complejo arquitectónico megalítico. La fusión de estas dos facies neolíticas señala el inicio de la Edad de Bronce (Mediterráneo I) que corresponde al Eneolítico de los demás autores.

En mis investigaciones sobre el Neolítico he seguido, por cuanto coincidía con mi personal criterio, la hipótesis de trabajo de Martínez Santa-Olalla. Mis resultados confirman su caracterización del Neolítico Hispano-mauritano, al que pertenece, sin duda alguna, la Cueva de la Sarsa y las similares. Ahora bien, por mi parte prefiero llamar al primero de sus períodos Mesolítico a secas y no Neolítico antiguo, porque aunque algún rasgo pueda acercar la época a la nueva edad, todavía dominan en él los rasgos típicos que lo caracterizan (32), y faltan en cambio las características sociales del Neolítico: explotación por el hombre de la naturaleza —mineral,

(32) En prensa estas páginas aparece mi ensayo «Una crisis hace 10.000 años» en la revista HUMANO, núm. 2. Valencia, 1950, p. 45 ss.

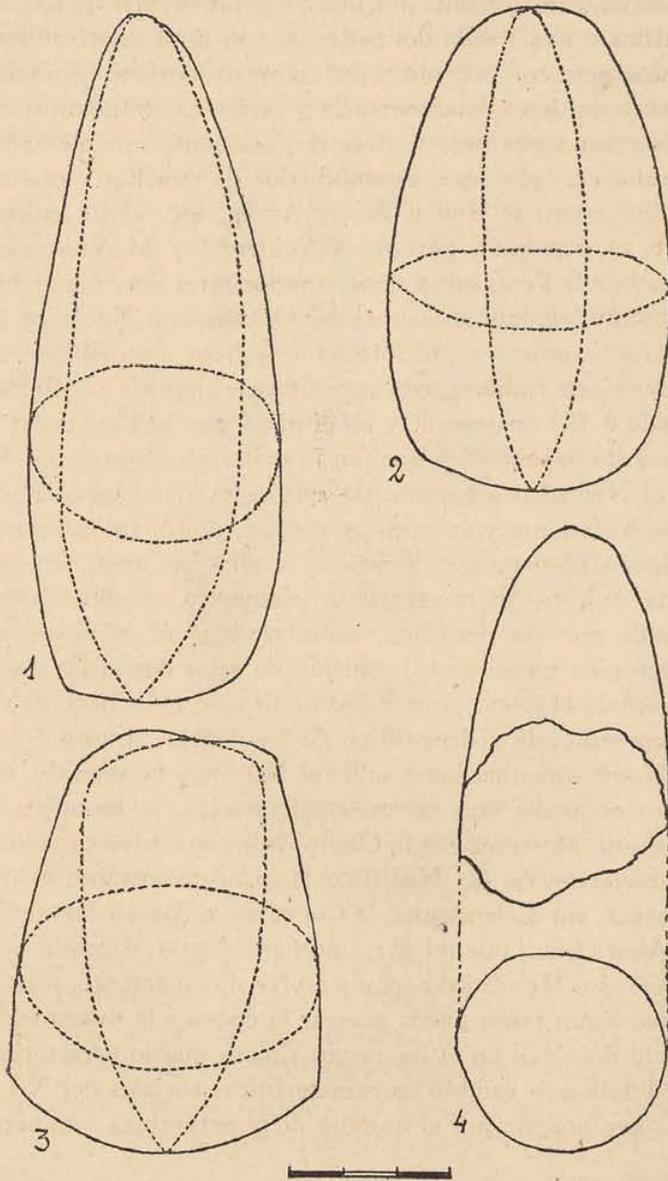


Fig. 6.—Hachas pulimentadas y sus secciones

vegetal y animal— con la agricultura y la domesticación de animales. Desaparecida esta denominación anfibológica, pues parece suponer un progresismo de la cultura neolítica peninsular, al período siguiente a que pertenece la Cueva de la Sarsa, cabe llamarle Neolítico sin más, pura y simplemente Neolítico. No Neolítico reciente, como propugna Martínez Santa-Olalla, porque ello supone uno *antiguo* que no juzgamos real en la Península Hispánica según nuestra manera de entender el Neolítico; pero tampoco Neolítico pleno, porque la plenitud cultural sólo se adquiere con la total incorporación de los inventos neolíticos, que, aquí, en la Península, se completan en la siguiente Edad del Bronce. Y tampoco Neolítico final como en Bosch porque presupone un Neolítico inicial, que, en su sistema mismo, es casi desconocido para la arqueología peninsular y ha de rellenar con lo indeterminado, y un Neolítico pleno que induce lógicamente porque ningún material le es asignable. La etapa neolítica —sin casuismo todavía— significa el arribo de la cultura neolítica a las costas meridionales y levantinas de España; a esta etapa pertenece la Cueva de la Sarsa (33).

Desde luego, por los materiales que hemos visto, no pertenece al Eneolítico considerado en sí mismo, pues no hay cobre. En general, no creo tampoco real la existencia de una «Cultura Eneolítica» que recoge plenamente el bronce Mediterráneo I de Martínez Santa-Olalla. La separación plena del cobre y del bronce no es tan real que obligue a una segregación de períodos, ya que razones geográficas o de

(33) Este criterio que expongo no es puro afán de buscar discrepancias con los sabios arqueólogos citados —ambos mis maestros más o menos directamente— sino deseo de claridad y enfoque cultural de la cuestión. En verdad, el Neolítico nuestro es *reciente* o *final* en relación con sus lugares de origen y en su situación cronológica respecto a las zonas inventoras de la cultura y a la próxima aparición de la Edad del Bronce. Pero, para España y sus culturas primitivas es tan sólo Neolítico. Creo útil evitar la preocupación del «tripartismo» que obliga siempre a «encontrar» en toda la cultura unas fases *inicial*, *media* y *final*. Si determinamos primero el proceso de la difusión de una cultura, tal vez sea innecesario inventar esquemas lógicos, que no son siempre los históricos.

falta de materias primas determinan más que la cronología, tal distinción. Los períodos inicial, medio y final del Eneolítico son una construcción teórica a base de tipologías que, por carecer de comprobaciones estratigráficas para su mantenimiento, son alterados hasta en su orden cronológico según los sistemas; recuérdese por ejemplo el problema del

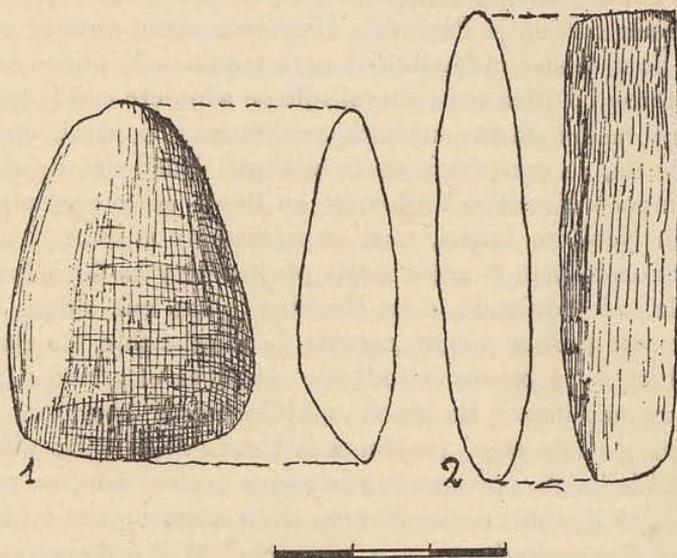


Fig. 7.—Hachita y cincel, a su tamaño natural

Megalitismo en el que el sistema de Bosch Gimpera ha sido revertido por completo en los trabajos de Forde y demás investigadores. O también el caso de algún yacimiento que teniendo bronce es considerado por Pericot (34), eneolítico, por el primitivismo del conjunto.

La Cueva de la Sarsa es, pues, un conjunto típicamente neolítico de la facies hispano-mauritana cuyos rasgos son (35), en lo ergológico, la existencia de microlitos y cuchillos

(34) PERICOT, 1942, pág. 3.

(35) SAN VALERO, 1948 y 1948 b.

de sílex; las hachas en piedra pulimentada; los punzones de hueso; la cerámica de relieves, unguar, cardial, incisa, a más de los restantes elementos enumerados de los materiales de la Sarsa, característicos pero no generales por la mayor pobreza de otros yacimientos: cucharas de hueso, mazas perforadas, cerámica pintada, etc.

Evidente es también esta caracterización de la Cueva de la Sarsa si tenemos en cuenta los rasgos culturales del conjunto tal como lo hemos definido en otra parte (36). Aunque no muy lejos del mar —otras estaciones de las apuntadas, a efectos de relación, son costeras totalmente: Campello, Cendres, Montgó— no hay indicios de economía pesquera, aparte la simple recolección de conchas, tal vez más signo comercial que práctica laboral dada la distancia de la cueva al mar. Como la casi totalidad de yacimientos hispano-mauritanos, el de la Sarsa no está en llanura ni en meseta, sino a media ladera, advirtiéndonos que los neolíticos que habitaron esta cavidad no buscaban lo que hoy consideramos tierras fértiles de huerta ni campos de cereales sino lugares de pasto para sus ganados y tal vez algún pegujal de fácil cultivo.

Ganadería y agricultura están documentadas en los restos de la Sarsa; aquélla por los huesos de especies domésticas evidentes, aunque no estén estudiados por especialista, los de cerdo, bóvido, oveja y cabra; ésta por las hachas que servirían de azadón, la maza perforada y sobre todo el trigo calcinado. Y aun la caza cabe probarla con los microlitos y los punzones que en gran parte están aguzados sobre huesos de liebre y conejo (37). No hay en los materiales de la Sarsa restos de vestidos, pero aparte de que objetos de adorno nos señalen parte del indumento no es suposición aventurada el afirmar el uso de pieles y tejidos, pues los punzones

(36) SAN VALERO, 1948 b, pág. 24.

(37) Aunque no estudiados los huesos, como hemos dicho, el testimonio de don Isidro Ballester, veterano cazador, garantiza esta clasificación zoológica.

son a veces delicados como agujas y no faltan improntas sobre tiestos que cabe atribuir a tejidos, en yacimientos parejos.

La ergología de la Sarsa evidencia una vida pacífica ya que no considero, como veremos luego, arma guerrera ni siquiera la maza de piedra perforada. En conjunto y exceptuando la cerámica, no cabe hablar de técnica avanzada en ningún aspecto; en la misma aludida maza de piedra ya hemos señalado la tosca labor de perforación. El sílex está tallado simplemente sobre hojas con retoque menudo a veces, pero no delicado. Espátulas, cucharas y punzones tan cuidadosamente pulidos, seguramente por el uso en muchos casos, no revelan en su forma ni en su acabado preocupación estética, sino funcional. Cuando en un caso —el hueso de la lám. I— hay muestra «suntuaria», decorativa, el motivo, geométrico e indescifrable, está realizado con incisión ruda.

Ninguna muestra artística ni aún los socorridos «objetos de uso ritual o mágico», con que a veces se ha cubierto una ignorancia real, nos permiten atisbar el mundo ideológico en la sociología de las gentes que vivieron en la Sarsa (38).



Fig. 8.—Cincel

B.—LA SARSA EN EL MUNDO NEOLITICO

Cuanto hay de común y de original en el conjunto arqueológico de la Cueva de la Sarsa nos exigiría una exposición excesivamente amplia del mundo neolítico. Sobre todo porque nuestra consideración de la Edad Neolítica (39),

(38) Cuando cabe decir de estos aspectos en el Neolítico español, en SAN VALERO, 1948 b. y 1948 c.

(39) Algo de ello se apunta en nuestros citados trabajos. El conjunto podrá verse en SAN VALERO, en prensa.

preferentemente histórica —gentes elaborando una cultura— se aparta del criterio arqueológico —estudios de restos materiales descubiertos— que ha venido dominando en la investigación. Por ello, estudiando un yacimiento concreto, rico y sugerente como el de la Sarsa, trataremos de situarnos en el mundo neolítico mediante el estudio de sus relaciones arqueológicas, dando por supuesto una visión del conjunto de la Edad Neolítica como puede verse en alguno de nuestros citados trabajos o en las obras de conjunto de Menghin (40), Goury (41), Childe (42), Hawkes (43) o Laviosa Zambotti (44).

En el tiempo, sino concretamente las gentes de la Sarsa sí el Neolítico que practicaron, puede enlazarse con las culturas anterior y posterior, con el Mesolítico y con el Neolítico Ibero-Sahariano (Almeriense, de Bosch). ¿Hay en la Sarsa elementos que permitan tales conexiones culturales? El material de sílex puede parecer a primera vista un contacto patente con las gentes mesolíticas: piezas microlíticas, hojillas de dorso rebajado, algunos triángulos y trapecios, etcétera, (fig. 5). Pero una afirmación tal, que es exacta desde el punto de vista general de la cultura, es inaceptable aplicada a un yacimiento concreto como viene haciéndose repetidamente en la bibliografía. Ciertamente hay en el Neolítico un fondo básico, en algún aspecto, que es de tradición mesolítica, pero de ello no cabe inferirse que las gentes de la Sarsa continuen por sí, directamente, la técnica mesolítica de los tardeno-capsienses del Levante español; los rasgos mesolíticos que los sílex de la Sarsa presentan son, precisamente, los típicos del Neolítico hispano-mauritano. Y por motivo análogo, el origen oriental de la maza de piedra perforada que luego estudiaremos no autoriza a suponer

(40) MENGHIN, 1931.

(42) GOURY, 1932.

(42) CHILDE, 1947.

(43) HAWKES, 1940.

(44) LAVIOSA ZAMBOTTI, 1943.

—trasladando al espacio nuestro estudio de relaciones— que los de la Sarsa proceden de Merimde Beni Salame.

Al constituirse en Africa del Norte la facies neolítica mogrebí (45), que Vaufrey y Huzzayin han precisado, hay en sus elementos propios, que pasarán a nuestra Península para constituir el Neolítico Hispano-mauritano, una clara doble filiación:

1.º *Elementos de la base de tradición capsiese:*

- Piezas foliáceas de gran tamaño
- Hojillas de dorso rebajado
- Segmentos de círculo
- Triángulos y trapecios escasos
- Perforadores
- Microburiles
- Pequeños raspadores
- Arte rupestre de aire naturalista

2.º *Elementos procedentes del influjo egipcio*

- Puntas de flecha unifaciales de toско retoque
- Puntas de flecha unifaciales de base cóncava
- Hachas pulidas cilíndricas, luego rectangulares
- Cerámica de fondo cónico
- Decoración cerámica con incisiones y relieves
- Molinos de mano
- Mazas de piedra perforadas

Los microlitos y demás piezas de pedernal de La Sarsa hay que atribuirlos, como se ve, de manera definida, al componente capsiese que tiene ya el Neolítico mauritano antes de ser hispano. No cabe olvidar sin embargo que cualquier posible contacto, ya en la Península, con los tardeno-capsieses mesolíticos, no hubiera hecho sino reforzar las raíces culturales propias de los neolíticos de la Sarsa; pero en el estado actual de la investigación no cabe

(45) VAUFREY, 1939; HUZZAYIN, 1940.

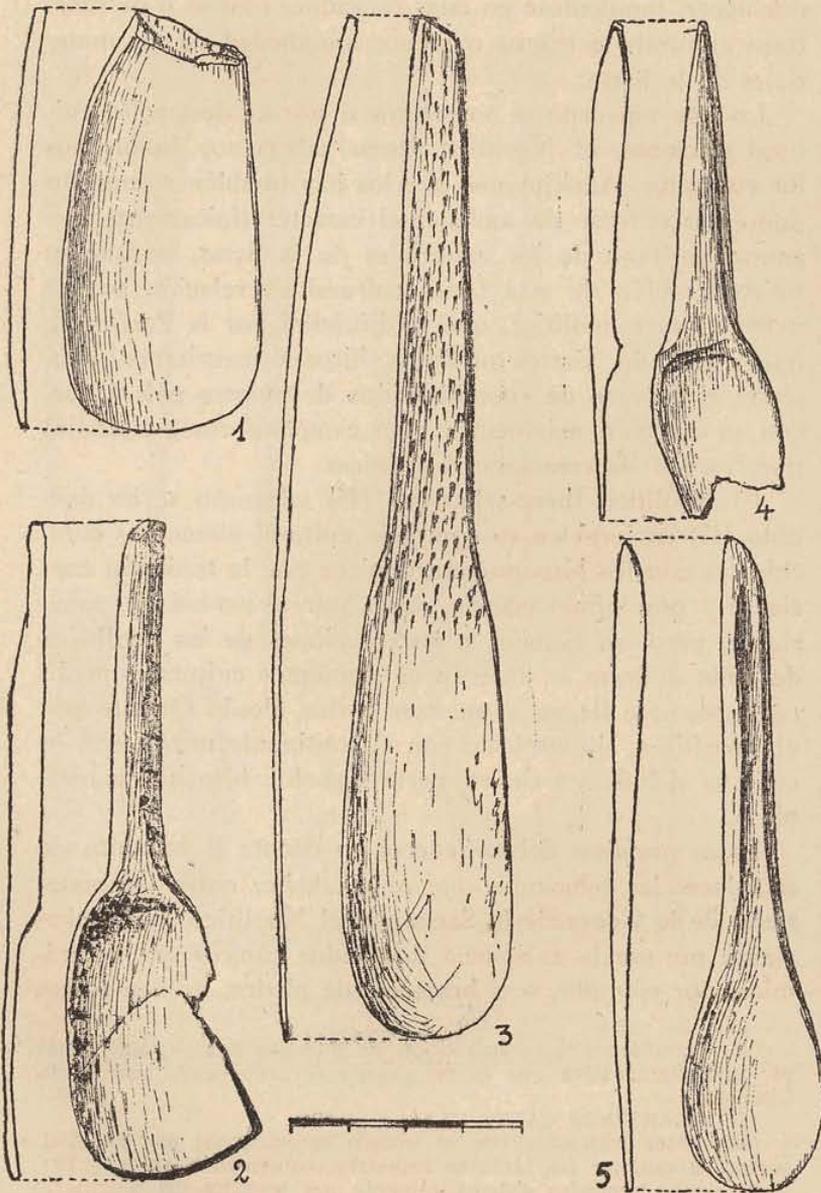


Fig. 9.—Cucharas-espátulas de hueso

establecer, fundándose en estas relaciones básicas o de substrato cultural, la mayor o menor antigüedad de los materiales de la Sarsa.

Lo que antecede se corrobora si por el desarrollo cultural siguiente, el Neolítico Ibero-sahariano, inquirimos los contactos. Anticipemos que los hay también y con ello podremos afirmar sin ambages el carácter típicamente hispano-mauritano de los materiales de la Sarsa, porque es típico también de esta facies cultural su relación con la nueva cultura neolítica, que se difundirá por la Península, que aceptando ciertos módulos hispano-mauritanos, concluirá el proceso de «neolitización» de nuestro país y que, con su creación máxima, el vaso campaniforme, difundirá por Europa las creaciones hispánicas.

El Neolítico Ibero-sahariano (46) tal como se ha definido (47) encierra en su complejo cultural elementos coincidentes con los hispano-mauritánicos por la tradición capsiense y por influjo egipcio, que nutren también lo sahariense, pero en España, a las creaciones de los neolíticos del gran desierto se unen otros elementos culturales mediterráneos que llegan a nuestras costas, desde Oriente por vía marítima, sin contacto con el continente negro (48), lo cual ya debió ocurrir en parte con los hispano-mauritánicos.

Estas premisas deben tenerse en cuenta si tratamos de establecer las relaciones que pueda haber entre los materiales de la Cueva de la Sarsa con el Neolítico Ibero-sahariano, porque la existencia de fondos cónicos en la cerámica, por ejemplo, o el brazaletes de piedra, no son rasgos

(46) Aceptamos la denominación de Martínez Santa-Olalla (1945) por más significativa que la de almeriense propugnada por Bosch Gimpera.

(47) MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1945.

(48) Estas relaciones con el mundo egeo-anatolio que BREUIL sugirió al estudiar las pinturas rupestres esquemáticas (1934 t. IV), están siendo probadas sistemáticamente por trabajos del Seminario de Historia Primitiva del Hombre de Madrid, como puede verse en «Cuadernos de Historia Primitiva» desde 1946.

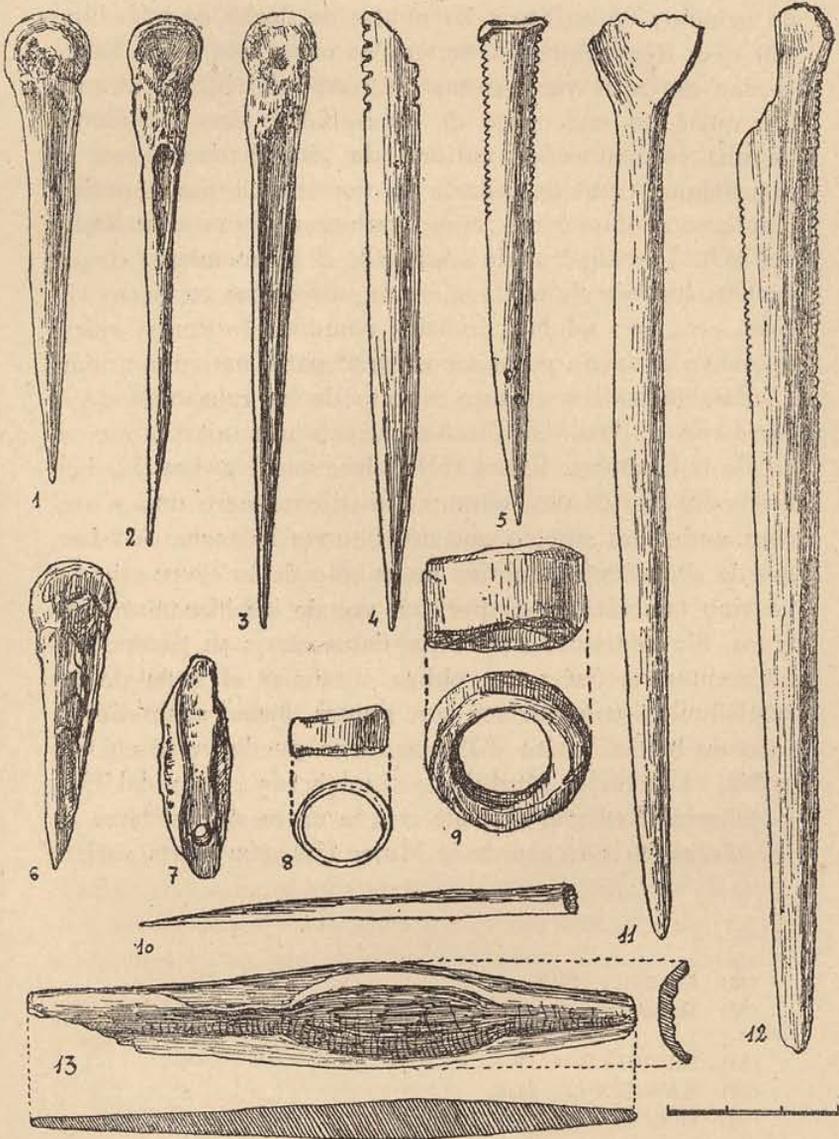


Fig. 10.—Punzones, mangos de cuchara, anillos, etc. de hueso

definidores, ya que proceden, en último término, del fondo egipcio; en cuanto a las puntas de flecha de talla bifacial que, si no entre los materiales conocidos de la Sarsa se dan en otros yacimientos hermanos del litoral levantino, quizá no sean rasgo de modernidad, sino testimonio de una contaminación cultural de los saharianos con lo mauritánico ocurrida todavía en tierras africanas, especialmente en el Oranesado, como verbigracia ocurre en Redeyef (49). Los taladros de sílex (50), el aplanamiento de las hachas, los brazaletes de mármol, los discos en barro cocido, etc., son también indicios comunes en ambas culturas, cuyo contacto pudo ser en gran parte extrapeninsular.

Es significativo en este aspecto de las relaciones de la Sarsa con el Neolítico Ibero-sahariano un motivo ornamental de la cerámica. Breuil (51) y Jacqueta Hawkes (52) han destacado ciertos paralelismos estilísticos; pero uno y otra desatienden un aspecto que nos interesa bastante. A saber, que la simbología neolítica no es sólo de lo Ibero-sahariano sino también y más pura tal vez de los hispano-mauritanos. Sin acumular aquí otros datos que a su tiempo publicaremos, la Sarsa nos obliga a señalar el tema de los semicírculos concéntricos con puntas hacia abajo de un vaso de Sierra Elvira (53) que luego puede verse en Gavrinis, Conguel, Morbihan, Longherew (Irlanda) (54), Becharra (Kyntyre) (55) etc. y que no es sino el tema de las vasijas de la Cueva de la Mujer (56), con cierta varian-

(49) GOBERT, 1912.

(50) Recuérdese Merimde Beni Salame (JUNKER Y MENGHIN, 1933).

(51) BREUIL, 1934, IV.

(52) HAWKES, J., 1938.

(53) GOMEZ MORENO, 1933.

(54) HAWKES, J., 1938.

(55) CHILDE, 1947.

(56) McPHERSON, 1870-1.

te en Zuheros (57), Hoyo de la Mina (58) y que en nuestro conjunto de la Sarsa se da también de zonas cardiales (Lám. XVII) aunque con predominio rectilíneo, y sin que por brevedad haga falta referirnos aquí a su existencia en el Neolítico danubiano (59).

En conjunto cabe, pues, afirmar que el complejo ergológico de la Sarsa tiene una acusada pureza neolítica hispano-mauritana, sin que ello sea óbice a su enlace cultural lógico con el Mesolítico antecedente y el Ibero-sahariano subsiguiente, que no llegan sin embargo a enturbiar su tipismo.

Si como punto en el tiempo la arqueología de la Sarsa es definida, como *habitat* Neolítico pudiéramos hacerla eslabón de esa cadena cultural que desde Egipto corre a Africa del Norte, pasa por la Península Hispánica y se difunde por Europa Occidental (60). Pero nuestro propósito es ahora más limitado y vamos a detenernos únicamente en algún aspecto, cuyo mayor relieve justificará el anterior aserto. Veamos para ello una de las piezas aludidas, ya que con más detalle nos hemos de ocupar de la cerámica.

El esferoide de piedra perforada ya he dicho que debe considerarse como contrapeso de una laya simple para remover el suelo (61). En la Península los hay análogos en Arbolí, de arenisca, en la Morera de Montsant (Priorato) sobre los que llamó la atención Vilaseca (62), a más de otros dudosos (63). Fuera de nuestro ámbito más directo de relación los hay en China, donde también según Breuil, *ont du charger des bâtons a fouir* y en Africa del Sur, donde por su gran número se han interpretado como posibles «boleado».

(57) FERNANDEZ CRUZ, 1946.

(58) SUCH, M., 1919-20.

(59) SAN VALERO, 1946 y 1948.

(60) V. estudios citados en la nota 59.

(61) GOBERT, 1935, pág. 1 y ss.

(62) VILASECA, 1943, pág. 62.

(63) SAN VALERO, 1945.

ras» (64). En Susa fueron halladas bolas de piedra perforadas (65) así como también en Egipto, donde se dan en el Neolítico de Merimde Beni Salame, Fayum y Negada, perdurando hasta las primeras dinastías, siendo levemente aplanadas, piriformes y con perforación cilíndrica regular (66).

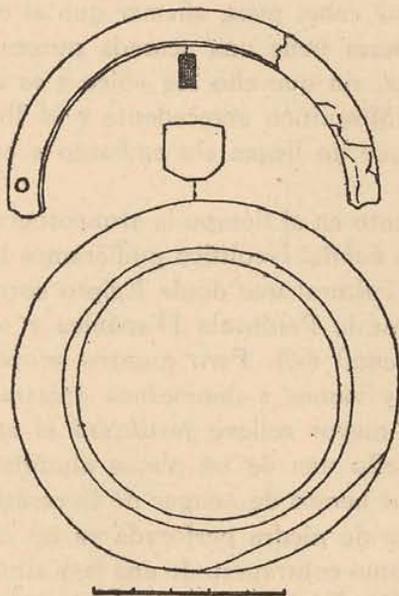


Fig. 11.—Brazalete de pizarra; en la parte superior, fragmento de otro más fino

También en Troya las halló Schliemann (67) y se dan en el nivel Neolítico de Knossos, con perforación cilíndrica a la egipcia o bicónica como el de la Sarsa (68).

En Africa del Norte son, según Gobert, más tardías y

(64) Riet V. Lowe los ha estudiado; cfr. GOBERT, 1935.

(65) EBERT, VIII, s. v. *Mesopotamien*.

(66) MENGHIN, 1941. Amablemente el ilustre profesor vienés nos facilitó datos sobre materiales egipcios, que publicamos en nuestro trabajo de 1945.

(67) SCHLIEMANN, 1890, pág. 442.

(68) EBERT, VII, s. v. *Kreta*, lám. 36:

se encontraron en Tamar Hat, Cueva del Muflon, El Golea, Gruta del Uad Kerma, Bir Kanfous, Lalá, Abrigo Redeyef, Aín Mularés, El Hamda y también en el abrigo Aleín y Beni Segual, en Aín Aachena, Gruta de los Osos, Haci el Hameide, etc., (69).

Esferoides de este tipo aparecen también en Sicilia, nuraghes de Cerdeña y yacimientos de la Península Italiana. Peet las indica en las cuevas de Arene Candide, Pollera, valle de Vibrata y Alba Cuneo (70). Algunas, aplanadas y con amplia perforación, parecen — pueden ser en efecto — brazaletes de piedra; pero las más son esféricas y ovoides, como las de Viterbo e Isnello, o como la del sepulcro de Rinaldone, de un conjunto con puñal de bronce de la cultura de Remedello, con perforación bicónica (71).

En Francia no son frecuentes, al menos en la bibliografía, pero se indican en Camp de Chassey, Champigny y Grutas de la Gelie (72). Este último yacimiento ha proporcionado uno, en cloromelanita, del tamaño de una naranja, con agujero grande y sin señales de percusión en superficie. Goury indica también su aparición en las regiones de Ariege, Dordoña, Drome, Finisterre, Lot-et-Garonne, Morbihan y reproduce un esferoide en lava, con perforación bicónica, de Andernach, en el Mosela (73).

Tanto Peet como Dechelette y Goury, señalan la expansión del tipo, en forma ovoide o esférica, hacia Norte Europa, por Inglaterra y hasta Dinamarca (74); un ejemplar

(69) GOBERT, 1942. Uno de los esferoides de Redeyef (fig. 8, k.) es de perforación cilíndrica; otro con perforación bicónica se cita en la pág. 158. Cita y reproduce el de Haci el Hameide, NOUGIER, L., 1935, págs. 409-11. Todos son en piedra calcárea dura.

(70) PEET, E. T., 1909, págs. 155 y 251:

(71) ALMAGRO, 1941, pág. 310, fig. 229.

(72) DECHELETTE, I, pág. 519.

(73) GOURY, 1932, I, pág. 233 y ss.

(74) La maza maglemoisienne que reproduce MENGHIN (1931, lámina XXVIII, 1) es un guijarro irregular con perforación bicónica excéntrica. En la época de las tumbas de corredor (EBERT, IX, s. v. *Nordischer Kreis*, lám. 73, h y k) hay mazas con perforación cilíndrica.

escandinavo hemos visto recogido por Aarne Europeus, con perforación bicónica y ligeramente ovalado, hecho en granito y procedente de Esbo (75).

Sirva también de ejemplo la media pieza que fabricada en dolerita olivina del país, con un diámetro aproximado de unos 8 cms., encontró Crawford en Durrigton, en 1927, en un yacimiento que consideraba del *Beaker's period*, es decir, del campaniforme inglés, tardío con respecto al español, posterior al 1800 a. de J. C (76).

En la industria Smithfield, del Estado libre de Orange, Riet Van Lowe, ha recogido abundantes ejemplares, a los cuales da significación ceremonial además de su posible empleo utilitario (77).

La clasificación de este tipo de piezas en esféricas, ovoideas, discoidales, piriformes, subcilíndricas, etc., no creemos que pueda, por ahora, servir de gran cosa. La materia de que están hechas en areniscas, mármol, cloromelanita, lava, hueso, barro, etc., nos puede indicar la materia prima de más fácil obtención, o el mayor o menor peso que en el esferoide se deseaba. En algún caso, la rareza del material empleado, como indica Goury, puede significar la valía especial del instrumento.

En cuanto a la técnica de fabricación, merece destacarse el procedimiento de perforación. La obtención del esferoide no es difícil para gentes que practicaban en gran escala el pulimento de la piedra. Pero su perforación es otra cosa, porque se trata en muchos casos de piedras de gran dureza y la dificultad la resalta el hecho de los muchos ejemplares que se hallaron partidos, con la perforación hecha, o en vías de fabricación. Para Dechelette se obtendría el agujero con un punzón de madera, un poco de arena y un mucho

(75) EUROPEUS, 1932.

(76) CRAWFORD, 1929, págs. 49 y ss.

(77) Un estudio extenso, refiriéndose a ejemplares de Africa meridional y ecuatorial, se hace en los estudios de DOIRE, R. L., y CABU, F.

de paciencia. En algún caso —es de ver en ejemplares tro-
yanos— se usaría un perforador hueco, que sería un hueso
tal vez. Quizá fuese empleado el arco, «bowdrill» de los et-
nólogos ingleses, para imprimir rotación al punzón. El ins-
trumento fué conocido de los egipcios y se usa por primi-
tivos actuales, así en Australia para encender el fuego, entre
gentes que ignoran el arte de perforar la piedra.

El diferente dominio de las técnicas empleadas, motivó
distintas perforaciones. Los tipos existentes son los que
recogimos. La perforación cilíndrica regular a que se llega

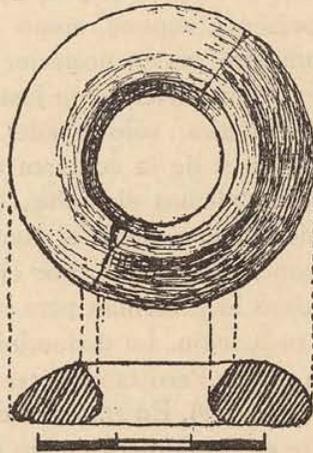


Fig. 12.—Anillo en piedra caliza, con perforación achaflanada en
ambas caras

pronto en los esferoides orientales y egipcios es tardía en
objetos de piedra mediterráneos y del occidente europeo.
En los esferoides a que nos referimos ahora, predomina
la perforación bicónica, más o menos acentuada. Los ejem-
plares italianos que reproducimos, como el nuestro mismo
de la Sarsa, permiten inducir que la perforación hubo de
partir de ambos lados, para encontrarse en el centro y ser
luego objeto de ensanchamiento. En otros, —Arbolí, Rinal-
done, Andernach, Tamar Hat, etc.— el agujero se produce

mayor o menor, por simple contacto de los conos invertidos que formaba el tosco perforador usado.

Según Menghin, este tipo de centro estrecho y salidas anchas es un rasgo primitivo que puede indicar el uso de un pico de piedra (78). Tal perforación—dice—aparece por vez primera en la cultura maglemoisiense y proviene por lo tanto, de un viejo Neolítico, siendo excepcional en el tardío. El perforador hueco falta en Norte-Africa y Occidente europeo, donde se usa, como en Egipto, el perforador macizo. Si en algunos ejemplares con perforación bicónica, como el de la Sarsa, se empleó el pico de piedra, la superficie pulida que presenta, supone, como indica el profesor Menghin, su alisamiento por un posterior proceso de fabricación. Sin embargo nos advierte con justeza, que la exacta determinación cronológica, sólo puede desprenderse del conjunto arqueológico y de la comarca en que se hallen. En efecto, en los antedichos ejemplos, los esferoides con perforación bicónica, se dan, desde el Neolítico inicial, hasta la Edad del Bronce (Rinaldone, por ejemplo).

El interés máximo lo presentan para nosotros estas piezas atendiendo a su función. La denominación más generalizada, es la de la maza. Pero también se las llama rompecabezas, martillos, etc., (79). En gran número de estas piezas, pero especialmente en las de perforación bicónica el escaso agujero resultante hace imposible su uso como útil contundente, ya que el mango sería incapaz de tal esfuerzo. Esta consideración quizás, así como el hecho de que algunas piezas estén trabajadas con esmero y aun decoradas como en Mesopotamia, ha llevado a los más a propugnar su empleo como signo de autoridad, cuyo más remoto origen estaría en las mazas o porras de madera. Su representación en este-

(78) *In litt.*, que públicamente agradezco. Véase su *Welgeschichte*, 1931, lám. XXVIII, pág. 273. Los perforadores huecos —tal vez cañas de bambú— eran conocidos en la India y de allí quizás procederán los del círculo egeo.

(79) *Casse tete; massue, boule de pierre perforée; club-head, perforated stone ball; hammer; Keule, Wurfscheibe; mazza, etc.*

las y paletas mesopotámicas abona tal suposición y justifica su enlace con el semejante cetro real que aparece luego, como en Nubia encontró uno, con mango de oro, el Archaeological Survey, en la última expedición de C. Mallaby Firth.

Su empleo como arma no es posible, como señalamos, por incapacidad funcional, pero también se ha indicado tal uso en armas de lanzamiento (80). En efecto, piezas análogas fueron empleadas con tal fin por los romanos. El que Conil dió a conocer afecta la forma de un elipsoide aplanado, de hierro nativo, con un diámetro de 70 mm. y un espesor de 32; su peso es de 735 grs., y permitiría que el *pilum* a que se adaptara, obtuviese, con el mismo esfuerzo, una notable propulsión. No creemos que tal uso sea el de los esferoides perforados, ya que la irregularidad de su forma, en mucho ejemplares, impediría la normal trayectoria del arma lanzada.

La interpretación más convincente es la de Gobert, por permitir su entronque con los conjuntos culturales en que aparece, y por enlazar todavía con los primitivos actuales. Por ello estimamos, con el prehistoriador francés, que las bolas de piedra perforadas del Neolítico hispánico, no sirvieron de armas, y que, si su empleo fué en algún caso simbólico, su origen hay que buscarlo en la necesidad de dotar de peso eficiente a instrumentos de trabajo excesivamente ligeros.

A tal interpretación se suma Breuil (81), añadiendo una posible utilización de tales bolas perforadas con los aparatos de perforación, o para encender el fuego; es decir, en el *bow-drill* a que hemos aludido, o en el *pump-drill*, o berbiquí primitivo, cuya pieza vertical se hace girar por cuerda arrollada que actúa por la presión que se ejerce sobre la pieza de madera horizontal. Para dar más peso a la pieza

(80) LOUIS, M., 1936, pág. 71 y ss. CONIL, A., 1936, y pág. 383.

(81) BREUIL, H., 1935, pág. 713.

vertical, se coloca, encima o debajo de la cuerda, una bola de piedra perforada, análoga a la que nos referimos, aunque de menor tamaño.

Los etnólogos señalan que al Neolítico corresponde la etapa matriarcal, con preponderancia de la mujer, cultivo de la tierra con azadón o mediante la simple remoción de ella con un palo. En esta etapa se hallan todavía algunos

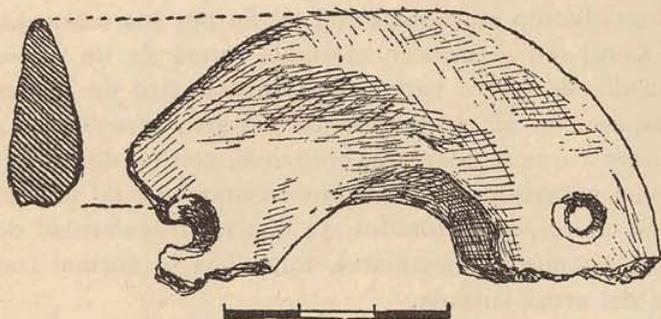


Fig. 13.—Fragmento de disco, en piedra, con dos perforaciones bicónicas

pueblos primitivos actuales de Nueva Guinea, Islas Salomón, India, Centro Africa, América del Norte, etc.

Entre éstos, se ha señalado el uso de esferoides perforados. «Partout —dice Gobert— où leur emploi a pu être observé, il a été établi qu'ils ne servaient pas d'armes, mais de pois destinés a douer de la masse á des outils de bois, trop legers par eux-mêmes» (82). Así en Nueva Guinea se emplean para trabajar la tierra, dando peso a los bastones con que escarban el suelo, sin excluir en algún caso su uso como mazas. El tamaño es análogo a los prehistóricos como uno, en el Museo de Historia Natural de Toulouse, de 90 por 55 mm., con perforación de 55 mm., y 3,3 en la estrangulación.

(82) GOBERT, 1935, pág. 6.

En Etiopía sirven de contrapeso a *dongoras*, estacas con regatón de hierro, en uso todavía entre los Gallas, a las que sirven de cabeza estas piedras perforadas.

En América del Norte, en California, los indios usaban piezas análogas para calibrar o pulir tubos de pipa u otros cilíndricos y como pesos de los *diging-sticks* o bastones de excavar. El primero de estos usos no es probable en los neolíticos de perforación bicónica.

Entre los bosquimanos su uso es frecuente. Se denominan corrientemente piedras de bosquimano. Reproduce Gobert un sugestivo cuadro de la vida de este pueblo que recogemos por el interés que presenta para su comparación con lo que debió ser el módulo vital de la cultura neolítica. «El equipo de cada hombre bosquimano —narra Dorothea F. Bleeck— consiste en un arco de flechas, llevadas en un carcaj de cuero, y un bastón puntiagudo que llevaba a veces un nudo o abultamiento en la otra extremidad. Las flechas eran de caña con puntas de hueso o de sílex, hasta que fueron reemplazadas por las de hierro que proporcionaban los bantús. Los arcos eran pequeños y débiles, contando el bosquimano más que con la fuerza de sus armas, con el veneno de que dotaba a sus puntas de flecha. El instrumento propio de la mujer, era un bastón puntiagudo para sacar de tierra raíces y bulbos. Este bastón no tenía abultamiento en su extremo, pero en todas partes donde el suelo era duro, su potencia se acrecía cargando en su parte media una gran piedra redondeada y perforada... Vasijas de barro para cocer y huevos de avestruz para llevar el agua eran también empleados por estas mujeres. Los escasos instrumentos en uso todavía entre estas gentes, eran de pequeño tamaño y de piedra o de hueso».

La descripción es completa, y evidente el empleo de los esferoides de piedra en los palos para excavaciones, pero aun es más grande su uso en las pinturas rupestres de Tigerhock Spruit.

Análogo empleo propugnamos para muchos de los esfe-

roides de piedra perforados del Neolítico español. Entre las piezas de piedra con agujero central, pudo haberlas empleadas como brazaletes —hay un ejemplar en la misma Cueva de la Sarsa; otros en estaciones almerienses, y las señala Peet en Italia—, o también como calibradores, pero entonces la perforación habrá de ser regular y el exterior no precisaría regularidad esferoide; cabe todavía, encontrar verdaderas mazas o martillos, pero la perforación será mayor y podrán buscarse las huellas del uso contundente, y aun, los ejemplares menores pudieron tenerse como fusaio-las.

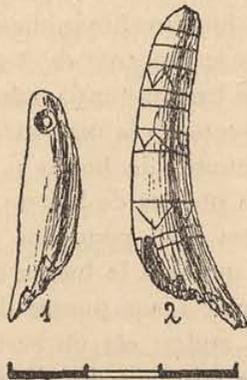


Fig. 14.—Colmillo convertido por la perforación en colgante y hueso decorado con incisiones

En otras piezas, como la de la Sarsa a que nos referimos, el calibre de la perforación no permite suponer capacidad para golpear, ya que el astil tenía que adelgazarse excesivamente. En cambio, con misión tan sólo de contrapeso es utilizable. El carácter agrícola inicial de los yacimientos neolíticos en que aparecen, hace presumible y no aventurada, tal hipótesis. La tosquedad misma de fabricación del objeto excluye su uso simbólico y jerárquico entre gen-

tes no desprovistas de sentido estético, como muestra principalmente la cerámica.

C.—RELACIONES CERÁMICAS

Esta situación crucial que en el espacio tiene la ergología de la Sarsa, según nos indica nuestro anterior análisis del esferoide perforado, se acentúa, aumentando en interés cultural, si atendemos a las relaciones cerámicas.

Las descripciones, que hicimos antes, de las formas, asas y decoraciones de la Sarsa, sirven para dar por sentado el aire familiar pleno, con los yacimientos hispano-mauritánicos aludidos ya o conocidos de antiguo, pero ahora hemos de referirnos a su conexión extra-penínsular.

La cerámica de la Sarsa reúne en sí las características generales de la primera cerámica neolítica peninsular y como afirmación de validez para todos los yacimientos de España, puede decirse que los tuestos de buena calidad en las pastas, cocción uniforme, poco espesor y decoración rica, son Hispano-mauritanos, especialmente en el Sur y Levante, pues hacia el interior de la Península, van degenerando y se hacen más toscas estas características.

A efectos de relación ha tenerse en cuenta, aunque no podemos hacer ahora su estudio, que hay en la cerámica neolítica hispánica, rasgos suficientes para anotar una serie de características comunes, más otros específicos que definen diversas familias (85): lisa, de relieves, unguilaciones y digitaciones, incisa, puntillada, de impresiones, acanalada y pintada. De todas ellas hay muestra y riqueza bastante en la Sarsa, pero no está de más indicar que el conjunto de

(85) En el estudio de la cerámica neolítica, prefiero la denominación de «familia» a la corriente de «estilo», porque éste indica un logro, querido o no, de tendencia artística, mientras que familia señala tan sólo la existencia de rasgos comunes que relacionan ciertas creaciones. Existen además decoraciones iguales estilísticamente, que pertenecen a familias diferentes. Por eso preferimos todavía agrupar hechos que teorizar sobre el alma de los ceramistas neolíticos a base de pura tipología.

nuestras investigaciones nos llevan a afirmar que el origen y evolución de cada una de estas familias cerámicas no puede ni debe buscarse en nuestros yacimientos, ni aun en los del Sur que resultan los más antiguos. Todas estas

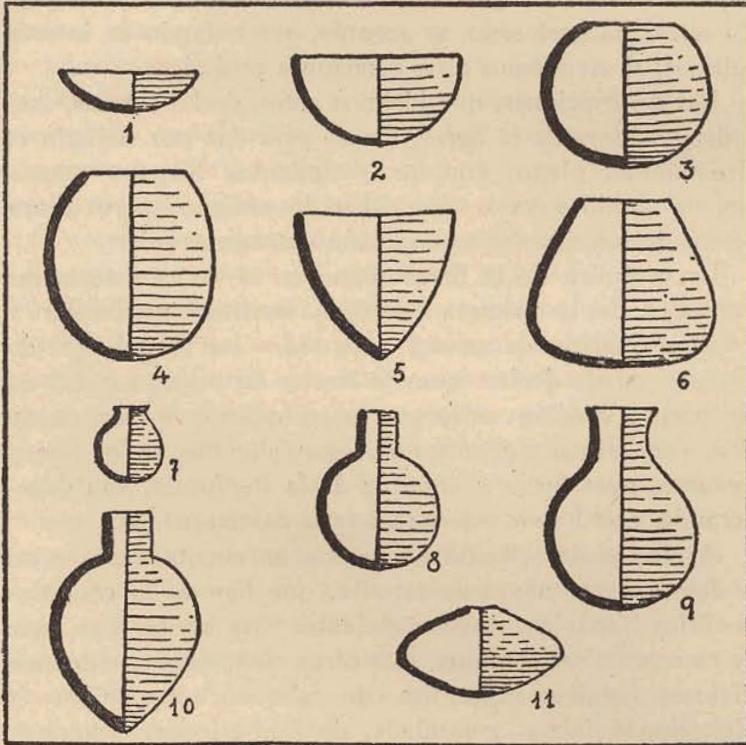


Fig. 15.—Tabla de formas de las vasijas en el Neolítico hispano-mauritano

especies son coetáneas, en forma más o menos absoluta, aunque quepa admitir y deban investigarse los casos de enriquecimiento, desviaciones o empobrecimiento. Estilísticamente no pueden establecerse prioridades, fundándose

en su simplicidad o en la sencillez de temas, y no hay un solo yacimiento excavado que permita establecer tales diferencias con un fundamento que pudiera considerarse indiscutible por estar reflejado en la estratigrafía. Lo que puede afirmarse es que todas estas modalidades cerámicas, que en la Cueva de la Sarsa vemos tipificadas, aparecen dentro de conjuntos definidos por su unidad ergológica y el estudio de las relaciones cerámicas no es sino un aspecto del tema general de las relaciones neolíticas.

Como no vamos a referirnos al estudiar estos materiales de la Sarsa al aspecto de sus relaciones con la restante cerámica de la Península Hispánica, ya que podrá ello verse en nuestro estudio general sobre el Neolítico español, en el que nos referimos, no sólo a los hallazgos de nuestro país sino a las modernas investigaciones de los sabios portugueses (84), que están ahora reforzando nuestras investigaciones (85), queremos aludir aquí a las consecuencias del Neolítico español fuera de la Península, ya que con la base de lo indicado sobre nuestros yacimientos, puede el lector buscar conclusiones con los hechos que presentamos. En cuanto a las conexiones de filiación con el Neolítico africano las veremos luego.

El Mediterráneo occidental fué en un momento dado un lago neolítico. Mientras viven gentes en la Sarsa, pueblos de cultura hermana se asoman a las riberas del mismo mar. En Cerdeña, en la caverna de San Bartolomé, hallóse un nivel con restos humanos, vasos lisos, cuencos carenados, con incisiones y acanaladuras en círculo, dientes de lobo, perforadores, punzones y espátulas. En la capa superior, separada de la anterior por un estrato de piedras, hay cerámica con círculos concéntricos, un cuenco campaniforme-

(84) DO PAÇO, VAULTIER, SBIZEWSKY, 1948

(85) Un avance de nuestro estudio dimos en 1942, cuyos datos ha utilizado el profesor Childe en la última edición de su gran obra *The Dawn of European Civilization*, 1947.

me polípodo, con líneas incisas en zig-zag y relleno de pasta blanca, etc. (86).

En Liguria, la caverna de Arene Candide, conocida de antiguo y a la que ya aludimos en 1942, excavada totalmente hace poco por Bernabó Brea (87) presenta similitudes como éstas con la Sarsa: en el estrato 26, el más típico del primer Neolítico, nos encontramos con que la ergología está formada por el hallazgo de cerámica abundante, en la que domina la forma esférica y hemisférica, con decoración de segmentos dentados (tal vez con peine o cincel de dientes); impresiones cardiales, con decoración espontánea en sentido vertical y horizontal, a veces combinada con relieves; unguilaciones, puntillados; relieves, etc. Un fragmento de una cuchara de barro. Hacha pulida de sección circular. Punzón de hueso. Hojas raspador y hojillas de sílex. Cantos rodados, ocre y hematita. *Patellas, trochus* y otras conchas.

Sin necesidad de dar más precisiones de las cerámicas neolíticas italianas, a las que venimos refiriéndonos en nuestros trabajos de hace años ya citados y que ahora de reciente está corroborando Bernabó Brea, con los suyos, como consecuencia de su excavación en Arene Candide, podemos ya ver cómo Francia tiene una doble frontera con el Neolítico afro-hispano. El paso de nuestro hispano-mauritano hacia el Ródano lo constatan en efecto las investigaciones de Helena (88) que en las grutas de la Crouzade, de Bize, etc. halló la sucesión aziliense-tardenoisienne-neolítico. Y por el Gard, Louis (89) lo indica en las grutas de Mazauric, de L'Hirondelle, de Fiolles, des Sables, etc. Datos evidentes de relación nos muestran tam-

(86) ORSONI, 1881.

(87) SAN VALERO, 1942, pág. 111 y 1948, pág. 1-3; BERNABO BREA, 1946.

(88) HELENA, 1937.

(89) LOUIS, 1948.

bién las abundantes cerámicas cardiales del Sur de Francia que reconoció H. Savory, a las que nos referiremos luego y que utilizamos, aún inéditas, por su amabilidad.

Del Midi francés a Suiza, es ciertamente nuestro Neolítico el que introduce la civilización en Europa alpina (90) y aún más lejanos alcances cabe señalar hacia el Norte de Francia, Países Bajos, Inglaterra, Países Escandinavos y aún por tierras renanas, donde la corriente afro-hispánica se une y fusiona con la otra gran oleada neolítica danubiana.

Pero ciñéndonos a las familias cerámicas que con riqueza típica tenemos en la Sarsa, anotemos aquí unos cuantos datos más: en la cerámica de relieves, la riqueza temática del más antiguo Neolítico hispano-mauritano —la Sarsa y demás yacimientos meridionales— invalidan plenamente la tesis de Poisson (91) de considerar tal especie como un invento del Sur de Francia, desde donde penetraría hacia España. Los materiales de la Sarsa con relieves, sirven plenamente para buscar relaciones de parentesco con restos italianos (Stentinello, Matera, Molfetta, Arene Candide, etcétera) o de filiación con los franceses (de los departamentos del Aude, de los Alpes marítimos, Ariège, Lozère, Aveyron, etc.), los suizos (92), los holandeses estudiados por Van Giffen (93), los ingleses del Neolítico A y del Neolítico B, cuyo eslabón final halló Childe en Skara Brae, en Escocia (94).

En la cerámica incisa, dejando aparte lo italiano, tan igual a lo Hispánico (Stentinello, Matera, San Michele, en Cerdeña, etc.) compárese los motivos de la Sarsa con los franceses de La Crouzade, Camp de Chassey, Fort Harrouart, Hautes Bruyeres (Ville Juif, París, etc.). Véase

(90) SAN VALERO, 1947. Corroborado por PERICOT, 1949-50.

(91) POISSON, 1928-29.

(92) Aludido en nuestro trabajo citado en la nota 90.

(93) VAN GIFFEN, 1930.

(94) CHILDE, 1931.

también el Neolítico A o de Windmill Hill inglés o la cerámica nórdica de los períodos que Müller y Nordman denominan *gran estilo* y *estilo refinado*. (95)

El estudio de Mrs. Hawkes (96) nos ahorra, de momento, más precisiones sobre la cerámica acanalada, pero la

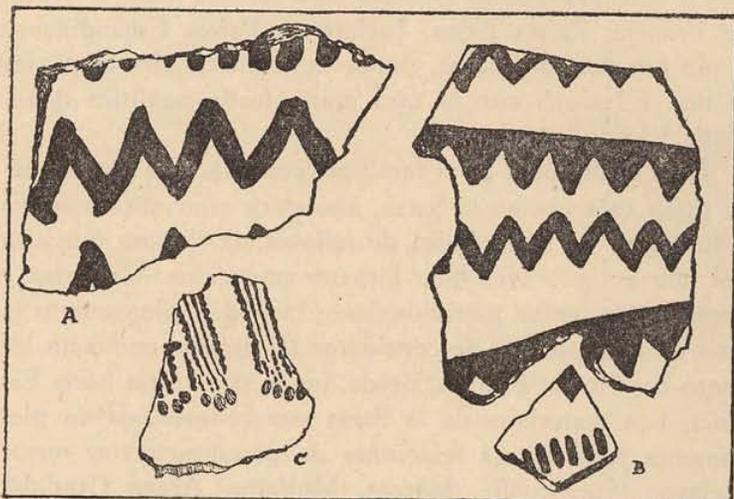


Fig. 16.—Cerámica pintada y cardial de la Cueva del Montgó

cerámica de la Sarsa, con otras que daremos a conocer en otra ocasión, completan el recorrido de dicha investigadora, dándole para lo europeo occidental unas raíces hispánicas que corroboran los rumbos de las demás familias cerámicas.

La cerámica pintada de la Sarsa postula por una parte conexión con lo andaluz que Gómez Moreno señaló (97)

(95) Aparte de nuestros trabajos y las obras generales de Dechelette, Hawkes, Childe, etc., ya citadas, pueden verse algunos materiales en BOSCH-SERRA RAFOLS, 1927, o en EBERT. Para lo nórdico, MUELLER, 1890, y NORDMAN, 1935.

(96) Estudio citado en la nota 52.

(97) GÓMEZ MORENO, 1933.

y por otra con la próxima caverna del Montgó (98), con tema geométrico, que dimos a conocer y cuyas raíces orientales ha estudiado magistralmente de reciente Martínez Santa-Olalla (99). En Italia tan abundante en Rípoli, Matera, Sicilia Oriental, Capri, Terlizzi, Apenino Central, Ancona, Liguria, etc. (100) puede tener origen balcánico, en conexión con los ricos grupos danubianos (101). Mas en Francia (gruta de Feraut, caverna de Adaouste, gruta Crispine, abrigo Methaunis, etc.) (102) el origen de la cerámica pintada obliga a pensar en un aporte hispánico más.

D.—CERAMICA CARDIAL NEOLITICA

Si en el Neolítico hispano-mauritano del Sudeste tiene la cerámica cardial valor indiciario destacado, en la Cueva de la Sarsa ya hemos visto cómo la riqueza y la variedad de sus temas hacen del conjunto del Museo de Prehistoria de Valencia un documento excepcional.

Como para lo visto anteriormente respecto a las otras familias cerámicas, aludiremos en el punto siguiente a lo cardial africano, ciñéndonos ahora a lo europeo occidental.

Sabido es que el empleo de las conchas por los pueblos primitivos es frecuente y para múltiples fines, de adorno, simbolismo, monedas, pesos de telar, etc. (103). Entre estas aplicaciones está también la de su uso como elemento decorador de la cerámica que ahora nos interesa

En España, sin referirnos a todos los nuevos yacimientos, con que en nuestra tesis doctoral completamos el tra-

(98) Nuestro trabajo de 1942.

(99) 1947 y 1848.

(100) RELLINI, 1925 y 1930.

(101) KANDYBA, 1936.

(102) Repetimos otra vez las gracias a nuestro colega H. Savory, por indicarnos estos datos.

(103) Puede verse la bibliografía antigua en LEITE DE VASCONCELOS, 1909; los rasgos mágicos, antiguos y modernos, en JOLEAUD, 1932; como pesos de telar en GRUNEWALD, 1933.

bajo de 1942, cabe señalar la densidad existente de hallazgos en el litoral mediterráneo que, a parte de lo que se deba a razones de investigación más intensa, puede ser también motivado por la especialización de las gentes neolíticas que habitaron tal comarca y aún quizás matiz cultural propio.

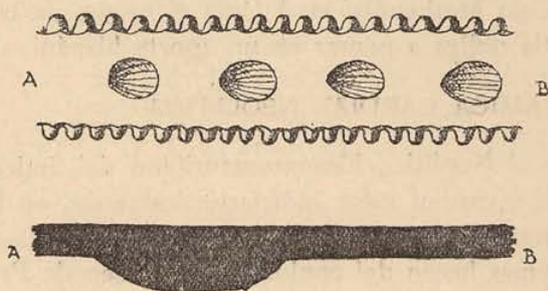


Fig. 17.—Bello motivo ornamental de una cueva valenciana, en que la faja cardinal se rellena de impresiones de natis, aún por encima del relieve que la sección indica, que es un mamelón de prensión

En Portugal los hallazgos antiguos, que nosotros destacamos, han sido enriquecidos últimamente por el hallazgo de la gruta Do Nascente do Almonda (104).

En Italia esta especie presenta gran riqueza y profusión, desde los yacimientos sicilianos hasta los de la península, alcanzando el Norte en Liguria. También con plena similitud respecto a lo hispánico —junto con materiales variados hasta de estilo campaniforme como hemos dicho—, se halló un interesante fragmento en la Gruta de San Bartolomé en Cagliari (Cerdeña) (105).

(104) DO PAÇO, VAULTIER, SBIZEWSKY, 1948.

(105) COLLINI, 1899, lám. VIII. V. lo último en PALLOTINO, 1950.

Con evidente paralelismo vemos, pues, cómo desde la base norte-africana, que veremos luego, asciende hacia Europa la cerámica cardial con la cultura neolítica a través de la Península itálica y de la Hispánica. Los últimos eslabones los tenemos en Liguria (Pollera) y en Gerona (Reclau Viver). En medio del camino hispánico, y con riqueza máxima, está nuestra Cueva de la Sarsa. En Francia nos hemos referido a tuestos de una Gruta caverna de Marsella (106), que, por ser más perfectos en su agrupación que los de Liguria y formar un motivo ornamental característico, estimamos enlazados con la corriente cardial que representa la Cueva de la Sarsa más que con la corriente italiana. Pero hay en los Museos franceses materiales que, prácticamente inéditos, pueden corroborar esta afirmación (107): de Bassan (Bocas del Ródano) hay un fragmento con un motivo en espinas que se conserva en el Museo Borely de Marsella, así como otro semejante que forma dientes de sierra. En la gruta de St. Veredeme (Gard) se halló también cerámica cardial, juntamente con fragmentos de campaniforme actualmente en el Museo de Historia Natural de Nimes y en éste también y del mismo departamento, hay un fragmento cardial con una banda, transversal en su relleno, procedente de la Gruta de Feraut. Con triángulos rellenos hay otra vasija en el Museo de Montpellier de la Gruta de Seynes (Gard), así como otros ejemplares de motivos campaniformes, hechos con cardium de la Gruta Latrone. Otras muestras de cerámica cardial hay en los Museos de Uzés y de Saint Germain procedentes de otra Gruta del Gard y de la del Beaulieu en los Alpes marítimos respectivamente.

«En muchos de estos yacimientos — sugiere Savory — es imposible distinguir los niveles de la cerámica cardial de

(106) J. SAN VALERO, 1942, pág. 111.

(107) Datos de Savory. Este año ha conocido y publicado algunos BERNARBO BREA (1950).

aquellos que proporcionan las llamadas «cerámicas neolíticas» del Bronce inicial y medio que forman el conjunto del material de estas cuevas, pero en la Gruta de Sausette Vallón de Bassant, St. Baume, estos barrotes aparecen asociados con los que parece ser un cerrado grupo de cerámica adornada con cardium, de un tipo tosco, acompañada por puntas de flechas, hachas de piedra pulida y «tranchets». Este material está o estaba en la colección de Benoit (Roquevaite)».

No es improbable que este influjo meridional ascendiera por la vía del Ródano hasta el Valle del Sena, o por el Garona hasta Bretaña, en unión de las otras especies cerámicas o de los demás rasgos del Neolítico. Porque algunos ejemplos del influjo estilístico de estas cerámicas, entre las cuales las de la Sarsa son una muestra excepcional, hemos creído observar en las decoraciones de las cerámicas de Holanda que Van Giffen (108) señala, precisamente, como de influjo meridional.

Aún cabría plantearse el caso de la procedencia de la decoración cardial en la cerámica de tirantes de Bohemia, en donde lo mismo pueden ser de esta corriente hispánica que del influjo italiano o aun llegar con la corriente Danubiana, de procedencia minorasiática, ya que en Siria Norte, según nos comunica el profesor Childe, existe cerámica cardial sobre tiestos grises y negros de las capas más profundas de Sak-geuzi, Judeideh y quizá también de Ras Sahrna, (109).

Aún en Europa quedan dos núcleos con decoración cardial. En las Islas Británicas existe en conjuntos neolíticos tardíos de Escocia, en el campaniforme de Polltalloch (Argyll, Kilmartin) y otro de peor estilo de Clettraval, ex-

(108) VAN GIFFEN, 1930.

(109) No hemos podido consultar la bibliografía norteamericana, en que se estudia, según nos indicó el Prof. V. G. Childe al escribirnos sobre nuestro trabajo de 1942. Sobre la cerámica de Bohemia, cfr. STOCKY, 1929, I, lám. XXXV.

cavado por Scott (110), donde hay un vaso decorado por lo menos con dos bandas, una de las cuales tiene su línea central sobre la carena del vaso. La conexión más patente que puede buscarse para estas cerámicas es precisamente con la peninsular hispánica.

Hay también cardial en la cerámica del Neolítico B inglés que se da en la zona oriental de la isla, junto con digitaciones, unguilaciones, marcas de hueso de pájaro, de cuerda, etc. Estas producciones se relacionan, por sus características de conjunto, como ya señaló Leeds, con el Noroeste de Europa, esto es con la zona megalítica nórdica.

En la zona nórdica, postula Hawkes (111), la existencia como más antigua cerámica en los lugares de habitación suecos, de la de cuerdas con atisbos verticales que iban a dominar en Dinamarca, donde cierta independencia regional se mostraría con la abundancia de cerámica cardial y el uso de peine. Más a Oriente, en Finlandia, predominará la de peine, estilo que llega hasta Ucrania, donde también se da una técnica ornamental con conchas, pero de otra especie.

Ya Sophus Müller (112), notaba de acuerdo con Ailio, que la gran comunidad estilística de la cerámica que llega hasta Finlandia y Rusia, tenía su origen en la región occidental del Mediterráneo, (113). Aunque no lo creía español por falta de antecedentes, los estudios hechos —portugueses y españoles— en lo que va de siglo, a los que hemos dado sentido unitario, dan un fundamento lo suficientemente firme para atribuir a la península el papel primordial en la transmisión de la cultura neolítica en el occidente europeo. Conocida y estudiada en lo que afecta a la expansión megalítica —verdadero complejo religioso para Childe— y posteriormente para el estilo campaniforme, la cerámica cardial, anterior al campaniforme en casi todas las ocasio-

(110) SCOTT, L., *Neolithic Culture of the Hebrides. Antiquity*, Diciembre de 1942, p. 301-306.

(111) HAWKES, 1940.

(112) MUELLER, 1889.

(113) V. nuestro trabajo de 1942 y AILIO, 1922.

nes, nos prueba la interdependencia de las tierras occidentales europeas antes de las primeras manifestaciones megalíticas.

Esta ruta, que indicamos, terrestre desde los Pirineos, la señala Müller a base de una vasija tulipiforme de Höbjerg Hegn, Seedland del Norte, hallada en 1921, de 20 cms. de altura y 18,5 de boca con decoración cardial, vertical, líneas horizontales y otras verticales en el fondo, que para aquel investigador enlazan con el sur por un camino que iba a Holanda, el Rin y el lago Constanza. También en Dinamarca señala Aoberg (114), en Kuolsted, Fjendsharad, *ein dritte Verzierungsart* —además del peine y la cuerda— *zeigt der Beoher Abb. 19, welcher oben und unter ein Band von horizontale Kardiumlinien aufweist dazwischen aber kurze vertikale gruppen von linien in derselbe Technik*. Esto es, lo mismo que vimos en España y en San Bartolomé de Cerdeña.

El influjo meridional es, pues, evidente con lo anotado hasta para el área nórdica, pero no se trata sólo de aportaciones llegadas con lo megalítico, sino lentos, indirectos pero patentes influjos del Neolítico meridional, de raíz hispánica, cuyos rasgos no llegarían en este caso en bloque, sino por sucesivas contaminaciones de las tierras intermedias (115).

El alcance de este influjo lo expusimos de reciente (116) en los términos que siguen :

En su estudio sobre la cultura megalítica norte-europea, Nordman, aun aceptando la tesis de Müller, cree que se puede hablar para la cerámica con decoración vertical de los más antiguos dólmenes, de una influencia de la ornamentación de Michelsberg, Holanda y N. W. de Alemania, que formaría un grupo con fenómenos ornamentales

(114) AOBORG, N., 1918.

(115) Reunimos datos que justifican el aserto en nuestra tesis.

(116) 1942, pág. 124 y ss.

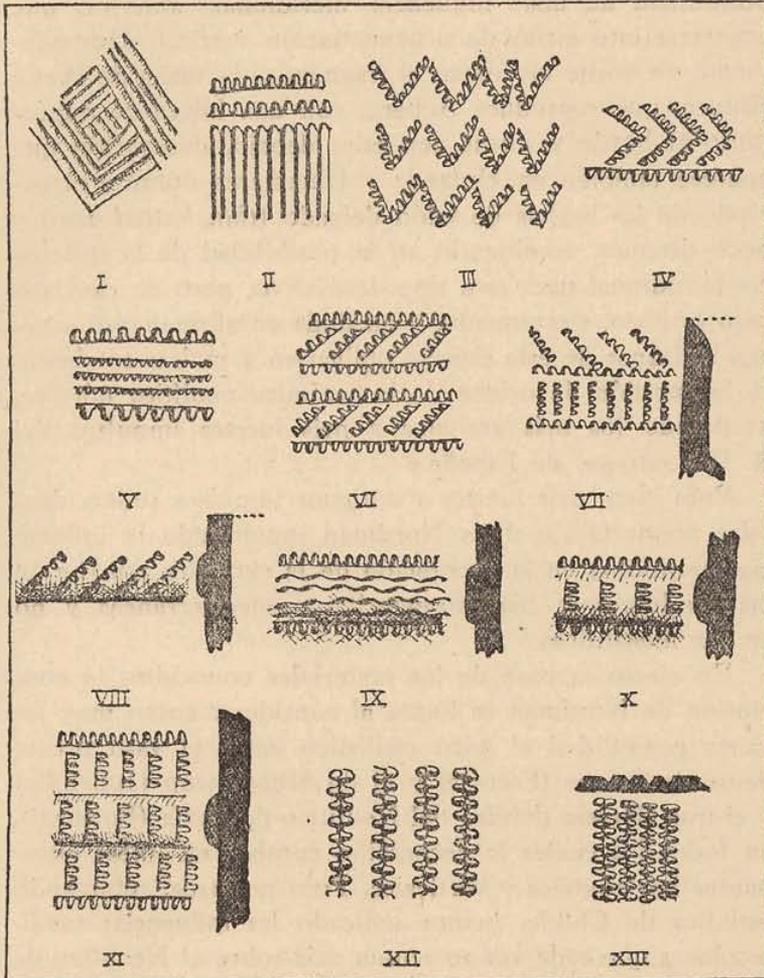


Fig. 18.—Motivos de la decoración cardíal en la cerámica de la cueva de la Sarsa (I). (Algo menor que el natural)

paralelos, sin ninguna contribución tangible de la cerámica megalítica del occidente de Europa. Ahora bien, cabe la posibilidad de una influencia meridional anterior, que aportaría este estilo de ornamentación vertical. Honradamente no omite Nordman el fragmento de vasija de Fonte Rotura, que reproduce Aoberg, con una hilera de puntos junto al borde y líneas verticales debajo, decoración que aparece también en Holanda y Dinamarca durante el período de las hachas de talón delgado (*thin butted axes*) y poco después, admitiendo así la posibilidad de la influencia meridional para este tipo decorativo, pero un caso aislado es poco, ciertamente, y no duda en afirmar que «nuevos hallazgos de esta especie obligarían a revisar totalmente la cuestión de origen de la cerámica neolítica nórdica, aceptando los más antiguos y más fuertes impulsos del S. W., esto es, de España.»

Pues bien, más fuertes y antiguos impulsos sudoccidentales aceptaría sin duda Nordman inquiriendo la influencia meridional en la decoración de la cerámica nórdica en las producciones hispano-mauritanas mediterráneas y no en las megalíticas.

En efecto, a base de los materiales conocidos, la conclusión de Nordman es lógica al considerar como muy incierta posibilidad el nexo estilístico entre el vaso procedente de Doune (Escocia) y el de Mogenstrup (Jutlandia) y el que Correia publica del Neolítico de Pavía (Portugal), en todos los cuales la decoración consiste en líneas alternantes horizontales y verticales. Pero nosotros, reforzando estudios de Childe, hemos indicado las influencias mediterráneas que cada vez se acusan más sobre el Neolítico de Gran Bretaña y hemos visto también que la intensidad del fenómeno cardial en Dinamarca tiene sus paralelos, hasta la superposición estilística, en el Levante español, donde la técnica es superior con mucho a lo conocido en otras comarcas y donde, según la orientación de Müller, habrá que buscar el origen del tipo nórdico.

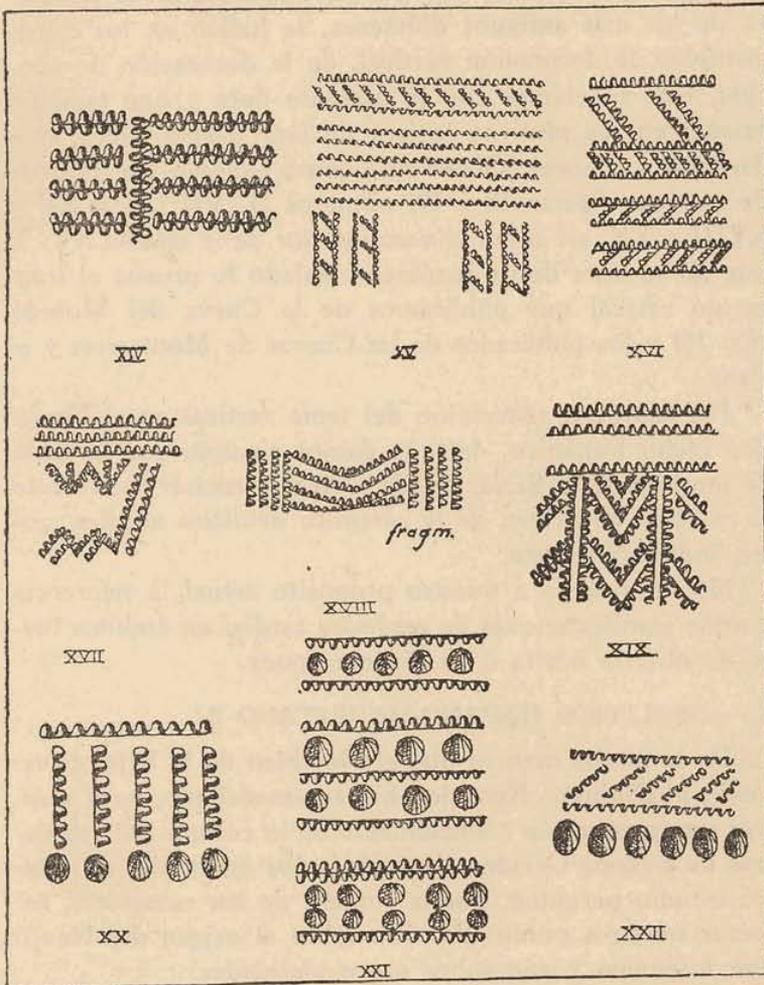


Fig. 19.—Motivos de la decoración cardial en la cerámica de la cueva de la Sarsa (II). (Algo menor que el natural)

Pues bien, los nexos más antiguos, que Nordman buscaba para la decoración vertical que aparece en la cerámica de los más antiguos dólmenes, se hallan en los claros ejemplos de decoración vertical, de la decoración de conchas, que aportamos con la presente nota y que también existen en los motivos incisos de esta misma cueva, que daremos a conocer. Obsérvense como ejemplo los motivos de nuestras figuras 18 y 19, números II, VII, XI y XV y XVIII a XX, así como el vaso inferior de la lámina XV. Y que no se trata de un fenómeno aislado lo prueba el fragmento cardial que publicamos de la Cueva del Montgó (fig. 16) y los publicados de las Cuevas de Montserrat y el Pany.

Por tanto, la reiteración del tema vertical en el Neolítico pleno hispánico, del que damos ejemplo con la tabla de motivos de la Sarsa, *puede obligar a revisar totalmente la cuestión de origen de la cerámica neolítica nórdica*, como indica Nordman.

No interesa ya a nuestro propósito actual la referencia a otras manifestaciones de cerámica cardial en ámbitos fuera de nuestra órbita o en distinta época.

E.—¿NEOLÍTICO HISPANO-MAURITANO B?

De la misma manera que el Neolítico de la Sarsa sirve, unido al conjunto Neolítico hispano-mauritano, para mostrar una proyección transcendente de la cultura por las tierras de Europa Occidental, también los materiales de nuestro estudio permiten, por la riqueza de sus caracteres, reforzar nuestros puntos de vista sobre el origen del Neolítico hispánico y aún sobre sus modalidades.

Aunque no entremos aquí en el análisis de las circunstancias históricas que se dieron en el paso de la cultura neolítica a nuestra Península (117), queremos referirnos a

(117) Lo hacemos en el estudio nuestro en prensa, no sólo a base de los materiales arqueológicos, sino de los datos antropológicos y geográficos (vientos, corrientes marinas, índole del habitat, etc.).

una hipótesis de trabajo nuestra que puede permitirse a base de los materiales de la Sarsa o, más exactamente, del grupo regional de yacimientos a que pertenece.

En la parte Atlántica del Estrecho de Gibraltar, al Sur del Cabo Espartel, hay una gruta, la de Achakar o Hércules, que ya en 1878 describió Tissot (118), exploró en 1906 Bouchet y excavó más tarde el P. Koehler (119) y el pasado año investigadores americanos de la Universidad de Harvard (120).

En lo conocido de la caverna de Achakar, se han señalado cinco niveles de los que el III (desde la superficie, entre los 50 y 90 centímetros) contenía una tierra húmeda negruzca, con piedras usadas y molinos de mano; sílex variados; un vaso que Koehler llamó dolménico; fragmentos de cerámica; un hacha plana y un falo de terracotta. El nivel IV está formado por unos cuarenta o cincuenta centímetros de tierras con restos de hogares, huesos cortados, tallados y rotos; hojas de sílex y cerámica tosca.

La fauna identificada es de cabra, carnero, bóvidos, perro, zorra, conejo o liebre y cerdo. En los niveles superiores pichones, perdices y otras aves.

Fueron hallados varios esqueletos, que estaban enterrados de cara hacia la pared de la cueva, con los brazos cruzados al pecho y las piernas encogidas; bajo la cabeza tenían un lecho de conchas —*Columbella rústica*, *Cassis saburon* y *Tapes decussata*— y, en torno al cuerpo, punzones, agujas de hueso, afiladores y hachas de piedra; bajo el torso de un esqueleto de joven había abundantes conchas, mientras la cabeza descansaba sobre cerámica quebrada.

El material proporcionado por este interesante yacimiento está compuesto por objetos de hueso en forma de

(118) TISSOT, 1878.

(119) KOEHLER, 1930.

(120) Nuestro colega y amigo H. Bruce nos dió a conocer los fragmentos hallados, cuya publicación esperamos.

punzones, agujas y anzuelos; un brazalete de concha en una *Patella*; fragmentos de ocre rojo y amarillo; sílex y cerámica.

El sílex apareció en las capas III y IV y está constituido por grandes hojas, cuchillos de sección triangular, puntas de flecha, dos fragmentos de puntas pedunculadas, triángulos, raspadores en hojas y núcleos, hojas con muesca, perforadores, etc. En otras clases de piedra, hachas, afiladores, molinos de mano, percutores, etc. y un canto rodado con ligeros retoques que parecen configurar un pez.

La cerámica hallada, principalmente en los niveles citados, siempre revuelta, presenta las clases siguientes:

a) Cerámica grosera, mal cocida, de diez a quince milímetros de espesor, con una capa intermedia negra, signo de mala cocción. Preferentemente da vasos de forma ovoide, con relieves decorados de impresiones digitales.

b) Cerámica más firme, de ocho a diez milímetros de espesor, de color uniforme.

c) Cerámica gruesa, pero bien cocida, hasta veinticinco milímetros, en vasos de tipo ovoide, pero sin decoración. Sobre todo abunda en la capa III.

d) Cerámica fina, de unos siete milímetros, con pasta negruzca bien cocida. Algunos tios de las capas III y II aparecen revestidos de engobe rojizo.

Las formas más comunes son el ovoide con o sin cuello, el ovoide con fondo blanco y el cuenco. Hay un vasito encontrado en la capa III que está decorado con trazos paralelos en línea única, cuyas medidas son seis centímetros de altura, 22 de circunferencia máxima y seis milímetros de espesor las paredes. Otro de 75 cm. de altura, con carmín en el interior, hallado a dos metros de profundidad, recuerda por su forma el conocido ovoide con cuello de El Garcel. Las asas son de mamelón simple, doble vertical, resalte alargado, asa en arco y agujeros de suspensión.

La ornamentación es, en su casi totalidad, de conchas, aunque hay también de relieves y puntillado; en los nive-

les inferiores, los ovoides sobre todo, son lisos. Los motivos ornamentales en relieve son una simple línea de puntos en resalte, un cordoncillo a medio cuello, una banda en el nacimiento de éste y en la panza del vaso con impresiones digitales. El puntillado en los niveles III y II es espaciado unas veces, apretado otras y muy ligero en ocasiones, como si estuviera hecho con peine.

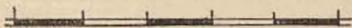
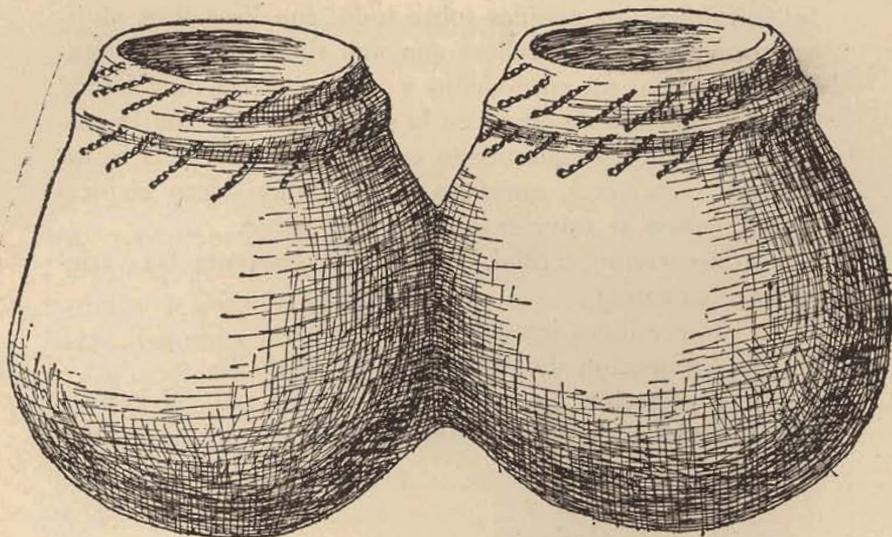
La decoración cardial, por último, presenta las variedades siguientes :

- a) Impresiones irregulares de pecten.
- b) Agrupación de tres hileras en el cuello.
- c) Agrupación de tres hileras en la pared del vaso.
- d) Dientes de sierra, enmarcados a veces por incisiones.
- e) Ondulaciones y
- f) Raspado (*Velouté*).

Si se compara lo anteriormente dicho de Achakar en relación con cuanto se ha escrito antes sobre la Sarsa en el mundo neolítico, es evidente la conexión familiar próxima y total entre ambos yacimientos. Ya desde su excavación apareció de manera patente, pero es aventurado unir eslabones de una misma cadena sin conocer los intermedios y sólo nuestras investigaciones dan en este aspecto de las relaciones cerámicas un nuevo sesgo al problema. Si los neolíticos de la Tingitana pasan hasta la Sarsa, ¿cómo en Andalucía Occidental —de Gibraltar a Almería— no es conocida la cerámica cardial?

Cabe diferir la respuesta a este interrogante, pero no debe olvidarse que ya conocemos muchos yacimientos ricos y completos en los que la familia cerámica cardial no existe (121). Ya dimos a conocer el caso de la ornamentación cardial en vasos campaniformes de Carmona (122), pero evidentemente aquí se trata de un caso de perduración de

(121) Cfr. el cuadro sinóptico, reproducido aquí en la pág. 8.
 (122) 1942, pág. 100.



S.

Fig. 20.—Vaso gemelo de la Cueva de la Sarsa (según
reconstrucción ideal)

la técnica ornamental, no sólo por el estilo general y la cronología de la cerámica campaniforme, sino por su misma localización geográfica, que nos indica que no se trata de un yacimiento de la primera hora neolítica, sino de una etapa cultural posterior en que el hombre está capacitado culturalmente para establecer su *habitat* en el Valle. En

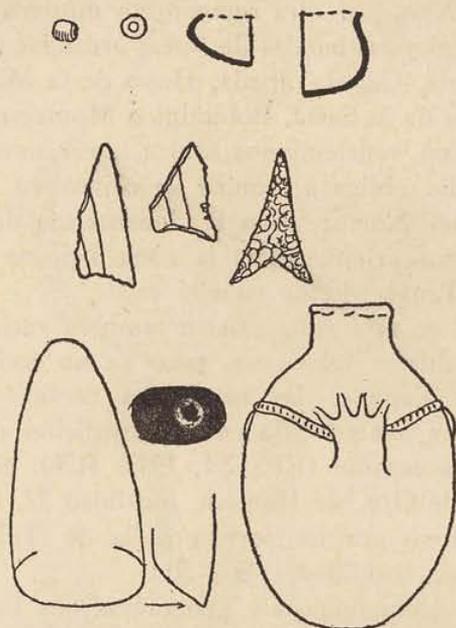


Fig. 21.—Conjunto típico hispano-mauritano, de una cueva del litoral malagueño

otros aspectos no cabe olvidar que la posibilidad y la exigencia geográfica de relaciones entre la región Penibética y el litoral Marroquí tiene patentes documentos arqueológicos. Así el ovoide de fondo cónico del Guad Mellah, del Museo de Rabat (123), es una réplica de los existentes en la Península y lo mismo cabe decir del asa horizontal. En

(123) RUHLMANN, 1933.

cuanto a los fragmentos cerámicos de Río Salado de Orán son por su pasta, su modelado, los tetones, las asas perforadas o la horizontal y aún por las sencillas incisiones con punzón agudo o romo (124) análogos a los tiestos de Genista Cave, de los Murciélagos, la Pileta o la Mujer. Otros con sus zig-zags, si por una parte pueden referirse a Negada en el Nilo, por otra rememoran motivos de Achakar o del Montgó y las bandas de líneas cruzadas son análogas en la Victoria, Cueva Tapada, Hoyo de la Mina o las zonas cardiales de la Sarsa, Bolumini o Montserrat (125).

Ahora bien, refiriéndonos sólo a la cerámica de la Sarsa, su estudio obliga a inquirir su origen en Andalucía o en Africa del Norte; pero la inexistencia de cardinal en Andalucía nos orienta hacia la zona africana entre Orán o Argel y Tánger donde aquélla existe.

Más allá de esta zona existen también yacimientos con los que establecer relaciones, pero ya no serían directas; véanse, por ejemplo, las magníficas cerámicas recogidas por Martínez Santa-Olalla en su expedición paleontológica al Sahara español (EPSE I, 1943) (126), especialmente las de Río de Oro, de Hanisch, localidad 22, tanto por su duración como por las formas o las de Taiaret Hemir, Daya de Zug, localidades 49 y 50.

Razones arqueológicas y geográficas nos han llevado a una conclusión que sintetiza nuestro mapa de la figura 2. La llegada del Neolítico mauritánico —las relaciones cerámicas lo muestran— debió tener una doble corriente; la primera hacia la Penibética Meridional; la segunda hacia el Sudeste —de Almería al cabo de San Antonio—, en cuya parte Norte es la Cueva de la Sarsa el más rico yacimiento. En la zona I, tanto los yacimientos costeros (Cuevas Genista, Hoyo de la Mina, del Tesoro, de la Victoria, Ta-

(124) Ya BOSCH, 1932, se refiere a ellos.

(125) Referencias bibliográficas completas y elementos gráficos de comparación en nuestro estudio en prensa.

(126) MARTINEZ SANTA-OLALLA, 1944, t. II, láminas.

pada, El Higuerón, de los Murciélagos, etc.) como los de penetración por las serranías de Málaga, Granada y Córdoba (Cuevas de la Mujer, la Pileta, Los Murciélagos de Zuheros, los Mármoles, etc.) ignoran la cerámica cardial. En cambio, el que se diga que ésta apareció en el Cerro de

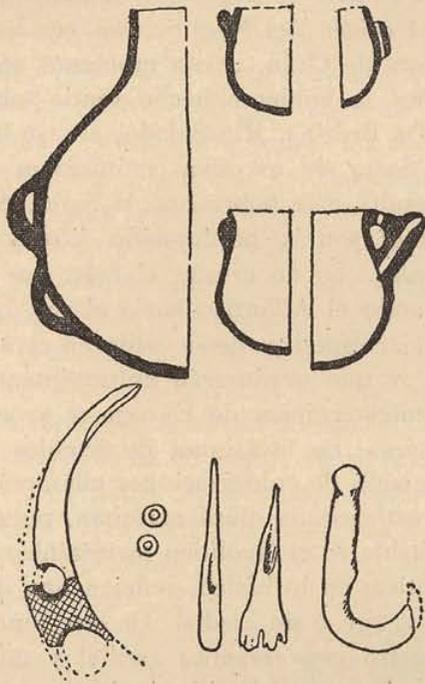


Fig. 22.—Sección de vasijas, colmillo de jabalí decorado, cuentas minúsculas de collar, punzones y anzuelo del Neolítico hispano-mauritano de la Penibética

las Animas (127) nos lleva a incluir en la zona II, a que pertenece la Sarsa, los yacimientos almerienses de Cueva Ambrosio, los Tollos, etc.; pero aun así su aire penibético es fundamental. El núcleo cardial propiamente dicho de

(127) Cfr. COLOMINAS, 1925.

la zona II está por el nudo orográfico que al Sur del Júcar termina en el cabo de la Nao y lo forman los yacimientos que anotamos al comenzar este estudio (Véase el mapa de la fig. 1).

Cronológicamente cabe suponer cierta prioridad de lo meridional (128), pero la ergología de la zona II permite apuntar que el origen del Neolítico tal vez haya que buscarlo en la costa de Orán, en un momento en que los influjos saharianos se hubieran hecho sentir sobre el fondo mauritánico. De Brezina, Rio Salado, etc. se llega a la cerámica de la Sarsa sin excesivas mutaciones. En cambio Achakar ya resulta más pobre que la Sarsa, pues posiblemente sus gentes son la perduración litoral de aquellos neolíticos oranés que no cruzan el mar, que seguirán su marcha bordeando el Atlántico hacia el sur, que cruzarán el mar para dejar muestras de su estilo en cerámicas de las Islas Canarias y que perdurarán culturalmente, mientras en las costas mediterráneas de Europa se suceden las culturas metalúrgicas, las invasiones de pueblos guerreros y el fecundo contacto de colonizaciones talasocráticas.

Nuevas investigaciones quizá permitan, pues, señalar de manera indubitable en el Neolítico mauritánico dos fases, A y B, que, idénticas en lo básico, reflejan una diferente tradición cerámica, con o sin cardial. De este hipotético mauritánico B nuestro con cerámica cardial y quizá también con la pintada, llega esta familia desde tierras tunecinas a Sicilia y Península itálica que así quedan enlazadas con nuestro Levante Hispánico.

(128) Las razones de ello, por extenso, en nuestro anunciado estudio.

IV

COLOFON

Sería pretensión excesiva querer establecer una serie de conclusiones con validez absoluta a base de los materiales estudiados de la Cueva de la Sarsa. Y no es por falta de riqueza y variedad en ellos, sino por la consideración científica de dos premisas; la primera, y ello ha motivado las alusiones hechas a otros yacimientos, es que precisamente en arqueología prehistórica, como en todo estudio histórico, no es precisamente lo excepcional y único sino lo genérico y en conexión cultural con una serie abundante de yacimientos, lo que permite postular conclusiones. Por otra parte, en la Cueva de la Sarsa, por excavar en gran parte, nos falta una estratigrafía firme, no dada a conocer por su excavador.

Hemos tratado en las páginas que anteceden de dar a conocer abundantes materiales inéditos, de destacar su valor arqueológico y de puntualizar algún aspecto de sus relaciones. Aunque alguna afirmación pueda parecer que sobrepasa lo que los materiales de la Sarsa sugieren, ha de tenerse en cuenta —y de ahí la reiterada cita de trabajos nuestros— que investigaciones de conjunto que en parte hemos publicado y en parte tenemos en prensa, nos mueven a pedir del lector un margen de confianza o de atención a nuestros restantes estudios.

Personalmente mis propias convicciones sobre el Neolítico en general se han visto reforzadas, paradójicamente, por las lamentables condiciones de los últimos años de Europa. La repercusión obligada de las circunstancias en la investigación científica produjo en nuestros estudios fallas bibliográficas, aislamiento entre los estudiosos y, en consecuencia, trabajos aislados. Y si nuestras conclusiones nos pa-

recían aventuradas en parte, al conocer trabajos paralelos (Gordon Childe, Menghin, Hawkes, Louis, Laviosa-Zambotti, Bernabó Brea, etc.) realizados al mismo tiempo o con posterioridad, han servido de refuerzo a nuestra propia seguridad. Y lo mismo ha ocurrido con investigaciones posteriores realizadas en nuestro país, que han venido a insertarse en nuestra sinopsis sin modificar sus líneas.

Tal ocurre, por ejemplo, con los recientes trabajos de nuestros colegas F. Jordá y J. Alcácer y del Prof. M. Almagro. En las excavaciones realizadas por los primeros en la Covacha de Llatas (129) hallaron un patente Neolítico hispanomauritano, para el que postulan la denominación de *Neolítico inicial de montaña*, para «que refleje en lo posible las características etnográficas, cronológicas y geográficas». Desde el punto de vista local, valenciano, no nos parece nada incorrecta tal denominación; téngase en cuenta, no obstante, que el decir *inicial* no puede en forma alguna ser expresión de antigüedad sino para la zona montañosa en que radica el yacimiento, ya que como es lógico en nuestro sistema y apuntan los citados autores, «aquellos hombres vivieron dentro de un medio de vida mesolítico, incorporando y asimilando a su vida de cazadores una cultura pastoril». Culturalmente sería más correcta la denominación de *Neolítico marginal de montaña*.

Precisamente en zona montañosa más al interior, en Albarracín, hay gentes que «por su propia tipología —escribe Almagro (130)— y por sus más próximos paralelos los yacimientos que hallamos en la mayoría de los abrigos y covachas pintadas con arte levantino deben, pues, fecharse desde el Epipaleolítico hasta una época muy tardía del Neolítico, representando una cultura de cazadores que ha perdurado muchísimo tiempo en las montañas que bordean la

(129) JORDA y ALCACER, 1949, pág. 15 y siguientes.

(130) ALMAGRO, 1949, pág. 116.

Península a lo largo de las costas mediterráneas». De ahí que, como es evidente, para una consideración cultural del Neolítico, se deba tener por incontestable la máxima antigüedad para los yacimientos costeros o poco menos —dentro de la geopolítica de la época—, como la Cueva de la Sarsa y el progresivo empobrecimiento de su cultura hispanomauritana a medida que nos internamos hacia el interior de la Península, a través de un Neolítico marginal como el de Llatas y un Mesolítico en vías de neolitización como en Albarracín.

Por esta convicción no puedo adherirme por ahora, a base de lo conocido, a la revolucionaria tesis cronológica de mi maestro el Prof. Pericot (131) que en vista de cerámica tosca, lisa, rayada o con algún relieve y con asas tubulares horizontales, junto con los sílex microlíticos en la Cueva de la Cocina y de los materiales de la Covacha de Llatas, ambos yacimientos de montaña, llega a pensar en una etapa protoneolítica en Levante, con cerámica lisa o rayada, anterior a la llegada de la cultura hispanomauritánica con cerámica ricamente decorada, con lo que se llenaría el V° milenio.

Del mismo modo que estas investigaciones de autores españoles refuerzan —salvo las discrepancias apuntadas— nuestros puntos de vista, no queremos cerrar estas notas sobre la Cueva de la Sarsa sin aludir a algún reciente trabajo, en el que concurren las circunstancias a que nos hemos referido anteriormente. No como modificación de nuestros puntos de vista, pero sí como una acentuación de atisbos de nuestra tesis doctoral, estimamos las orientaciones del Prof. Martínez Santa-Olalla (132) reforzando influjos del mundo neolítico oriental mediterráneo, que esperamos ha

(131) JORDA-ALCÁCER, 1949, prólogo, pág. 7.

(132) V. especialmente «Cuadernos de Historia Primitiva del Hombre», diversos artículos y notas.

de puntualizar la investigación futura del Neolítico peninsular; estos materiales que damos a conocer de la Sarsa, pueden ser valiosos a tal fin. De este substrato neolítico de cerámicas impresas, que nosotros señalamos en relación con la Península hispánica por indicación del Prof. Childe, nos da interesantes datos Bernabó Brea este mismo año (133): También en el Oriente mediterráneo la cerámica decorada con impresiones en crudo caracteriza los más antiguos niveles neolíticos.

Constantemente se ha encontrado en los estratos más profundos, por debajo de los que contienen la cerámica del estilo Tell Halaf, que parece hoy la más antigua cerámica pintada identificada en estas regiones.

En tal posición estatigráfica hallamos la cerámica impresa en Mersina (Cilicia), con tipos y con motivos decorativos que recuerdan estrechamente los de Molfetta y Arene Candide, entre otros el motivo del zig-zag curvilíneo que se obtiene por la impresión en la blanda arcilla del reborde de una concha (lo mismo —añadimos nosotros— que en la Cueva de la Sarsa, Caverna del Montgó, Achakar, etc.). En la costa siriaca tenemos idénticos tipos en los niveles más profundos de Ras Shamra-Ugarit y de Judeideh (llanura de Antioquía), mientras más al sur, en Jericó, las primeras cerámicas neolíticas (que se encuentran sobre niveles neolíticos sin cerámica) son menos características por su extrema tosquedad y deleznable calidad. Pero tipos cerámicos idénticos a los de Mersina y Ras Shamra se hallan en los niveles más profundos de similares estaciones de Siria septentrional, en Sakje Geuzi, en Chagar Bazar, en Arpachiyah, en Nínive. En casi todas estas localidades, además de las decoraciones hechas con la orla de las conchas de cardium o de otras decoraciones impresas, encontramos también fragmentos con grafitos posteriores a la cocción, con dibu-

(133) BERNABO BREA, 1950, pág. 29 y siguientes.

jos geométricos (triángulos, rellenos, etc.), cuya identidad con las cerámicas decoradas con igual técnica de la península italiana es impresionante.

En Grecia, ejemplos de una cerámica decorada con impresiones sólo han sido hallados hasta hoy en algunas de las más antiguas estaciones de Tesalia como Argissa, Karabairamu, Mesiano Maghaura y Rachmani.

En Creta, el Neolítico se caracteriza por una cerámica que por la técnica de la decoración incisa en crudo y por sus motivos, puede considerarse como una rama especializadísima de la cerámica impresa mediterránea, pero una serie de elementos que se encuentran asociados a ella —fusaïolas, idolillos de barro cocido, etc.— son extraños a este antiguo fondo cultural neolítico y revelan desde luego contactos con culturas más evolucionadas.

El contacto expresado por Bernabó Brea de este mundo neolítico mediterráneo oriental con la península italiana, puede hacerse extensivo plenamente a nuestro Neolítico hispánico —teniendo también en cuenta Cerdeña, Malta, África del Norte— y no podrá parecer extravagante buscar paralelos de la Sarsa entre los materiales descubiertos y estudiados por Burkitt, Schaeffer, Mc Ewan, Garstang, Malloy, Tsountas, Wallace y Thompson, Pendlebury y otros (134). Valga como corroboración de este aserto el asombro de nuestro colega y amigo Bernabó Brea cuando ante los fragmentos de la Sarsa que le mostramos en reciente visita a nuestro Museo, nos decía de algunos que eran de *identità impressionante con quelli di Stentinello*.

Respecto a la expansión hispánica hacia Francia y más allá, que venimos estudiando hace años, señalemos complacidos la coincidencia de enfoque cultural y la similitud de resultados alcanzados por las investigaciones del Prof.

(134) Cfr. la bibliografía de estos autores en BERNABO BREA, 1950, página 50.

M. Louis para el sur de Francia (135), así como la aceptación de nuestros puntos de vista acerca de la neolitización de Suiza por el Prof. Pericot (136). Sobre el estudio directo de los materiales del Mediodía francés, Bernabó Brea (137), aparte de su enlace con el nivel neolítico más antiguo de Arene Candide, encuentra *affinitá molte strette, spesso vera identità*, sobre todo para la cerámica cardial, de la que la Cueva de la Sarsa es yacimiento excepcional. (Yacimientos de gruta del Bord de l'Eau, junto a Tolón; abrigo de Chateauf-neuf-les-Martigues al oeste de Marsella; cavernas de la Baume Sourne (138) y de la Nerthe; gruta de St. Vérédème; Baume Latrone; y fragmentos de las grutas des Fées (Tharaux), du Prevel (Montelus), des Sables (Remoulins), des Frères (Montpellier), etc.).

No presentamos conclusión absoluta alguna. Creemos que los materiales de la Sarsa aún permiten más precisiones, pero los avances hechos en la investigación del Neolítico no se basan ni pueden fundamentarse en un solo yacimiento, ni en los de un país, ni aun en los de un continente. La expansión universal de la primera cultura campesina exige, tanto para su estudio como para su comprensión, la más despierta atención a los trabajos de cuantos investigadores buscan por medio de la arqueología prehistórica el hilo de la historia del Neolítico. Por eso nos hemos permitido tan amplio recorrido a base de los restos de una cueva valenciana, de las estribaciones de Sierra Mariola, junto a Bocairente.

(135) LOUIS, 1947 a), 1947 b), 1948.

(136) PERICOT, 1949-50.

(137) BERNABO BREA, 1949.

(138) ESCALON DE FONTON, 1950.

**Inventario de los materiales de la cueva de «La Sarsa»
(Bocairente)**

I.—CERAMICA

1.—Borde de vaso con decoración cardial en tres zonas horizontales (límites en dirección vertical y relleno en inclinada), alternando con otras líneas.

2.—Fragmento de vaso grande con cuello y asa. Decoración cardial en zonas horizontales y verticales.

3.—Fragmento de vaso con decoración cardial, con impresión de «natis».

4.—Fragmento con decoración cardial en zonas paralelas horizontales y formando dibujos en grupos de dos fajas verticales surmontadas por un triángulo.

5.—Fragmento con decoración cardial de dirección varia.

6.—Fragmento de borde de cuenco con dos mamelones.

7.—Fragmento de pared común a dos vasos gemelos, con amplio orificio de comunicación. Cordón y decoración cardial.

8.—Fragmento con cordón y decoración cardial.

9.—Fragmento de vaso, con asa que se prolonga en sus terminaciones superior e inferior en cordón, por ambos lados; otro cordón se prolonga en dirección del asa, hasta la base.

10.—Fragmento de borde; cercano a éste, cordón, con un mamelón encima del asa, la cual se prolonga por sus extremos superior e inferior por cordones a ambos lados.

11.—Fragmento de borde; paralelo a éste, cordón con decoración digital.

12.—Fragmento de asa con reborde. Decoración cardial en zonas horizontales y radiales.

12 bis.—Fragmento de borde ondulado, con un orificio. Ornamentación de punzón o cuchillo en el depósito y en el borde mismo. Cordón con ornamentación digital.

13.—Fragmento de borde, cubierto en toda su superficie con esferillas de barro unidas unas a otras.

14.—Fragmento de borde con cordón en el depósito. Ornamentación a punzón en el depósito y en el mismo borde.

15.—Fragmento de borde con decoración de mamelones en dos bandas paralelas.

16.—Fragmento de borde con cordón y decoración cardinal.

17.—Fragmento de vaso con amplio cogedero. Decoración cardinal en zonas paralelas (dientes y líneas lisas). En el asa, decoración a punzón, en dirección radial.

18.—Fragmento de borde con asa. Ornamentación cardinal en zonas verticales, limitando cuadros lisos y formando triángulos. En el borde, decoración cardinal.

19.—Fragmento de borde con amplia asa horizontal, limitada a los lados por dos cordones verticales. Decoración cardinal. En el asa, tres cordones paralelos horizontales.

20.—Borde de vaso con decoración cardinal en zonas horizontales alternando con otras lisas; junto al borde, zona de líneas diagonales con tres orificios.

21.—Fragmento de vaso con cordón ornamentado y decoración en zonas verticales.

22.—Asa con fragmento de vaso. Decoración cardinal en fajas verticales.

23.—Fragmento de borde con asa, con orificio en la parte superior y conducto que le cruza diagonalmente; quizás llegase al depósito mismo, sirviendo para salida del líquido. Sin ornamentar.

24.—Fragmento de borde con asa ganchuda hacia arriba. Sin ornamentación.

25.—Fragmento de vaso con asa de forma angular. De-

coración cardial en zonas horizontales, verticales de triángulos y en zigzag.

26.—Fragmento de vaso con asa que ofrece dos orificios. Ornamentación cardial en zonas paralelas, interesando el asa también.

27.—Fragmento de borde con asa horizontal. Decoración cardial en zonas horizontales de líneas paralelas; triple línea horizontal de «natis».

28.—Fragmento de vaso con cordón y decoración cardial en zonas verticales de dientes y líneas lisas.

29.—Fragmento de vaso con asa incompleta. Decoración cardial en bandas horizontales; verticales en el asa.

30.—Fragmento de borde con asa. En el borde, cordón. Decoración cardial en zonas paralelas horizontales en el cuello, limitando figuras geométricas en el depósito y en zonas verticales en el asa.

31.—Fragmento de vaso con asa. Decoración cardial en zonas verticales y en ángulo.

32.—Fragmento de cuello y depósito. Decoración a punzón. Junto al borde zona de puntos; debajo, zonas formando triángulo y fajas de líneas verticales, alternando con otras lisas.

33.—Fragmento de asa con decoración en líneas paralelas, de gran profundidad.

34.—Fragmento de borde con cordón decorado a punzón.

35.—Fragmento de vaso con decoración a punzón.

39.—Fragmento de borde con decoración cardial en zonas horizontales, con límites en dirección vertical y relleno de líneas inclinadas.

40.—Fragmento de borde con asa. Decoración cardial en zonas horizontales y triángulos rematados por «natis».

41.—Fragmento de borde con asa y decoración cardial en zonas horizontales. En el borde, decoración cardial. Bajo el asa, impresiones de «natis».

42.—Fragmento de borde con asa. Cordón y decora-

ción cardial en zona inclinada junto al borde y limitando cuadros lisos, debajo. En el borde aparece asimismo decoración cardial.

43.—Fragmento de vaso con decoración de cordón, de sección triangular, en curvas paralelas.

44.—Fragmento de borde con cordón y decoración cardial de orientación horizontal, excepto en los bordes del cordón, donde es perpendicular a él.

45.—Fragmento de vaso con decoración cardial formada de líneas paralelas sin dentar.

46.—Fragmento de vaso con cordón y ornamentación a punzón, angular en dirección vertical.

47.—Fragmento de borde con asa y cordón a la altura de ésta.

48.—Fragmento de borde liso.

49.—Fragmento de borde con un mamelón.

50.—Porción de vaso grande, sin decoración. En dos fragmentos.

51.—Porción de vaso con decoración cardial en zonas horizontales, alternando las líneas dentadas con las lisas, en el centro del depósito, zona de líneas inclinadas paralelas limitadas por otras horizontales. En seis fragmentos.

52.—Porción de vaso con decoración cardial en zonas horizontales y adornos a punzón, de orientación angular alternando con anchas zonas lisas. En cinco fragmentos.

53.—Asa vertical con doble orificio, con un reborde en su parte superior, limitándole.

54.—Fragmento de vaso con asa de doble orificio en posición vertical, prolongándose por cordones de decoración digital a ambos lados, tanto en su extremo superior como en el inferior y por la zona de separación de los orificios.

55.—Fragmento de borde con mamelón.

56.—Fragmento de borde. Liso.

57.—Fragmento de borde con cordón liso.

58.—Vaso acordonado, incompleto, con parte de la boca.

Cordón horizontal y decoración cardial en zonas angulares formadas de líneas diagonales limitadas por otras paralelas que forman ángulo con las últimas; las hay también verticales, rellenas de diagonales y en zigzag. En los extremos de estas últimas zonas, líneas de puntos a punzón. Aparece en tres fragmentos. En su extremo izquierdo es plano.

59.—Porción de vaso con cordón en la parte superior del depósito. En tres fragmentos.

60.—Fragmentos de vaso, uno de ellos, de borde, con cordón.

61.—Fragmento de vaso con decoración cardial en zonas horizontales ribeteadas de diagonales.

62.—Fragmento de vaso con decoración cardial en zonas horizontales rellenas de líneas inclinadas.

63.—Asa formada de una superficie superior plana y otra curva. Sin ornamentación.

64.—Fragmento de cuenco sin decoración.

65.—Fragmento de vaso sin decoración.

66.—Fragmento de borde sin decoración.

67.—Fragmento de borde sin decoración.

68.—Fragmento de vaso sin ornamentación.

69.—Fragmento de vaso sin ornamentar.

70.—Fragmento de vaso sin ornamentar.

71.—Fragmento de vaso sin ornamentar.

72.—Fragmento de vaso sin ornamentar.

73.—Fragmento de vaso sin ornamentar.

74.—Fragmento de vaso con cordón de dirección parabólica.

75.—Fragmento de vaso sin decoración.

76.—Fragmento de borde con decoración cardial en zonas horizontales que interesan el mismo borde.

77.—Fragmentos de borde sin decoración.

78.—Fragmento de borde con asa. Decoración cardial de orientación angular cubriendo una amplia zona que deja

tan sólo una franja junto al borde, que aparece asimismo decorado. En once porciones.

79.—Fragmento de borde con decoración cardial en zonas horizontales que interesan el mismo borde. Junto a él, zona lisa.

80.—Porción de borde con cordón aumentado a punzón, al igual que la parte del que queda por arriba. En dos fragmentos.

81.—Fragmento de vaso con ornamentación cardial horizontal inclinada.

82.—Fragmento de borde con amplia asa. Sin decoración.

83.—Fragmento de vaso de cuello reentrante, con asa inferior y fragmento de la superior. Sin ornamentación.

84.—Fragmento de borde con dos cordones de ornamentación a cuchillo, formando cuadrados pequeños; la ornamentación afecta al borde mismo.

85.—Fragmento de vaso con decoración cardial en zonas de orientación angular, debajo de las cuales hay otras de orientación parabólica, ribeteadas de líneas pequeñas a modo de fleco, rematadas por «natis». En siete porciones, las más de ellas lisas.

86.—Asa en porción vertical, con fragmento de borde. En dos fragmentos.

87.—Fragmento de vaso sin decoración.

88.—Fragmento de borde sin decoración.

89.—Fragmento de borde sin decoración.

90.—Asa vertical con reborde en la parte inferior, limitado por otras dos a su vez, menores en longitud y perpendiculares a él. El borde aparece ondulado.

91.—Fragmento de vaso ofreciendo todo el corte. Liso. En tres porciones.

92.—Fondo de vasito con decoración cardial en zigzag y formando zonas angulares y parabólicas, rellenas éstas de líneas perpendiculares.

93.—Fragmento de vaso con acentuado mamelón pro-

longado por cordones a ambos lados, con ornamentación a cuchillo o punzón.

94.—Asa en dirección diagonal al borde del cuenco. Sin decoración.

95.—Fragmento de borde ondulado con asa en posición vertical. Sin decoración.

96.—Fragmento de borde con mamelón.

97.—Fragmento de borde con mamelón.

98.—Fragmento de borde con serie de tres cordones verticales, perpendiculares al borde, en el cual terminan.

99.—Fragmento de borde con ligero saliente y mamelón muy acentuado.

100.—Fragmento de borde con tres cordones en serie, perpendiculares a aquél. En dos porciones.

101.—Fragmento de borde con mamelón que ofrece un surco poco pronunciado a lo largo de su eje horizontal, formando a modo de dos cordones. Junto al borde, orificio.

102.—Fragmento de borde con mamelón muy saliente.

103.—Fragmento de borde junto al cual hay una línea de mamelones.

104.—Fragmento de vaso con mamelón. En el perfil interior la superficie de la boca está desplazada ligeramente hacia fuera, correspondiendo a un mayor diámetro.

105.—Fragmento de borde con dos mamelones, en línea, por debajo de él.

106.—Fragmento de borde con dos cordones, de una serie de tres, perpendiculares al borde, donde terminan.

107.—Fragmento de borde liso, correspondiente a un cuenco.

108.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él.

109.—Fragmento de borde con cordón con un orificio.

110.—Fragmento de vaso con mamelón y cordón que lo prolonga; decoración a punzón en líneas paralelas, formando un sogueado.

111.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él.

112.—Fragmento de borde con amplio mamelón horizontal.

113.—Fragmento de borde con asa formada por dos curvas, diagonal la superior con respecto al borde y más alta que él, corresponde a una forma análoga a otros fragmentos.

114.—Fragmento de borde con cordón de decoración digital.

115.—Fragmento de borde ondulado. Sin decoración.

116.—Fragmento de borde con decoración digital en el canto.

117.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él.

118.—Fragmento de vaso con dos cordones paralelos, probablemente formando parte de una serie vertical de tres o cuatro cordones, perpendicular al borde.

119.—Fragmento de borde con cordón perpendicular a él.

120.—Fragmento de borde con mamelón.

121.—Fragmento de borde de cuenco con el arranque de un asa.

122.—Fragmento de borde ondulado con una línea de mamelones paralela a él.

123.—Fragmento de borde sin decoración.

124.—Fragmento de vaso pequeño sin decoración. En relación con el del depósito, el fondo tiene un espesor considerable.

125.—Fragmento de vaso con cordón horizontal.

126.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él, poco acentuado.

127.—Fragmento de borde de un vaso de cuello cilíndrico sin decoración. El cuello presenta un ligero saliente en toda su circunferencia, sin llegar a la solapa.

128.—Fragmento de borde con línea de mamelones.

129.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él.

130.—Fragmento de borde en ligero saliente, con cordón paralelo a él.

131.—Fragmento de borde ondulado. Sin decoración.

132.—Fragmento de borde en línea ondulada muy pronunciada.

133.—Fragmento de borde con dos cordones verticales, perpendiculares a él.

134.—Fragmento de borde con cordón paralelo a él. El borde aparece ligeramente ondulado.

135.—Fragmento de borde con dos cordones de escasa altura, perpendiculares a él.

136.—Fragmento de borde ondulado. Sin decoración.

137.—Fragmento de borde ligeramente ondulado, con porción de cuello y la inflexión correspondiente al depósito. Sin ornamentar.

138.—Fragmento de vaso con asa. Decoración de rayas a punzón, formando zonas de líneas paralelas y diagonales a éstas. A lo largo del asa, líneas paralelas que se continúan en el depósito.

139.—Fragmento de vaso con asa. Decoración de líneas a punzón, diagonales entre sí, a modo de ramas. En el asa, líneas paralelas en el sentido de la longitud y otras cruzando.

140.—Fragmento de vaso con decoración a punzón de líneas paralelas ribeteadas de diagonales, y de orientación angular.

141.—Fragmento de vaso con decoración a punzón formando motivos de orientación angular y líneas paralelas.

142.—Fragmento de borde con decoración a punzón de líneas paralelas diagonales, ribeteadas de trazos perpendiculares a ellas.

143.—Fragmento de cuello de vaso pequeño, con parte del depósito, decorado el primero con una serie de líneas horizontales en número de seis y ejecutadas a punzón. En el depósito la zona de líneas horizontales está ribeteada por su parte superior de líneas perpendiculares, cortas. En tres porciones.

144.—Fragmento de vaso con cordón limitado en sus bordes superior e inferior por dos líneas a punzón, como

toda la decoración del vaso. Muestra una serie de líneas perpendiculares a estas dos. Debajo, zona de líneas diagonales, ribeteadas de otras perpendiculares a ella.

145.—Fragmento de borde con mamelón muy prominente.

146.—Fragmento de cuello de vaso con decoración a punzón en líneas paralelas ribeteadas por la parte inferior de una serie de trazos perpendiculares a ellas.

147.—Fragmento de vaso muy delgado, sin decoración.

148.—Fragmento de vaso con decoración cardial en zonas paralelas en zig-zag, alternando las lisas con las rellenas de líneas diagonales.

150.—Fragmento de vaso con tres líneas paralelas limitando una serie de líneas angulares paralelas, de decoración cardial.

151.—Fragmento de borde con decoración cardial en líneas horizontales, surmontadas de una serie de líneas diagonales a ellas.

152.—Fragmento de vaso con decoración cardial en zonas paralelas en zig-zag, alternando las rellenas de trazos diagonales y lisas.

153.—Fragmento de vaso con decoración cardial en líneas angulares.

154.—Fragmento de vaso con decoración cardial en líneas paralelas, angulares.

155.—Fragmento de vaso con decoración cardial, en líneas paralelas, en ángulo, rellenas de trazos diagonales.

156.—Cuenco con asa vertical de gran tamaño, que sobresale del borde. Sin ornamentación.

157.—Fragmento de vaso esferoidal: cuello con dos orificios; dos asas. Decoración a punzón en zonas horizontales, y triángulos.

158.—Vasito esferoidal con gollete y tres asas. Decoración cardial en zonas paralelas y triángulos. En la base, dos zonas de líneas paralelas, que se cruzan.

159.—Vaso incompleto, esferoidal, con borde y dos asas

en dirección horizontal. Decoración cardial en zonas verticales, rematadas en «natis», alternado con horizontales, y que alcanzan en el depósito diferente altura unas de otras.

160.—Vaso incompleto, con dos asas. Decoración cardial en zonas horizontales, inclinadas y verticales, rematadas éstas últimas por «natis». La decoración afecta también a las asas.

161.—Vaso incompleto con asa en dirección horizontal. Ornamentación cardial en franja horizontal junto al borde y en zonas horizontales y verticales en el depósito.

162.—Vasito esferoidal con asa en dirección horizontal que ofrece dos orificios. Decoración cardial en zonas paralelas horizontales y en zig-zag.

163.—Vasito esferoidal con decoración cardial en zonas horizontales y verticales; en la base, decoración a punzón. Con asa.

164.—Vasito esferoidal con decoración cardial en zonas paralelas y triángulos.

165.—Cuenco incompleto con asa vertical. Sin ornamentación.

166.—Fragmento de cuenco con asa horizontal. Sin decoración.

167.—Fragmento de cuenco con gran asa en dirección horizontal, oblicua al borde. Sin decoración.

II.—MATERIAL EN PIEDRA

Sílex

Ciento setenta y nueve hojas sencillas.

Una hoja con raedera.

Una hoja trapezoidal.

Un raspador.

Ocho puntas de flecha sencillas.

Una punta de flecha con pedúnculo.

Cinco lascas.

Un nódulo cónico.

Diorita

Cuatro hachas de mano pulimentadas, completas, y tres fragmentos.
Azuela, de 126 mms. de longitud.

Pizarra

Un brazalete completo (diámetro externo, 100 mms.; diámetro interno, 76; espesor, 14).
Dieciséis fragmentos de brazalete; tres de ellos con orificio.

Otras piedras

Un fragmento de cuarzo hialino.
Un fragmento de oligisto.
Ocho cantos rodados, de diversos tamaños y material.
Tres alisadores (dos de ellos puntiagudos) y fragmentos de otros tres en punta redondeada.
Anilla de base plana (diámetro externo, 39 mms.; interno, 20). Fragmento de un ejemplar del mismo tipo.
Fragmento de anilla, de 27 mms. de anchura, con dos orificios.
Esferoide de piedra con orificio central (120 mms. por 110), destinado a labores agrícolas.
Dos cantos rodados taladrados, de forma y coloración que recuerdan las de los moluscos.

III.—MATERIAL EN HUESO

a) *Huesos humanos*

Cráneo dolicocefalo incompleto. Diámetro antero posterior, 178 mm.; el diámetro transversal no puede precisarse por faltar la parte del parietal derecho a insertar con el temporal. Los fragmentos posteriores del occipital se hallan calcinados.
Nueve fragmentos de cráneo, calcinados (uno de ellos, parcialmente).
Temporal derecho incompleto; calcinado.

Una vértebra cervical.

Una vértebra dorsal.

Una costilla.

Iliaco incompleto. El agujero obturador está abierto, faltando parte de izqui6n y pubis.

Húmero derecho, sin la epífisis inferior y parte del cuerpo.

Fragmento de cuerpo de cúbito.

Radio izquierdo y radio derecho.

Fémur izquierdo, sin la epífisis superior y parte del cuerpo.

Epífisis inferior del fémur derecho.

Rótula.

Tibia incompleta y fragmento de epífisis superior.

Peroné izquierdo y peroné derecho.

Dos metatarsianos.

Doce falanges.

Un fragmento indeterminado.

b) *Huesos de animal sin señales de utilizaci6n.*

Fragmento de cráneo de un bóvido con parte del cuerpo derecho y de la órbita del mismo lado.

Un asta de «Bos» y fragmento de otra.

Veinticinco astas de cáprido.

Tres candiles de «Cervus», incompletos.

Dos fragmentos de cuerno.

Una mandíbula superior de rumiante con cuatro molares.

Tres mandíbulas inferiores de rumiante, con dos, tres y cuatro molares respectivamente; en la última se puede observar el ángulo y una parte de la rama ascendente.

Nueve incisivos.

Diez caninos, cuatro de los cuales son de «Sus scrofa» Asso.

Ocho molares de rumiante.

- Dos fragmentos de omóplato de bóvido.
 Tres costillas; dos de ellas muy pequeñas.
 Sacro incompleto.
 Húmero de cáprido, al que falta la epífisis superior.
 Epífisis inferior de húmero de bóvido.
 Tres tibias de rumiante, dos de ellas con la rótula unida y la tercera quebrada en su epífisis superior.
 Divididas a lo largo, estas tibias se transforman en dos punzones cada una (la cara interna de éstas muestra la oquedad correspondiente a la médula)).
 Una rótula y mitad de otra, de rumiante.
 Cuatro astrágalos.
 Dieciocho fragmentos de hueso; de ellos, nueve de huesos largos y uno de hueso plano.

c) *Huesos con señales de utilización o transformados*

- Punzones: Noventa y tres contruidos por modificación de la mitad de una tibia, en sentido longitudinal, conservando la mitad correspondiente de la rótula, para mejor adaptación de los dedos.
 Uno con la parte de la rótula muy frotada.
 Otro con la rótula completa.
 Veinte sin la rótula, pero conservando la epífisis de la tibia.
 Tres cuya cabeza corresponde a la epífisis inferior de la tibia.
 Veinticinco no formados de tibias o indeterminados; lisos.
 Cuatro con una serie de cortes horizontales en ambos bordes por su parte más ancha.
 Tres fragmentos de punzón (uno de ellos punta).
 Cucharas: Doce sin ornamentación.
 Mango con cortes horizontales en ambos bordes junto al nacimiento de la hoja. Longitud, 148 mm.
 Una hoja de hueso con cavidad en su parte media.

- Una cuchara ancha, con incisión transversal.
 Diez fragmentos de cuchara.
 Una espátula de asta.
 Tres hojas de hueso sin ornamentación; una de ellas, con orificio.
 Piezas ornamentadas: Mango de instrumento adornado con seis líneas horizontales; entre las dos superiores, orificio que no llega a taladrar la pieza y relleno de líneas inclinadas. Ofrece un entrante parabólico.
 Fragmento de hueso decorado a punzón por zonas romboidales rellenas de líneas diagonales y cruzándose.
 Fragmento con decoración incisa formando ángulos rellenos de líneas oblicuas, de izquierda a derecha. Ofrece un entrante parabólico que llega de un extremo hasta cerca del otro.
 Pieza pequeña de cuerno, decorada con una serie de bandas horizontales, alternando las lisas con las rellenas de ángulos que se continúan en línea.
 Siete fragmentos de hueso largo, con una o dos incisiones circulares que parecen producidas para formar anillos. Uno de ellos muestra la epífisis, de fémur, y otro el nacimiento de la misma.
 Tres anillos y veinte fragmentos de ellos.
 Fragmentos de hueso plano que corresponde a un anillo en construcción cuyo contorno interno está ya recortado.
 Tres caninos con orificio en la raíz.
 Pieza de cuerno.
 Vértebra con un orificio.

IV.—MALACOLOGIA

- Nueve ejemplares de «*Cypraea lurida*» Linné; todos ellos con orificio, y un fragmento de la misma especie.

«*Columbella rustica*» Linné : Ciento diez ejemplares con orificio.

Siete sin orificio.

Uno de orificio doble.

Uno truncado, habiendo perdido todas las espiras excepto la última.

«*Cardium edule*» L.: Cuatro conchas completas sin orificio.

Tres con orificio en el «natis» (una de ellas con fuerte grado de erosión).

Cinco fragmentos (uno con orificio en el «natis»).

«*Pectunculus*» : Cuatro conchas con orificio en el «Natis».

Cuatro fragmentos; uno de ellos, con orificio en el «natis», otros dos con fuerte erosión.

«*Cyclostoma elegans*» Müller : Dos ejemplares; uno de ellos con orificio.

Un ejemplar de «*Bulla*».

«*Theodoxia fluviatilis*» L. : Seis ejemplares, con orificio.

«*Nassa incrassata*» Müller : Tres ejemplares con orificio.

«*Melanopsis Dufouri*» Ferussac : Dos ejemplares, con orificio.

«*Ostrea edulis*» Linné : Una concha.

Fragmento de «*Conus*» al que falta la primera y la última espira, permitiendo los dos orificios naturales la suspensión.

Fragmento de espira de «*Tritón nodiferus*» Lamarck.

Tres fragmentos anulares de concha, indeterminados. (*Tritón nodiferus*, Lamarck?).

BIBLIOGRAFIA

AILIO, J.

1922. Fragen der Ruischen Steinzeit SMYA. FFT, XXIX. Helsinki.

ALCACER, J. Ver JORDA-ALCACER.

ALMAGRO, M.

1941. Introducción a la Arqueología.—Las Culturas prehistóricas europeas. Barcelona.

1949. *Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín: «La Cueva de Doña Clotilde»*. Teruel, I, 2, págs. 91-116.

ALMARCHE VAZQUEZ, F.

1918. La antigua civilización ibérica en el reino de Valencia. Valencia.

AOBERG, N.

1918. *Studien über die Schoenfelder Keramik, die Schwedische «Bandkeramik und die jetlaendische Obergrabkeramik*. Veroeffentlichungen des Provinzialmuseums zu Halle, I, III.

BALLESTER TORMO, I.

1928. *La covacha sepulcral de «Cami Real de Alacant»*. Archivo de Prehistoria Levantina. Valencia. T. I, págs. 31-85.

1928. b. *Unas cerámicas interesantes en el Valle de Albaida*. Cultura Valenciana. Valencia. Fasc. III y IV.

1935. La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1934 (Memoria de la Secretaría de la Excma. Diputación Provincial de Valencia. Tirada aparte). Valencia.

1949. La labor del S. I. P. y su Museo en los años 1940 a 1948. Valencia.

BERNABO BREA, L.

1946. Gli scavi nella caverna delle Arene Candide. Bordighera.

1949. *Le culture preistoriche della Francia meridionale e della Catalogna e la successione stragfica delle Arene Candide*. Rivista di Studi Liguri, XV, p. 21-55.

1950. *Il neolitico a ceramica impressa e la sua diffusione nel Mediterraneo*. Rivista di Studi Liguri, XVI, 1-3, p. 25-36.

BREUIL, H.

1934. Les peintures rupestres schematiques de la Peninsule Iberique. 4 tomos.

BOSCH GIMPERA, P.

1932. Etnología de la Península Ibérica. Barcelona.

1940. *The types and Chronology of West European beakers*. Man, XI.

1945. El Poblamiento Antiguo y la Formación de los pueblos de España. México.

BOSCH-SERRA RAFOLS, J. de C.

1927. *Etudes sur le Néolithique et l'Énéolithique de la France*. Revue Antropologique, t. XXXVII.

CABU, F.

1930. *Contribution a l'étude de la repartition des «kwes» ou Katan-ga*. A. M. C. B., serie I, t. I, fasc. 4, págs. 141-244.

CASTILLO YURRITA, A.

1928. La cultura del vaso campaniforme. (Su origen y extensión en Europa). Barcelona.

CHILDE, V. G.

1931. Skara Brae, A Pictish Village in Orkney. Londres.

1947. The Dawn of European Civilization. Londres (4.^a edición).

COLINI, G. A.

1899. Il sepolcreto di Remedello.—Sotto nel Bresciano e il periodo eneolitico in Italia. Parma.

COLOMINAS, J.

1925. La Prehistòria de Montserrat. Montserrat.

CONIL, A.

1936. *Sphéroïde de Pilum romain*. Bulletin de la Société Préhistorique Française, XXXIII, págs. 383-384.

CRAWFORD, O. G.

1929. *Durrington Walls*. Antiquity, II.

DECHELETTE, J.

1908-14. Manuel d'Archeologie Préhistorique, Celtique et Gallo-Romaine. Paris.

DOIRE, R. L.

1930. *Les boules de pierre et les pierres perforés des collections de préhistoire du Musée du Congo*. A. M. C. B., serie I, t. I, fasc. 3, págs. 89-140.

DO PAÇO, A., VAULTIER, M., y ZBYSZEWSKY, G.

1948. *Gruta da nascente do rio Almonda*. Trabalhos de Antropologia e Etnología, XI, fasc. 1-2, págs. 171-187. Porto.

EBERT, M.

1924-32. Reallexikon der Vorgeschichte. Berlin.

EUROPEUS, A.

1932. *Fonrfynd fraon Kyrslatt och Esbosocknar*. Finska Fornminnesforeningens Tidskrift, XXXII, 1, Helsingfors. Págs. 1-208.

FERNANDEZ CRUZ, J.

1946. *Cueva del neolítico hispano-mauritano de Zuheros (Córdoba)*. Cuadernos de Historia Primitiva, I, 2 pág. 51 y ss.

FIGUERAS PACHECO, F.

1934. Excavaciones en la isla del Campello (Alicante), 1931-32. Memoria 132 de la Junta Superior del Tesoro Artístico. Madrid.

GIFFEN, A. E., van

1930. Die Bauart der Einzelgraber. Beitrag zur Kenntnis der alteren individuellen Grabhugelstrukturen in den Niederland. Mannus Bibliothek, 44. Leipzig.

GOBERT, E. G.

1912. *L'abri de Redeyef*. L'Anthropologie, XXIII, núm. 2, página 156 y ss.
1935. *Boules de pierre perforées du Capsien et des industries dérivées*. L'Anthropologie, t. 45, pág. 1-14.

GOMEZ MORENO, M.

1933. *La cerámica primitiva ibérica*. Homenagem a Martins Sarmento, p. 125-136. Guimaraes.

GOURY, G.

1932. L'Homme des Cités lacustres. París. 2 tomos.

HAWKES, CH.

1940. Prehistoric Foundations of Europe to the Mycenaean Age. Londres.

HAWKES, J.

1938. *The significance of the Channelled Pottery*. Archaeological Journal, CXXVI.

HELENA, Ph.

1937. Les Origines de Narbonne. París-Toulouse.

HUZZAYIN, S. A.

1939. Some new lights on the beginnings of Egyptian Civilization. Cairo.

JORDA, F. y ALCACER, J.

1949. *La Covacha de Llatas*. Servicio de Investigación Prehistórica. Serie de Trabajos varios, núm. 11. Valencia. 41 págs., 8 figs., II láms.

JORNET PERALES, M.

1932. Bélgida y su término municipal. Valencia.

JUNKER, MENGHIN, O.

KANDYBA, O.

1936. Schipenitz: Kunst und Geraete eines Neolithischen Dorfes.

KOEHLER, H.

1931. La grotte d'Achakar au Cap Spartel. Publications de l'Institut d'Etudes de Religion de l'Evêché de Rabat, núm 1. Bourdeaux.

LAVIOSA ZAMBOTTI, P.

1943. La piú antiche Culture agricole Europee. Milán.

LEITE DE VASCONCELOS

- 1897-1909. Religioes da Lusitania. 3 ts. Lisboa.

LOUIS, M.

1936. *Une utilisation possible des spheroides perforées*. Bulletin de la Societé Prehistorique Francaise, XXXIII, págs. 71-74.
1947. Le peuplement du Bas-Languedoc a l'epoque neolithique. 14 p. Montpellier.
1947. b) Shatigraphie du Neolithique. Le Fort-Harronard. Nimes, 10 págs.
1948. Prehistorie du Languedoc mediterranéen et du Roussillon. Nimes, 204 p.

Mc. PHERSON, G.

- 1870-1. *La Cueva de la Mujer. Descripción de una caverna conteniendo restos prehistóricos, descubierta en las inmediaciones de Alhama de Granada*. Revista Médica, Cádiz (dos partes).

MARTINEZ SANTA-OLALLA, J.

1944. El Sahara Español Anteislámico. (Algunos resultados de la primera expedición paleontológica al Sahara, Julio-Septiembre 1943). T. II. Láminas. Madrid, CCXXXV láms. en folio.
1945. Esquema paleontológico de la Península Ibérica. Madrid. (2.^a edición).
1947. *Obras maestras hispánicas de la cerámica de estilo campaniforme*. Cuadernos de Historia Primitiva, II, 2, págs. 65-94.
1948. *La fecha de la cerámica a la almagra en el neolítico hispanomauritano*. Cuadernos de Historia Primitiva, III, 2, págs. 95-106.

MENGHIN, O.

1931. Weltgeschichte der Steinzeit. Viena.
1933. Ver JUNKER, MENGHIN, 1933.
1941. *Egipto y la Península Hispánica*. Corona de Estudios de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria. Madrid. Págs. 167-183.

MUELLER, S.

1889. *Determinations Zoologiques et Archeologiques*. Memoires des Antiquaires du Nord, nouvelle serie, p. 394-412.

NORDMANN, C. A.

1935. *The Megalithic Culture of Northern Europe*. Helsinki. SMYA, XXXIX, 3.

NOUGIER, L.

1935. *Anneau en calcaire perforé de Haci el Hameide (Sud Oranais)*. Bulletin de la Société Préhistorique Française, t. XXXII, págs. 409-411.

ORSONI, F.

1881. Dei primi abitanti della Sardegna. Parte Prima: Osservazioni geologiche ed archeologiche. Bologna.

PALLOTINO, M.

1950. La Sardegna Nuragica. Roma.

PEET, T. E.

1909. *The Stone and Bronze Age in Italy and Sicily*. Oxford.

PERICOT GARCIA, L.

1942. Historia de España, I. España Primitiva y Romana. Barcelona (2.^a edición).
 1942. b. La cueva del Parpalló (Gandía, Valencia). Madrid.
 1946. *La Cueva de la Cocina*. Archivo de Prehistoria Levantina, II.
 1949-50. *Sobre las posibles relaciones prehistóricas entre España y Suiza*. Annuaire de la Société Suisse de Préhistoire, p. 35-49.

POISSON, G.

- 1928-29. *Les civilisations néolithiques et énéolithiques de la France*. Revue d'Anthropologie, XXXVIII-XXXIX.

PLA BALLESTER, E.

1946. *Actividades del S. I. P. Excavaciones y exploraciones practicadas desde el año 1929 al 1945*. Archivo de Prehistoria Levantina, II. Valencia, págs. 361-383.

PONSELL, F.

1928. *La Cova de la Sarsa*. Archivo de Prehistoria Levantina, I. Valencia. Págs. 87-89.

RELLINI, U.

1925. *Sulla ceramica cromica primitiva in Italia*. Bulletino di Paleontologia Italiana, t. XLV.
 1930. *La più antica ceramica dipinta d'Italia*. IPEK.

RUHLMANN, A.

1933. *Le Volubilis Préhistorique*. Casablanca. 24 págs., 13 figs.

SAN VALERO APARISI, Julián.

1942. *Notas para el estudio de la cerámica cardial de la cueva de la Sarsa (Valencia)*. Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, t. XVII, Madrid, págs. 87-126, 9 figs., 4 láms.

1945. *El esferoide de piedra perforada de la Cueva de la Sarsa*. Publicaciones de la Junta Municipal de Arqueología de Cartagena, I, págs. 1-9, 6 figs.
1946. *El Neolítico Español y sus relaciones. Esquema de una tesis doctoral*. Cuadernos de Historia Primitiva, año I, núm. 1. Madrid, págs. 1-29, 3 figs.
1947. *Le néolithique ibérique et la Suisse*. Jahrbuch der Schweizerischen Gesellschaft für Urgeschichte, t. XXXVIII, págs. 96-103, 4 figs., 1 lám.
1948. *La caverna de las Arenas Cándidas y el Neolítico de Europa Occidental*. Instituto di Studi Liguri, Bordighera, págs. 1-3.
1948. b. *El Neolítico y la Península Hispánica*, en «Homenaje a Julio Martínez Santa-Olalla», vol. III. Madrid, págs. 124-144, con 3 figs.
1948. c. *La Península Hispánica en el mundo neolítico*. Notas número 3, del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. Madrid, págs. 31, con 11 figs., VIII láms.
1950. *Una crisis hace 10.000 años*. Humano, núm. 2. Valencia, páginas 45-47.
- (En prensa). *El Neolítico Español y sus relaciones. Datos sobre el origen de la civilización europea y la trascendencia del neolítico hispánico*. [Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. *Disertaciones Matritenses*.]

SBYZEWSKY, G.

1948. Ver DO PACO, A., VAULTIER, M., y SBIZEWSKY, G.

SERRA RAFOLS, J. de C.

1927. Ver BOSCH, SERRA RAFOLS, J. de C.

SCHLIEMANN H.

1890. *Ilios. The City and the Country of the Trojans*. Londres. p. 442.

STOCKY, A.

1929. *La Bohême Préhistorique, I. L'Age de la Pierre*. Praga.

SUCH, M.

- 1919-20. *Avance al estudio de la Caverna «Hoyo de la Mina» en Málaga*. Boletín de la Sociedad Malagueña de Ciencias.

VAN GIFFEN.

- Ver GIFFEN, A. E. van.

VAUFREY, R.

1939. *L'Art rupestre Nord-Africain*. Institut de Paleontologie Humaine. Memoire núm. 20. París.

VAULTIER, M.

1948. Ver DO PACO, A., VAULTIER, M., y SBIZEWSKY, G.

VILANOVA Y PIERA, J.

1891. *Monumentos prehistóricos de Jumilla*. Boletín de la Academia de la Historia. Madrid, t. XIX, pág. 19 y ss., lámina pág. 513.

VILASECA, S.

1943. *Más hallazgos prehistóricos en Arbolí*. Ampurias, III.

INDICE

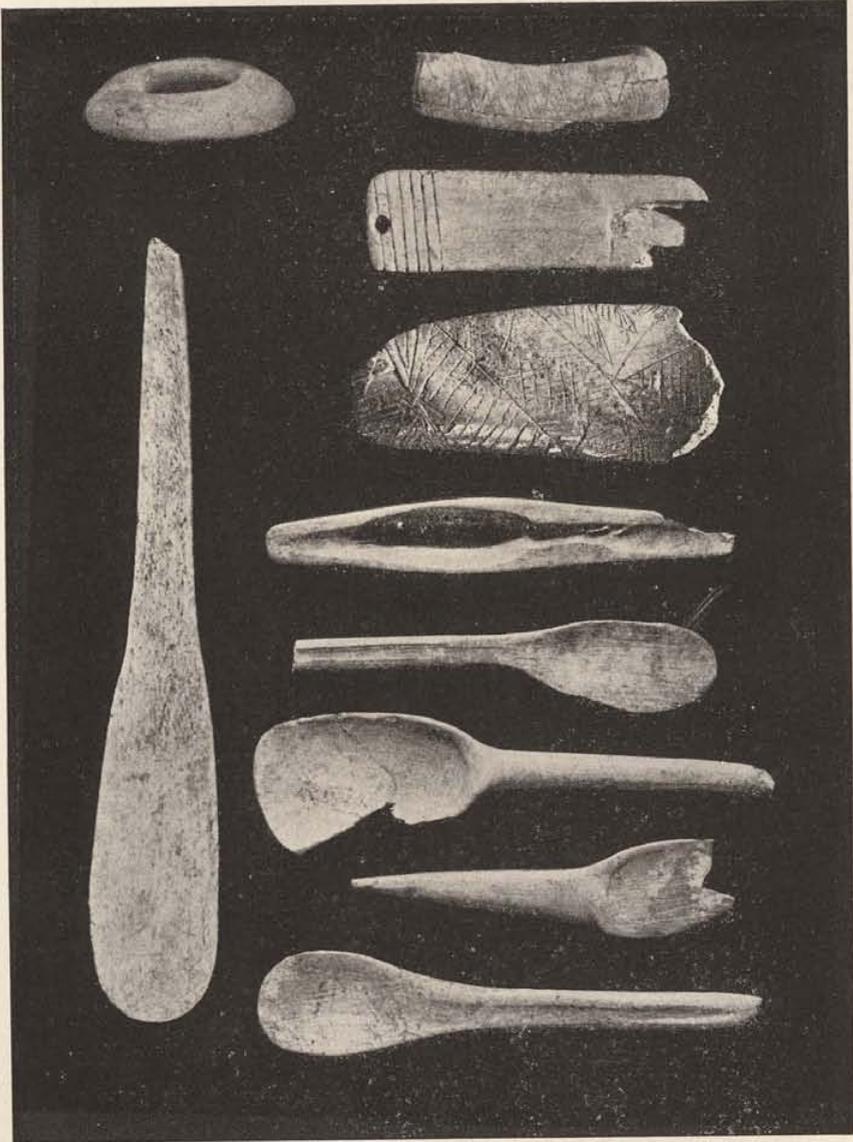
	Páginas
Introducción	3
I.—El yacimiento y otras localidades de la región	5
II.—Consideración especial de la cerámica	11
1.—Relieves (12). 2.—Ungulaciones (13). 3.—Inci- siones (13). 4.—Puntillado (14). 5.—Cardial (14). 6.—Decoraciones mixtas (19).	
III.—Consideraciones críticas	21
A.—El Neolítico de la Cueva de la Sarsa	21
B.—La Sarsa en el mundo neolítico	30
C.—Relaciones cerámicas	47
D.—Cerámica cardial neolítica... ..	53
E.—¿Neolítico hispano-mauritano B?... ..	62
IV.—Colofón	71
Inventario de los materiales de la cueva	77
Bibliografía	93

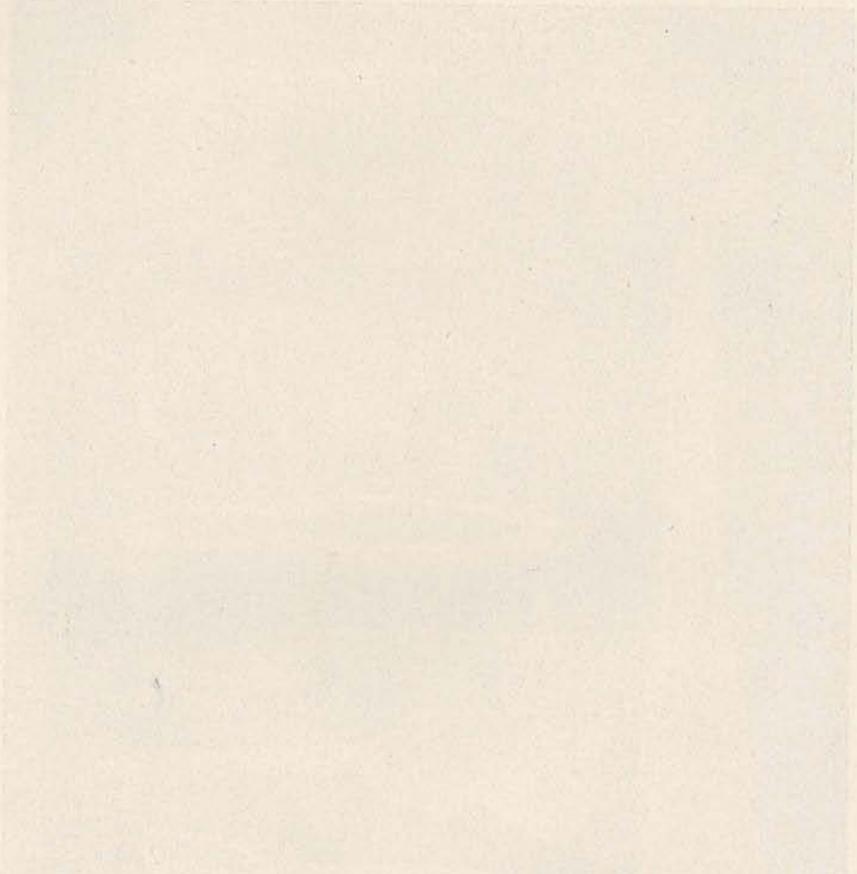


LAMINAS

LAMINA I

Anillo de piedra y objetos de hueso. Aparte de las cucharas, son de notar las incisiones que decoran los tres primeros huesos de la parte derecha; el primero de ellos lleva, muy poco visibles, unos dientes con relleno oblicuo; el tercero un complicado motivo geometrizable, también relleno.

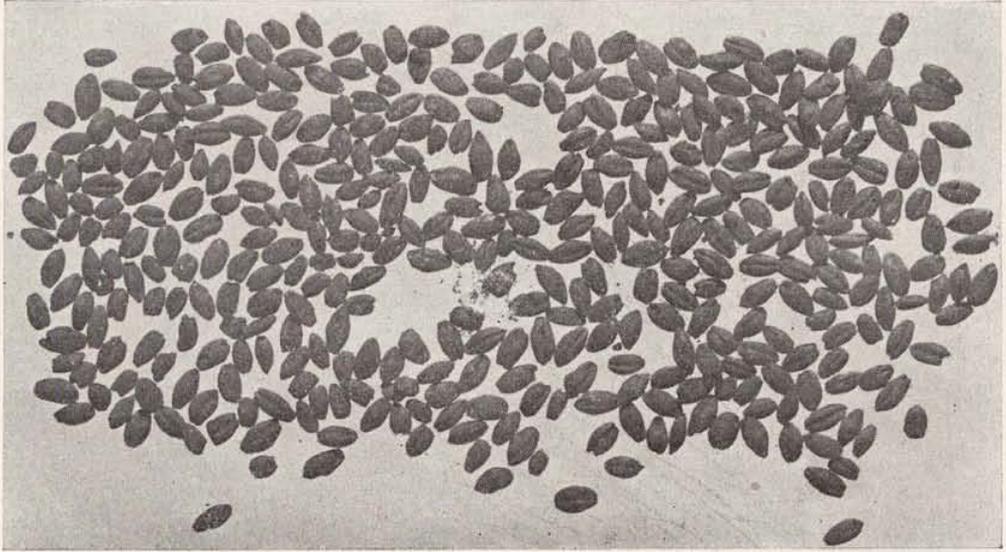




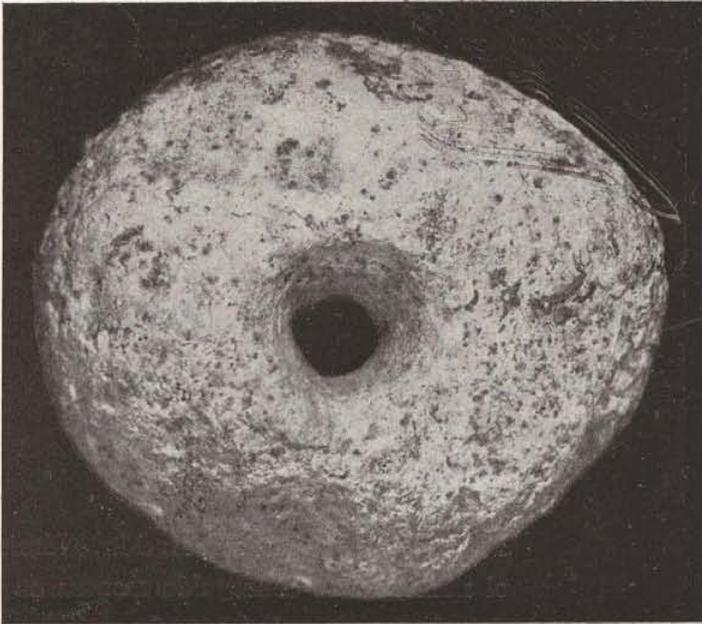
LAMINA II

Muestra del trigo calcinado, que se encontró en el yacimiento.

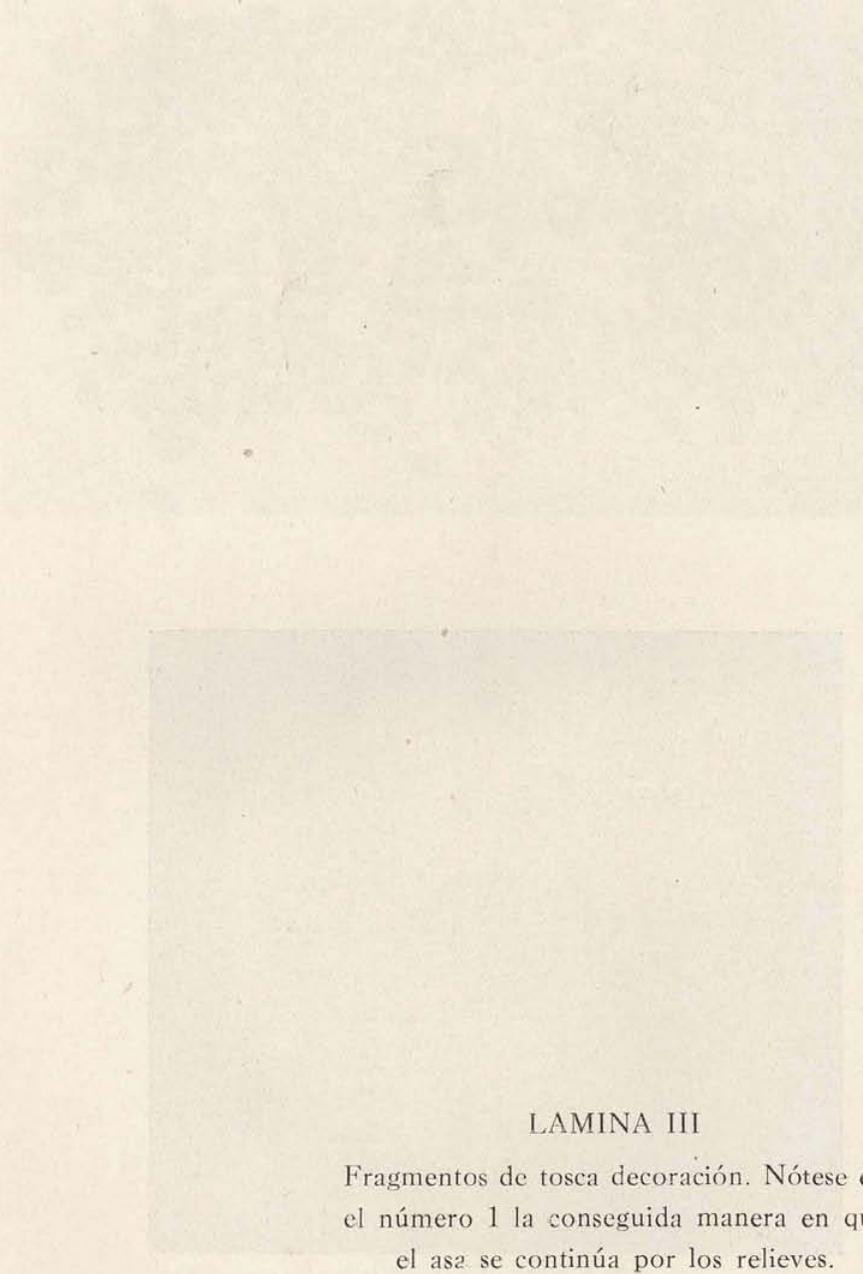
En la parte inferior, el esferoide de caliza perforado, en el que es de notar su forma irregular, su tosca superficie y la perforación cónica por esta parte, que es también cónica, pero inversa por la otra cara.



1

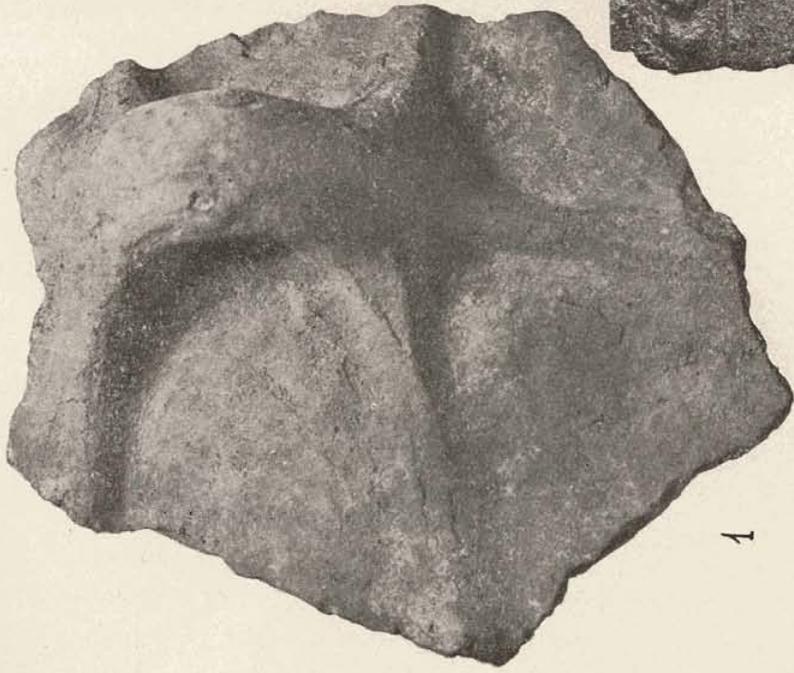


2

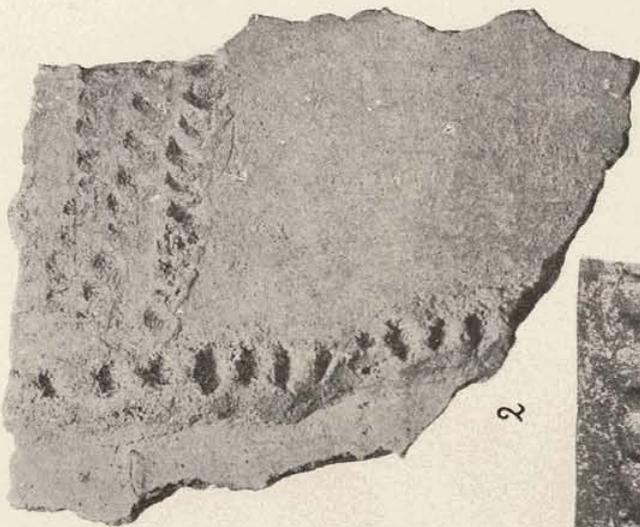


LAMINA III

Fragmentos de tosca decoración. Nótese en el número 1 la conseguida manera en que el asa se continúa por los relieves.



1



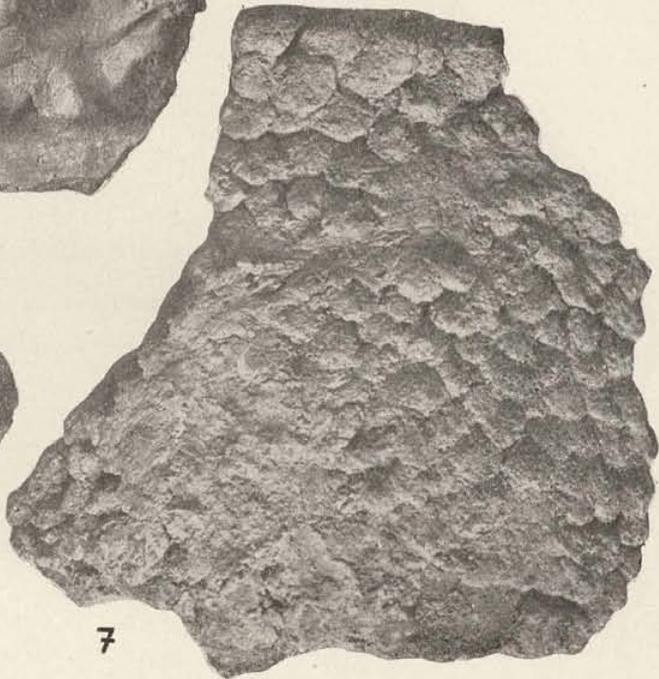
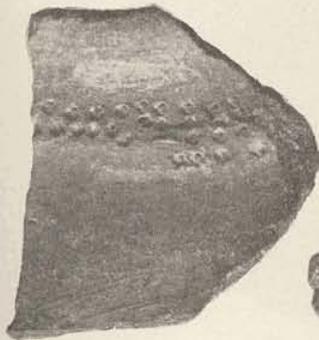
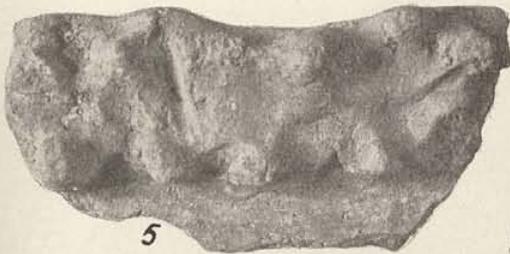
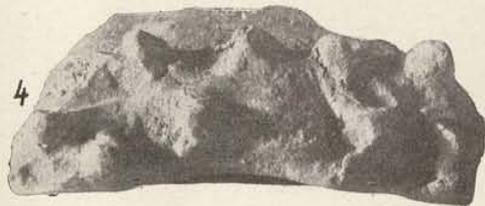
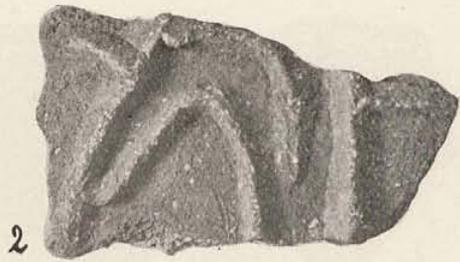
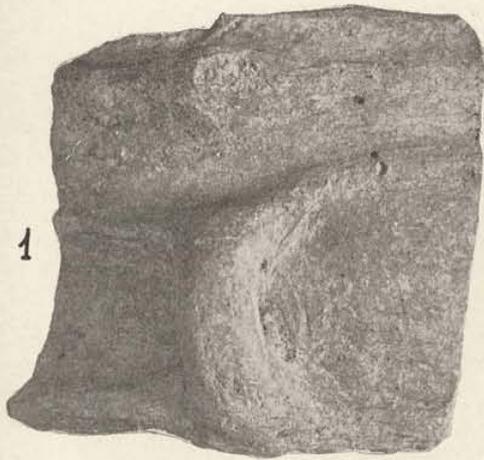
2



3

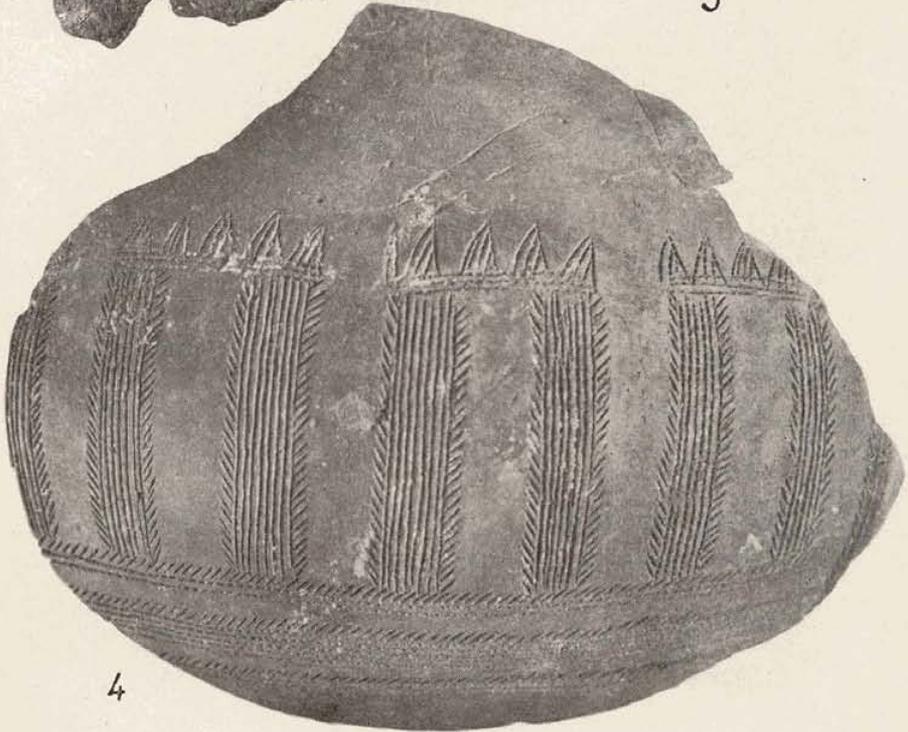
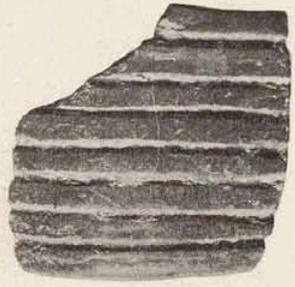
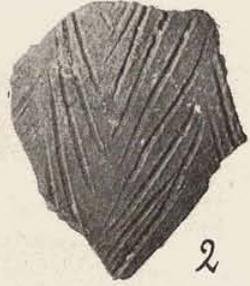
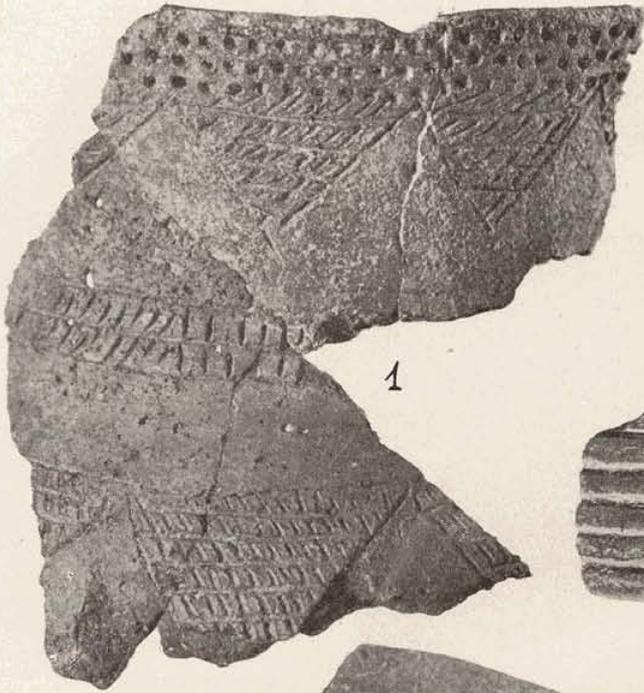
LAMINA IV

Núm. 1, el mismo enlace notado en la lámina anterior, del asa con los relieves ornamentales. Raro motivo en relieve el del número 2. Los núms. 4 y 5 son dos vistas del mismo fragmento, en el que junto al borde va un friso de atrevido relieve de mamelones. El núm. 7 presenta una irregular superficie obtenida por pellas esféricas de barro aplastadas contra la superficie.



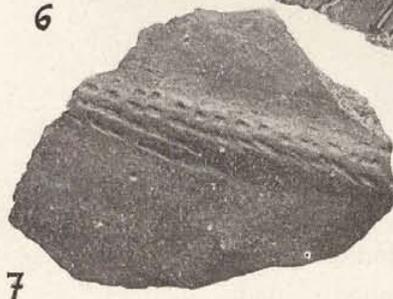
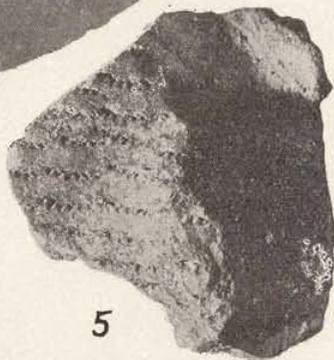
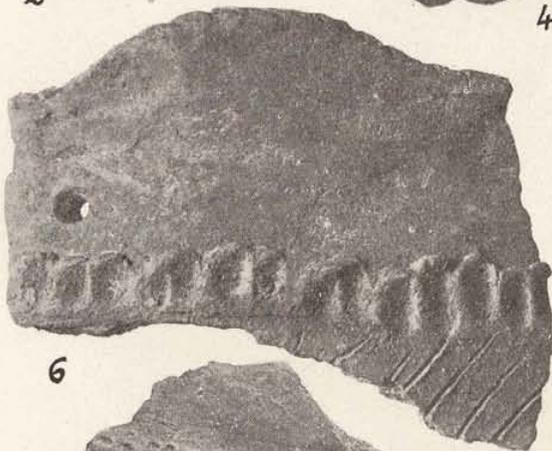
LAMINA V

Muestras de puntillado, incisiones, acanalado y relleno de pasta blanca (núm. 3). El gran fragmento del núm. 4 tiene, a pesar del motivo ornamental, la posición en que lo representamos; la decoración parece ser hecha con un cincel muy finamente depurado.



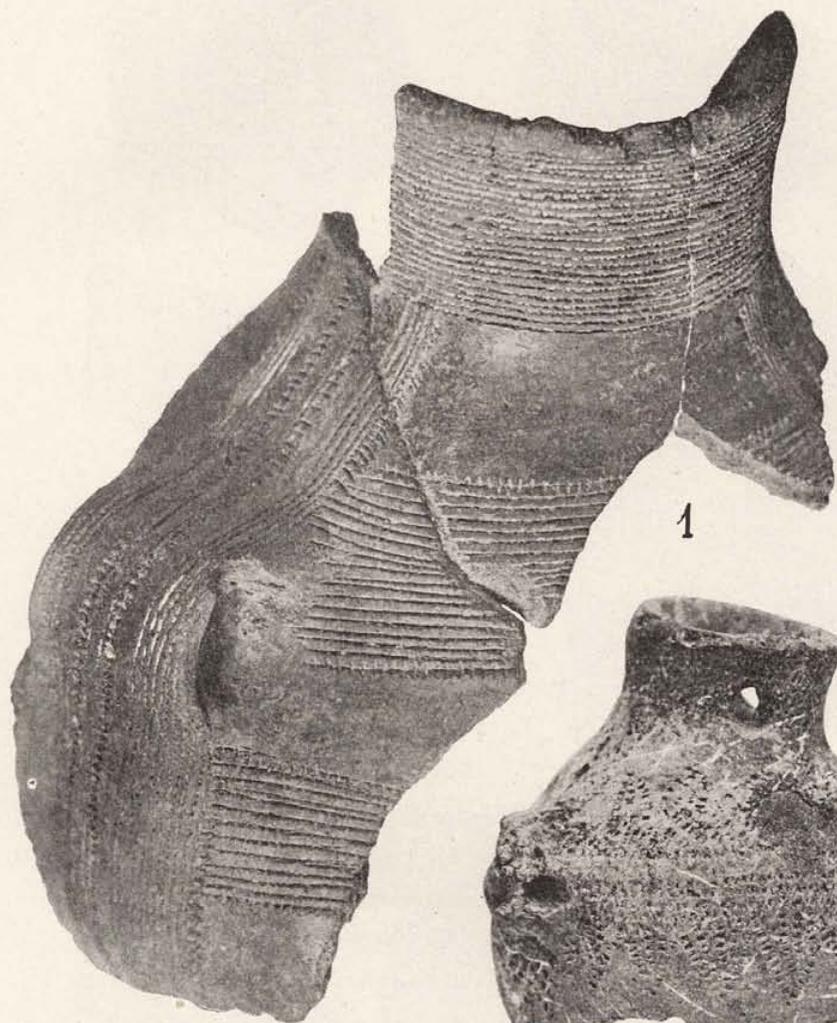
LAMINA VI

Diversas técnicas ornamentales : relieves (1, 3, 7), cardial (2, 5), unguilaciones (8), bordes ligeramente dentados (6, 8), etc.



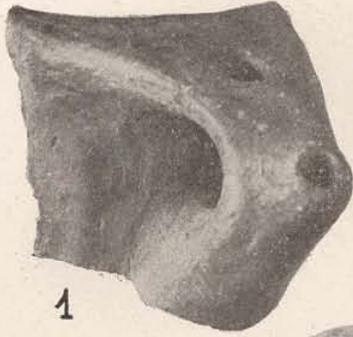
LAMINA VII

Dos vasos incompletos. El primero, ricamente decorado, con amplias fajas horizontales y verticales, tiene la superficie bruñida, la ornamentación hecha con puntillado a cincel y relleno de pasta blanca. El vasito 2 lleva ornamentación cardial sobre una superficie poco cuidada.



LAMINA VIII

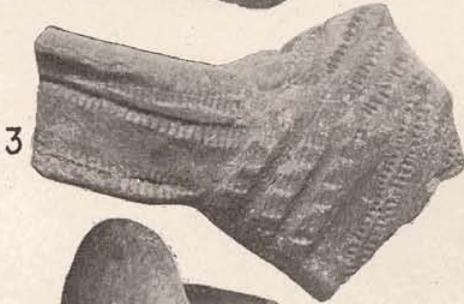
Asas de la cerámica de la Sarsa. Aparte de la núm. 4, de un vaso liso al parecer, que sugiere problemas estratigráficos en los que no entramos, las restantes son típicas del Neolítico de la Cueva. Si el núm. 1 o el número 5 son comparables a lo andaluz de la Cueva de la Victoria de Málaga o la de Zuheros, en Córdoba, las demás son de riqueza ornamental y perfección incomparables.



1



2



3



5



4



6



7

LAMINA IX

Seis asas más, de riqueza y variedad notables.



1



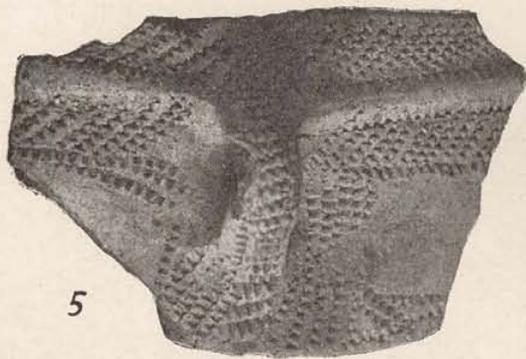
2



3



4



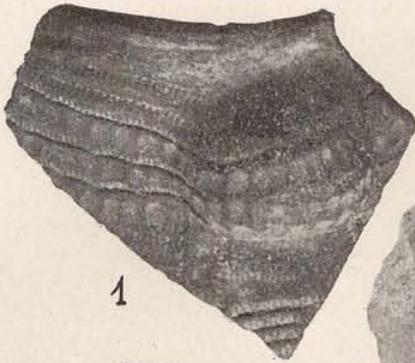
5



6

LAMINA X

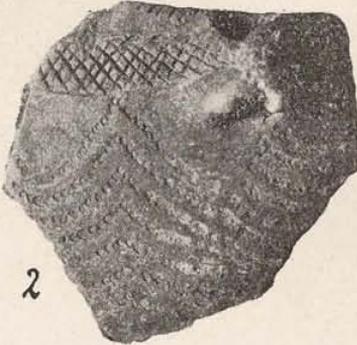
Número 1, asa vertical, en la que la decoración cardial, de impresión profunda formando fajas horizontales, entre las que hay aplicación de natis, corre por encima del asa. El núm. 2 es un bello fragmento, con pequeña asa, en el que sucesivamente se ven: incisiones en el borde y una faja de relleno inciso, de la que pende una guirnalda obtenida tal vez por la continua aplicación de un huesecillo de pájaro, que forma líneas de circulillos. El fragmento 3 es una original asa con nervios en relieve, perteneciente a una vasija con decoración cardial. Los números 4 y 5, fragmentos de rica decoración cardial, con asas.



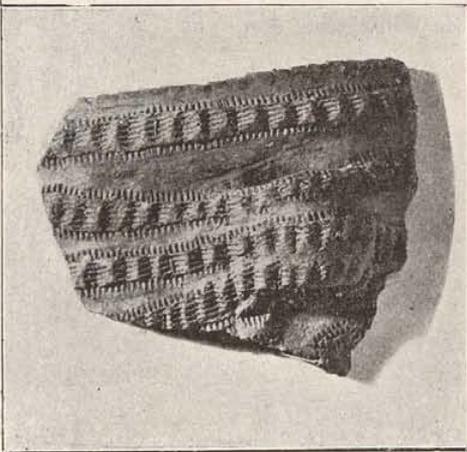
1



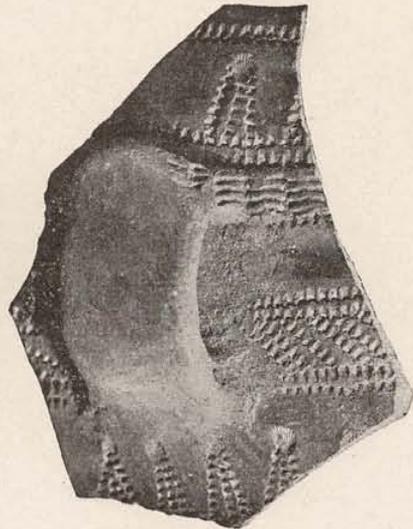
3



2



4



5

LAMINA XI

Fragmentos decorados : raspado (1), cardial con diversas técnicas (2, 3, 6 a 11), inciso y puntillado (4, 5), relleno de pasta blanca (4, 7, 9).

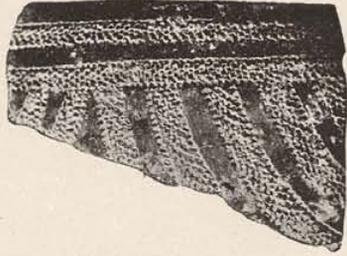


LAMINA XII

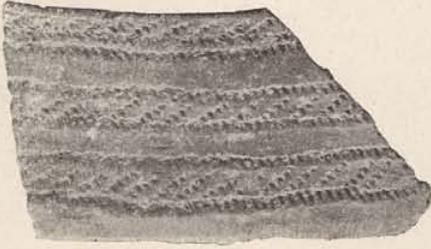
Decoraciones cardiales de la cerámica de la Sarsa, con acusada tendencia a las fajas horizontales. El motivo 6 destaca tanto por la pasta blanca incrustada.



1



2



3



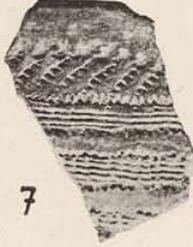
4



5



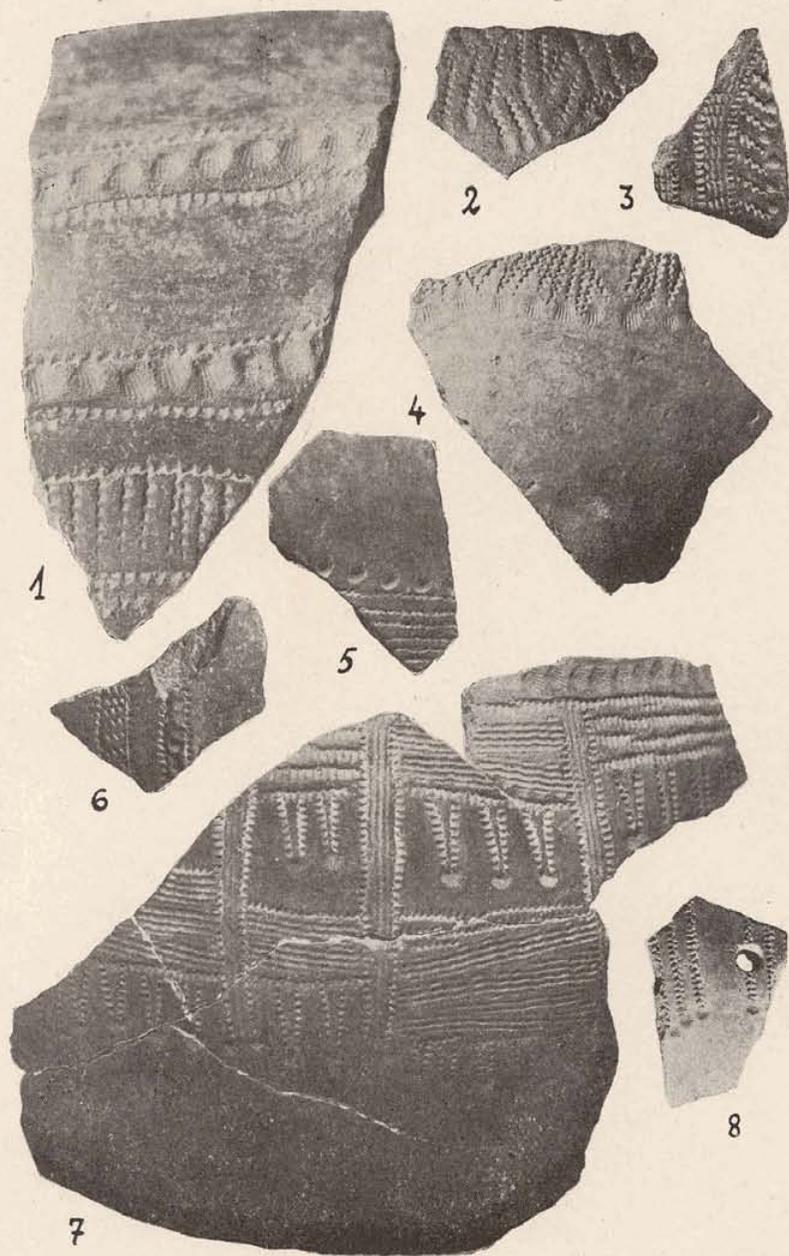
6



7

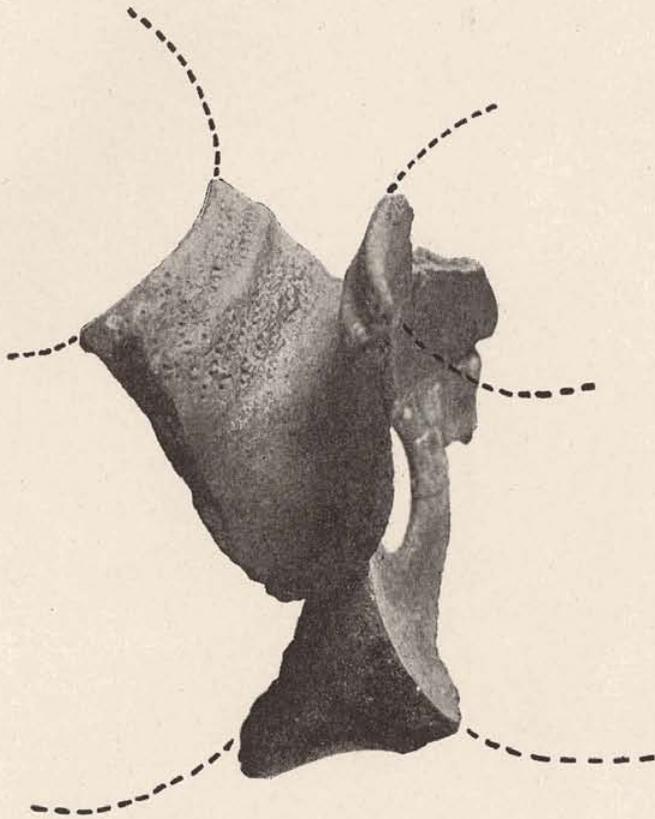
LAMINA XIII

Distintos fragmentos en los que los motivos cardiales se completan con la impresión del natis de una concha.



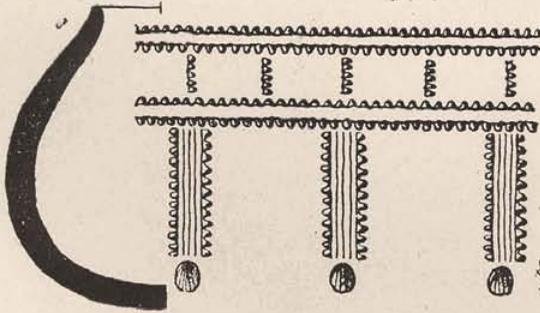
LAMINA XIV

Fragmento del vaso gemelo, en el que figuramos las posibles líneas de continuación; se nota en el interior la comunicación entre ambas partes. La vasija de la parte inferior, casi completa.



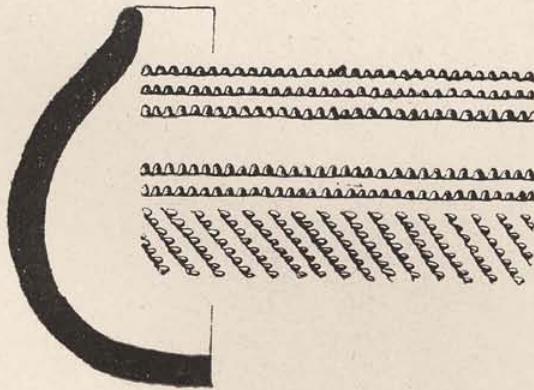
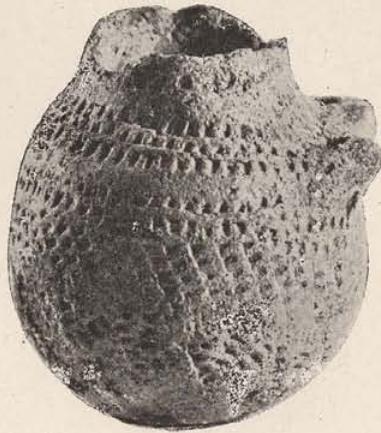
LAMINA XV

Pequeño vaso visto lateralmente y por el fondo. Bajo, sección y desarrollo de su decoración.



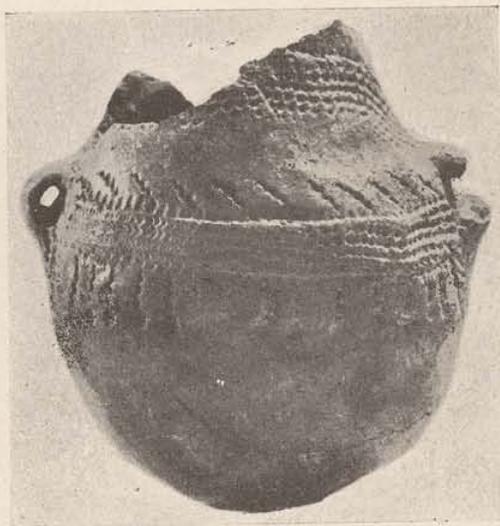
LAMINA XVI

Otro pequeño vaso, con doble asa lateral,
como el anterior. Bajo, sección y desarrollo
de su decoración.



LAMINA XVII

Vaso pequeño, ovide, con iniciación de cuello.—Tres vistas de un pequeño vaso con reducida boca y triple asa lateral.



1



2

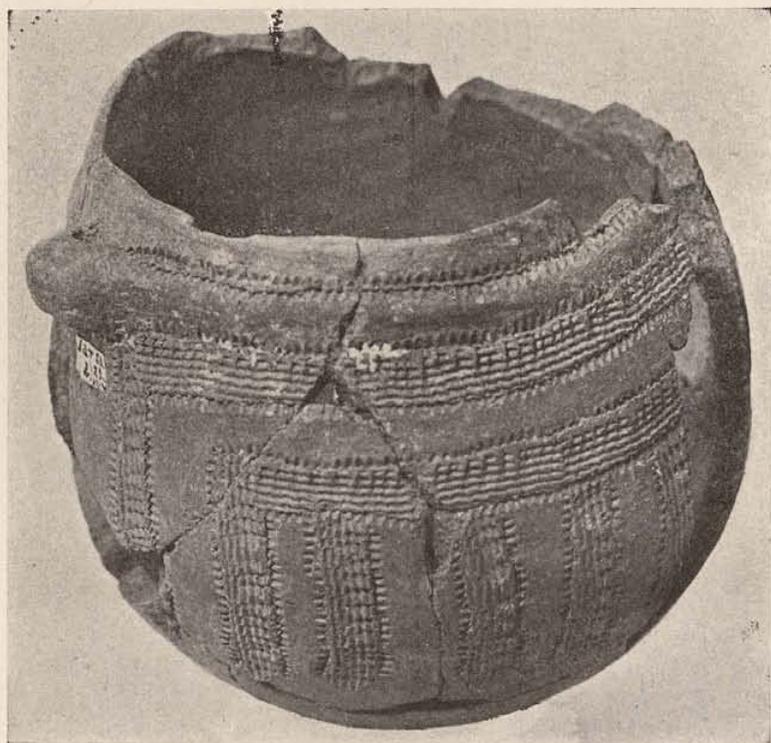


LAMINA XVIII

Pequeño vaso, con dos asas laterales. Nótese el final de los flecos con impresiones de natis. — Vaso casi completo con decoración en fajas, que reproduce en rectilíneo la decoración de semicírculos.



1



2

Publicaciones del S. I. P.

SERIE DE ANUARIOS

- Archivo de Prehistoria Levantina, I.—Anuario del S. I. P., 1928.—Valencia, 1929.
Archivo de Prehistoria Levantina, II.—Anuario del S. I. P., 1945.—Valencia, 1946.

SERIE DE MEMORIAS ANUALES DE LA DIRECCION

- El S. I. P. y su Museo de Prehistoria en 1928.—Valencia, 1929.
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1929.—Valencia, 1930.
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1930.—Valencia, 1931.
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1931.—Valencia, 1932. (Con seis láminas.)
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1932.—Valencia, 1933.
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1933.—Valencia, 1934.
La labor del S. I. P. y su Museo en el pasado año 1934.—Valencia, 1935. (Con nueve láminas.)
La labor del S. I. P. y su Museo en los años 1935 a 1939.—Valencia, 1942. (Con 12 láminas.)
La labor del S. I. P. y su Museo en los años 1940 a 1948.—Valencia, 1949. (Con 43 láminas.)

SERIE DE TRABAJOS VARIOS

- 1.—«El Castellet del Porquet», per I. Ballester Tormo.
- 2.—«Breus notes sobre el poblament ibèric de St. Miquel de Llíria», per D. Fletcher Valls.
- 3.—«Estudis d'Art Originari.—«Els insectes en l'Art quaternari», per M. Vidal i López.
- 4.—«Un enterrament prehistòric al Barranc del Cinc (Alcoi)», per C. Visedo Moltó.
- 5.—«Colecció de treballs» del P. J. Furgús sobre prehistòria valenciana.
- 6.—«Estudios sobre las cuevas paleolíticas valencianas».—«Cova-Negra de Bellús», por G. Viñes, F. Jordá y J. Royo Gómez; y «Cova del Parpalló», por L. Pericot, S. Alcobé, V. Sos Bainat y M. Vidal López.
- 7.—«Apuntes sobre las estaciones prehistóricas de la Sierra de Orihuela», por Santiago Moreno. Con notas de N. P. Gómez Serrano.
- 8.—«Sobre un interesante vaso escrito de San Miguel de Llíria», por Pio Beltrán Villagrasa.
- 9.—«El enterramiento en cueva de Rocafort», por I. Ballester Tormo, con el estudio de un cráneo por el Dr. Santiago Alcobé.
- 10.—«Comunicaciones del S. I. P. al primer Congreso Arqueológico de Levante», por F. Jordá, L. Pericot, M. Vidal, E. Plá, J. Alcácer, I. Ballester, C. Visedo, V. Pascual y D. Fletcher.
- 11.—«La covacha de Llatas (Andilla)», F. Jordá y J. Alcácer.

PUBLICADO POR EL CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS

INSTITUTO DIEGO VELAZQUEZ

- «La cova del Parpalló (Gandia)».—Excavaciones del S. I. P. de la Excm. Diputación Provincial de Valencia.—Por Luis Pericot García.—Madrid, 1942. —Obra que obtuvo el «Premio Martorell». (Con 351 páginas, 650 figuras y XXXII láminas.)

